



**Benito Más y Prat**

## **Hojas secas**

Índice

A la memoria de mi padre  
Prólogo  
Primera parte  
Crepúsculos  
Quietud del hogar  
    Fragmento  
Cantares  
Un cuento azul  
    Oriental  
A un retrato  
El Valle de Andalucía  
Cantares  
El primer crepúsculo  
La cestilla  
    Balada  
A una rosa entreabierta  
    A...  
Al Guadalquivir  
Tres besos  
    Balada

Ausencia  
Cantares  
Una tarde en el Genil  
  A mis amigas...  
  Barcarola  
Presentimientos  
  Oriental  
La nube del alba  
Cantares  
Celos  
  Oriental  
A Lucídea  
  Anacreónica  
Recuerdos de Andalucía  
  Fragmentos  
El adiós de la golondrina  
  En un álbum  
La súplica de Aliatar  
  Oriental  
El canto del cisne  
  Fábula mitológica  
A Aurora  
  Seguidillas  
La ermita del Valle  
El último crepúsculo  
Segunda parte  
  Noches de luna  
  Introducción  
    Armonías de la noche  
Graziella  
  Nocturno  
Una noche ante Écija  
  Meditación  
¡Más allá!  
  Nocturno  
Una nube  
  Oriental  
A la luz de mi lámpara  
  Nocturno  
La luna de primavera  
  A...  
¡Horas que huyen!  
  Nocturno  
Al sueño  
Luz y sombra  
  Nocturno  
Noche triste  
  Nocturno  
A...  
  Serenata

La lluvia de estrellas  
  Nocturno  
En el Adriático  
  Barcarola  
Misterio  
  Meditación  
La campana  
  Nocturno  
A una lágrima  
  Nocturno  
Ecos de un calabozo  
  Versión libre de Lamennais  
La hoguera de los recuerdos  
  Romance  
La ninfa del valle  
  Balada  
Nieblas de otoño  
Melancolía  
  A un amigo  
Un nocturno de Beethoven  
Noche andaluza  
  Romance  
Un búcaro de flores  
Tercera parte  
Dedicatorias  
Un sueño de Allan Kardec o El mundo de los espíritus  
  Fantasía espiritista  
  Dedicada a mi querido amigo Francisco Monsalve  
  Visión primera  
    El opio  
  Visión segunda  
    Los espíritus  
  Visión tercera  
    El planeta Júpiter  
  Visión cuarta  
    Julnius  
  Visión quinta  
    Noche  
  Visión sexta  
    Los campos Elíseos  
  Visión sétima  
    La ciudad aérea  
  Visión octava  
    Las almas simpáticas  
  Visión última  
    La mansión de Pitágoras  
Conclusión  
  El poeta  
Epístola  
  A mi querido amigo D. Pedro Román

Oda a la inteligencia  
Leída en la solemne apertura del C. M. de Sevilla  
Adiós a Rossina  
Destrucción de Nabod  
Profecía de Abiathar  
Canto bíblico dedicalo a mi amigo el presbítero D. J. J. B.  
Al dinero  
Poesía leída en el Coliseo Ecijano en Diciembre de 1869  
Las hojas secas  
A la eminente trágica Carolina Civili, en su álbum  
En la catedral de Sevilla  
A mi querido amigo D. Aurelio Orduña  
Una esperanza perdida  
A mi simpática amiga Lola  
La batelera  
Balada  
Para el álbum de mi joven amigo Juan Pérez  
A Cástulo  
A mi amigo D. Juan Llorente  
La orgía en el Tíber.  
Romance  
A mi buen amigo D. Vicente Aceña  
A un crítico  
Soneto único

Índice alfabético  
¡Adiós, mujer! en el revuelto lecho  
A la fiesta las niñas  
Alga perdida sobre el mar del mundo  
Allá velado en los opacos tules  
Amarga flor encendida  
-Ayer, ingrata Zulema  
Blanco jazminillo  
Cástulo; si el espíritu maligno  
Ceñida de relámpagos la frente  
Ceñido el arnés brillante  
César llegó con su preciosa carga  
Clavelillo encarnado  
Como tus rojas hermanas  
Concha, la última mirada  
Crítico, te aconsejo  
Cruzando aquí un plantel de clavellinas  
Cruzando va por el Tíber  
Cuando en la tarde del Otoño triste  
Cuando la oración caía  
Cuando las brisas húmedas de Otoño  
Cuando te vi y te amé por vez primera  
¡Cuánta amargura, lágrima preciosa

Del sol en el ocaso los trémulos matices  
Del vespertino celaje  
De mi búcaro exijo, reina rosa  
Desde los verdes valles andaluces  
De una rama siempre hojosa  
Dícenme que denuestas a mi musa  
Diz que hay noches en el Bósforo  
En el bullicio del mundo  
En las aguas del Eurotas  
Entre purpúreos matices  
Entre Saturno y Palas suspendido  
En un marmóreo, arábigo retrete  
¡Es ella, sí, es mi amada! esa es su frente  
Estoy cerca de ti, tu blanca mano  
Es un alcázar de mármol  
Es un pequeño y delicioso valle  
Hay en la isla de Prócida  
Hay una ninfa gentil  
¡He aquí la pequeña ermita  
Hijos espúreos de Israel y Sara  
-La luna besa tu blanca frente  
La luna va iluminando  
La noche sobre los valles  
La pálida luna se quiebra en tu reja  
Lectora, si por mi dicha  
Lloro cuando no me ves  
Melancólicas (9) nieblas  
Mientras que pude llorar  
Miro el valle andaluz lleno de flores  
Miro en redor de mí y hallo la sombra  
Morenita del Tajo  
Muestra el cielo torvo ceño  
Nardo oloroso, huésped del alcázar  
Náyade blanca, que en las tenues ondas  
Niñas, la noche tiende su manto  
No me cerquéis de pámpanos  
No quiero las riberas  
No sé por qué tu rápido oleaje  
¡Oh, qué grata es la ribera  
Os vi meceros con vaivén violento  
Otro día cayó por Occidente  
Penetraron los viajeros  
Perdóneme el jazmín y la azucena  
Pláceme cuando el desvelo  
Pobre lirio campesino  
Por fin huyen las sombras de la noche  
¿Por qué vuelan tan rápidas las horas  
Pronto de los ligeros velocípedos  
Puesto que a Juan y Juana y Pedro y Pablo  
¡Qué deliciosa mañana!...

¿Qué fugitivas chispas luminosas  
¿Qué hay en la choza de Bempo  
¿Qué medroso rumor el duelo vierte  
¿Quién a mi patria volverá mi paso?  
¿Sabéis lo que es misterio? el ser incomprendible  
Si os place oír el arpa de las sombras  
Si una kadsida moruna  
Sobre una andaluza yegua  
¡Sueño, ser misterioso  
Tierna zagaleja  
¡Tranquila noche! del Genil sonante  
¡Un nocturno alemán! ¿oís? la mano  
Valle, contempla la feraz campiña  
Ven, tierna y delicada sensitiva  
Viste el Delirio túnica flotante  
Ya con su rojiza lengua  
Ya declina la tarde: en torno mío  
Ya el pabellón de estrellas  
Ya el sol envuelto en sábanas de oro  
Ya iba el alba robando a los luceros  
Yo besé una sensitiva  
Zagala morena

¡Hojas del árbol caídas  
juguete del viento son!...  
ESPRONCEDA

A la memoria de mi padre

¡Qué triste cosa es contemplar la infancia desde la edad de la razón,  
cuando los placeres se van y el porvenir se oscurece!

Pasan aquellos años, aquellas dichas y aquellos seres; y apenas si  
queda rastro en el lugar donde fueron.

Hoy que lanzo al viento mis HOJAS SECAS ¿a quién he de dedicarlas,  
más que a la memoria sagrada del autor de mis días?

Recibe, padre mío, el pobre presente de tu hijo  
Benito

Prólogo

Este libro no lo necesita: su autor lo ha concedido así tácitamente  
al encomendarme tamaña empresa. Si lo necesitara, estoy seguro que las  
reputaciones de nuestra patria no se desdeñarían de estampar su nombre en  
la primera página, porque las HOJAS SECAS del Sr. Mas y Prat son una nueva

joya que viene a enriquecer el catálogo brillante de nuestra literatura.

A no estar seguro de robar a mis lectores sus impresiones más gratas, extractaría algunas de sus muchas bellezas; pero no quiero espigar el campo, creería una profanación cortar las flores para presentarlas en mi vaso, pudiendo mostrarlas lozanas y olorosas en el tallo que las vio nacer.

Hijo de la privilegiada Andalucía, inspirado en los valles del poético río por el cual suspiran aún los descendientes de los Omeyas, los cantos del Sr. Mas y Prat tienen el tinte voluptuoso de las veladas del Generalife.

Dos cosas le distinguen de esa pléyade de rimadores adocenados; la variedad de entonación en los distintos géneros, y el tinte melancólico que los envuelve. Sus concepciones no son un día de sol en la región abrasada de los trópicos, sino una tarde apacible en la templada zona del mediodía; no deslumbran por soberbios conceptos, sino por imágenes delicadas.

Cuatro composiciones abarcan y destacan, por decirlo así, su carácter. A un retrato, Más allá, Melancolía y la preciosa oda En la Catedral de Sevilla.

La titulada A un retrato respira esa misteriosa voluptuosidad de las primeras impresiones: síntesis completa del arrobamiento amoroso, estereotipa esa afección verdadera que con tal diversidad se caracteriza, ya por los sacerdotes del espíritu, ya por los obcecados apóstoles de la materia.

Perdóneme el lector si fallo a mi propósito; he aquí cómo exclama el poeta contemplando el retrato de su amada:

\*\*\*

¡Todo es en vano! mis continuos besos  
no logran reanimar esta vitela,  
aunque al contacto ardiente de mi boca  
sus insensibles átomos se queman.

\*\*\*

¡Ondas de mi Genil, que tantas veces  
reflejasteis su imagen hechicera,  
con más placer que el junco de las márgenes  
y el rosado matiz de las adelfas!

Decidle cuando el mundo esté dormido  
y ella sueñe en mis lágrimas despierta,  
que le mando en un rayo de la luna  
todo el cariño que mi pecho alberga.

Decidle que es su aliento más süave  
que el perfume del nardo y la violeta,  
y su boca más dulce y más sabrosa  
que los frutos de Nápoles y Hesperia.

\*\*\*

Dios lä hizo surgir ante mi paso  
como surge el oasis en la arena,  
la fuente cristalina en la montaña

y el árbol en la sábana desierta;  
Como esas tenues lámparas nocturnas  
que en las azules bóvedas se cuelgan,  
cuando manda a los ángeles que arrollen  
el crespón que tendieron las tormentas.

No puede darse más facilidad en la versificación, más belleza en las imágenes, ni más delicado sentimiento.

Distingue principalmente a esta poesía la espontaneidad que revela; el corazón del poeta se siente palpar en sus estrofas, y parece destacarse de ellas el perfil de la mujer amada. La inspiración lo ha hecho todo, el arte apenas ha concertado los trazos.

Siguiendo mi método de buscar el carácter del autor del Mundo de los Espíritus por sus creaciones, citaré el nocturno ¡Más allá!

Aunque vive soñando, y como dice en sus Armonías,

...Cuando truena el bronce en las ciudades  
y se hunden en el légamo los tronos,  
ensaya sobre el arpa suaves tonos  
y olvida el ronco acento del cañón,

no por eso se exime de pagar el debido tributo al siglo de las revoluciones; la duda le atormenta, fluctúa en el dédalo de sistemas filosóficos y religiosos, rompe por fin con las queridas tradiciones de su niñez, y exclama, contemplando los lugares donde aspiró la fe cristiana de sus padres:

Miro el valle andaluz lleno de flores  
donde huyó para siempre mi niñez,  
donde arrullaron mis primeros sueños  
las brisas perfumadas de la fe;

Donde un nombre, por grande incomprendible,  
mi madre me enseñó a balbucear,  
y digo al evocar aquellas horas:  
¿por qué no ha de existir un más allá?

Esta poesía es la personificación de la duda, pero no de esa duda fría que mata cuanto toca, que hiela cuantos sentimientos caben en el corazón del hombre, sino ese estado del yo humano recomendado por Descartes, capaz de todas las modificaciones que le imprima la verdad manifestándose racionalmente.

No puede decirse lo mismo de la titulada Melancolía, sin disputa de las más notables del tomo: parece marcar una época de pesares en la existencia del poeta, es el grito de dolor de un alma abatida por el sufrimiento, la espuma del pesar que salta hirviendo del vaso de la vida.

He aquí sus últimas estrofas:



\*\*\*

Pobre estoico sin fe, sin esperanza.  
Me deslizo en la escéptica Babel,  
sobre el plano inclinado de la duda,  
sin mañana ni ayer.

En vano en torno mío se suceden  
las galas de la fértil creación,  
y se abrazan los cielos y la tierra  
en ósculos de amor.

En vano pasan en ardiente giro  
blancas apariciones ante mí,  
tendiéndome risueñas y livianas  
sus brazos de marfil.

Ya no encienden el mármol de mi boca  
sus incitantes labios de coral;  
¡la atmósfera de fuego y ambrosía  
no puedo respirar!

Acaso si en el cielo de mi vida  
surgiera el ángel del primer amor  
y en la vacía copa de mis goces  
dejara una ilusión;

cuando la tarde triste y melancólica  
en nuestros valles declinando va,  
el día con las sombras de la noche  
se complace en luchar,

otra vez a las pobres golondrinas,  
que van de estos lugares a partir,  
y miran silenciosas las cabañas  
donde anidar las vi,

con las tiernas endechas de mi arpa  
pudiera en su viaje detener,  
que a ellas dije mis tristes confidencias  
cuando amores canté.

Mas ¿cuándo vuelve a su desnuda rama  
el fruto seco y la marchita flor?  
¿Cuándo vuelve a brillar en nuestro cielo  
la perdida ilusión?

¡Ríos que sorbe el mar del desengaño  
son los fáciles sueños del placer,  
sus olas limpias y azuladas  
podrán retroceder!

\*\*\*

¡Qué perfectamente justifica su título esta poesía! ¡Qué pesar tan intenso revelan esas estrofas! Bien dice el poeta: Alga perdida sobre el mar del mundo, no sabe dónde le lleva el huracán de sus pasiones.

Dignas de notarse son las interiores composiciones, mas ninguna tanto como la oda En la Catedral.

Siempre melancólica, elevada por grados y cadenciosa sin descanso; hasta en el descuido de su versificación muestra el verdadero ánimo del

poeta y revela sus más íntimos sentimientos.

El hombre en perpetua lidia con el destino, la inteligencia falible pugnando por descifrar el eterno misterio de nuestra existencia actual y futura, la lucha de la fe y la razón; esto y algo más significa la oda a que nos referimos, y la cual parece llevar el sello imperecedero de nuestro siglo. Si la lira del Sr. Mas y Prat no hubiera sido feliz al arrancar esos acordes, el solo espíritu de la composición bastaría a hacerla apreciable ante la crítica.

Medítese este valiente trozo:

Trémulo he interrogado a las estrellas,  
al sol radioso que en Oriente arde,  
a esas creaciones múltiples y bellas  
que cubre con sus besos por la tarde;  
a cuanto vive en torno,  
a cuanto yace en el profundo abismo,  
a esta llama increada  
que siento arder espléndida en mí mismo;  
y al darme una respuesta misteriosa,  
cuya razón a descifrar no acierto,  
he inclinado la frente fatigosa  
creyendo siempre que soñé despierto.

La filosofía moderna satura, por decirlo así, esta composición, sin matar el sentimiento; la imagen de la humanidad, luchando con el oscurantismo y encendiendo el fuego sagrado de la Ciencia, se encierra en estas exclamaciones:

¿Qué hay detrás de la muerte?  
¿Qué hay antes de la vida?  
¿Qué término nos fija allá la suerte?  
¿Cuál es del alma el punto de partida?

El suspiro de desaliento de la inteligencia humana, al perderse en el dédalo de hipótesis contradictorias, para cuya explicación son impotentes las funciones racionales, se traduce perfectamente en esta melancólica estrofa:

¿Por qué en este recinto  
donde no llegan nunca los rumores  
del mundo revoltoso,  
donde el misterio a la oración convida,  
no halla siempre reposo  
el viajero cansado de la vida?

Triste consideración que aparta el ánimo de los preceptos teológicos y que, llevando nuestra inteligencia por el espacio sin límites de las

ideas, hace que vuelva a caer fatigada sobre la tierra buscando, como el poeta,

...la paz del alma  
y la flor sin perfumes del olvido.

Suficientes creo los ligeros rasgos que anteceden para bosquejar, siquiera sea de una manera vaga, el carácter del Sr. Mas y Prat y el valor filosófico de sus HOJAS SECAS; pero no debo pasar en silencio, antes de abandonar el campo de las creencias, su poema fantástico El Mundo de los espíritus. Trabajo notable que cumple el propósito para que ha sido escrito, y que, por lo extraño de su asunto, se presta a las galas poéticas con que el autor sabe revestir sus conceptos; no sé qué admirar más en él, si la fluidez de su versificación y perfecto desarrollo, o la enseñanza moral que encierra en su doble objeto crítico-filosófico.

Sabido es, que en pleno siglo diez y nueve existe una escuela visionaria cuyos cándidos adeptos creen en las apariciones de la Edad Media, y ensayan en el trípode las sandeces de Merlín y de Nostradamus.

Allan Kardec, primer profeta de la secta espiritista, de cuyos principios, medios y fines no creo deber ocuparme por ser bastante conocidos y no permitirlo las dimensiones de este proemio, es el héroe de esta fantasía, y su viaje a Júpiter guiado por el Delirio y cabalgando en el Hipogrifo de Atlante, que inmortalizó Ariosto, la aventura que galanamente canta el poeta.

En el trascurso de este prodigioso viaje el cantor halla medio de poner de relieve nuestras costumbres y de apuntar de una manera original y agradable, tanto los deslices y aberraciones en que cae la secta espiritista, cuanto las de la sociedad humana en sus distintas evoluciones.

He aquí cómo describe la marcha social de Júpiter en la Ciudad Baja, que supone habitada por los irracionales que allí han trasmigrado:

«La pandilla más aleve,  
de más débil condición,  
forman en esta mansión  
lo que se llama la plebe.

»Y la de mayor audacia  
y mejor rango dental,  
forma la clase social  
que se llama aristocracia.

»Éstos oprimen a aquéllos  
y unidos tejen la guerra;  
fiel trasunto de la tierra,  
todo va por los cabellos.

»Y hay clubs y revoluciones,

y asonadas y motines,  
que promueven los mastines  
y aprovechan los leones.»

Preciso sería, para dar una idea de lo intencionado y fácil de las redondillas que siguen, transcribirlas todas; pero no siendo esto posible, me contentaré con apuntar la notable reconvención que el Delirio da al Profeta cuando éste, admirado de hallar en los irracionales el reflejo de las costumbres terrenas, huye despavorido hacia el lugar más solitario. Hela aquí:

\*\*\*

»Al cabo son pobres bestias,  
estúpidas alimañas,  
que en las terrenas montañas  
tuvieron su habitación;  
»cuya brújula es su instinto,  
torpe, egoísta y rastrero;  
brújula que el derrotero  
no marca de la razón.

»¡Mas los hombres de la tierra,  
que son de distinta esencia,  
que orgullosos con su ciencia  
desprecian a su Hacedor!  
»¡Que una chispa de Dios mismo  
creen encerrar en su alma,  
que han de hallar al fin la palma  
en otro mundo mejor!

»¡Que a pura hipótesis saben  
que no valen lo que ellos,  
ni los órdenes más bellos  
de la escala irracional!  
»¡Pues aun los seres que tocan  
los límites racionales,  
son al hombre desiguales  
en el ángulo facial!

»Esos altivos señores  
de cuanto abarca la tierra,  
¿por qué se dan mutua guerra  
y en su necia estupidez  
»ávidos buscan placeres  
y corren al precipicio,  
de la ambición y del vicio  
apurando hasta la hez?

No puede darse más galanura de estilo ni más originalidad en el

pensamiento; si el Sr. Mas ne tuviera otro mérito que su especial afecto a las ideas nuevas, le sería suficiente para granjearse el general aprecio. Tal vez algún crítico descontentadizo halle divergencia entre la parte que se refiere a la Julnius Baja, y la Ciudad Alta; pero el más sabido precepto de Horacio le dará la respuesta a mi juicio.

Nada más extraño y delicioso que la descripción de la Ciudad Aérea. Si algún defecto puede encontrarse es, a no dudarlo, lo parco que anduvo en esta creación, que de seguro le hubiera dado materia para un apreciable trabajo separado. Hay efectos tan nuevos, toques tan felices, descripciones tan originales, que parece al lector, al tocar la visión última, que se roba algo a sus miradas.

Veamos lo que salta a la vista de Kardec después de haber hallado, según la feliz expresión del poeta,

...el gran portento  
de una ciudad segura sobre el viento.  
\*\*\*

La brillante sardónica que forma la puerta de la Ciudad se rompe al contacto de la mano del Genio, como el cristal tocado por el diamante, y aparecen las mansiones aéreas, en las cuales

...No hay piedra sobre piedra alzada,  
ni material terreno se consiente;  
el alcázar más bello y permanente  
nube ligera y vaporosa es:  
y hay edificios de impalpable humo,  
y monumentos de nevada espuma,  
y altivas torres de flotante bruma  
con montañas de nubes a sus pies.

Aquel era el jardín de las delicias,  
el hiram de los sueños seductores;  
no hay ángulo sin hojas ni sin flores  
ni contorno sin líneas de color.

Perpetua luz circunda sus palacios  
y baña sus espléndidas moradas;  
jamás soñaron imitar las hadas  
sus pórticos de espuma y de vapor.  
\*\*\*

Una cintura de árboles y plantas  
cada prodigio artístico rodea,  
y el alma al contemplarlos se recrea  
en una doble y plácida ilusión;  
parece que el jardín de las Hespérides  
sobre el templo de Júpiter irradia,  
y los verdes laureles de la Arcadia  
tejen una diadema al Parthenon.

\*\*\*

Hay jazmines de lágrimas del día  
y azucenas de ráfagas de luna,  
camelias de vapor de la laguna  
y dalias de arrebol crepuscular;  
parras de escarcha, cuyas blancas hojas  
suspendidas están en el vacío,  
con apretadas uvas de rocío  
que hace el soplo del céfiro oscilar.

No menos digna de notarse es la descripción del Valle de las almas simpáticas, donde se encuentran los que se amaron en la tierra; Laura y Petrarca, Beatriz y Dante, Julieta y Romeo, vagando entre aquellas flores etéreas y anegados en los éxtasis del espíritu, despiertan en el alma un sentimiento dulce y misterioso como el primer sueño de amor.

Larga tarea sería seguir rasgo a rasgo los felices toques de que está salpicado este pequeño poema; otras composiciones reclaman nuestra atención, y necesitando, por la poca pericia de mi pluma, acompañar estas indicaciones críticas con algunos trozos que las justifiquen, me permitiré pasar a otro asunto.

Lástima que el libro que nos ocupa no abunde en trabajos de la naturaleza de éste; las composiciones que lo forman, si bien todas fáciles, la mayor parte notables y muchas modelo de clasicismo lírico, no son de la índole de la que acabamos de notar y del nocturno Graziella.

Y ya que la nombramos, diremos algo de esta preciosa leyenda.

Dedicada a la memoria de Lamartine, poeta favorito del Sr. Mas y Prat, no tiene del autor francés más que el nombre.

Completamente original, por más que el abuso de dísticos le dé cierto sabor de imitación, más bien parece ocultar un recuerdo propio que una reminiscencia ajena; ni por su desarrollo, ni por su desenlace, se parecen en nada las aventuras de las dos pescadoras de Prócida.

Como la fantasía, adolece del defecto de ser demasiado concisa, cosa tanto más notable cuanto que, si algún defecto puede notarse en alguna de las bellas poesías líricas de que no hemos hecho mención, entre las que contamos El cuento azul y la oda Al sueño, es sin duda la ampliación, defecto común en los vates de nuestra patria, debido más a exuberancia de ideas que a falta de gusto poético.

Sencilla por demás esta leyenda, y versificada con esmerada facilidad, abunda en trozos inapreciables. Los romances, en particular, son verdaderamente clásicos, y en los demás metros usados es notable el canto titulado La Tempestad, como puede verse por las siguientes octavas, donde resalta la recomendada armonía imitativa:

Ya estalló el huracán: de furia lleno  
alza la ola que iracundo hostiga,  
y hasta que vuelve al turbulento seno  
a elevarse en pirámides la obliga;  
retiembla el monte al retumbar el trueno,  
las nubes el relámpago castiga,

y el cráter del Vesubio, allá a lo lejos,  
da a las sombras sus fúnebres reflejos.

César oye zumbir sobre su frente  
aquella tempestad, que se desata  
rodando por la atmósfera imponente  
como breña por ronca catarata:  
cercano el riesgo inevitable siente  
y de acorrer a Graziella trata,  
mientras en torno suyo el oleaje  
dobla sus broncas voces de coraje.

Este bellísimo trozo, preparado con mano maestra, puede decirse que es de lo mejor de la leyenda: la situación excepcional de los amantes; el cambio repentino y natural de la confianza en peligro; los esfuerzos de César

por sostener el cuerpo de su amada,  
que sobre el negro piélago se asoma  
y en el fondo del barco se desploma;

el cuidadoso esmero del amante, que sin pensar en sí mismo

sobre la frente de su amada vierte  
agua del mar, y en su continuo duelo  
cubre de ardientes ósculos los ojos  
que dieron antes a la luna enojos;

todo esto, repito, prepara perfectamente la calma que vuelve, descrita en estas dos felices y correctas octavillas:

De aquella negra mortaja  
entre los rotos girones,  
brillantes constelaciones  
comenzaron a asomar:  
la mano de la Esperanza  
se posó en los elementos,  
y los iracundos vientos  
dejaron tranquilo el mar.

El rayo olvidó la encina  
que tal vez amenazaba,  
y el trueno que retumbaba  
a sus cavernas rodó:  
dejó el relámpago súbito  
su luz pálida y medrosa,  
y el alba de nieve y rosa

el horizonte bordó.

La facilidad, la sencillez y la pureza de dicción campean en esta leyenda; bien es verdad que el Sr. Mas y Prat no usa jamás las trasposiciones culteranas, ni abusa de las licencias del lenguaje trópico, vicio común en las letras españolas desde que el caprichoso Góngora y el romántico francés Hugo inocularon sus nocivas excentricidades.

No dejaré de conceder que así como lo sublime está cerca de lo ridículo, lo sencillo suele perderse en lo grosero; mas el genio que sabe evitar los escollos, brillará mejor con el atavío de la naturalidad que con el oropel romántico o el anfibológico culteranismo.

Después de las composiciones que dejo mencionadas, justo será que diga algo sobre un género favorito del autor: los orientales.

Apurado el gusto en la materia, la crítica moderna no se rinde a los halagos de los orientistas y sólo puede permitir a nuestros poetas que los usen con sobriedad y sólo por vía de indemnización a los malos ratos que les proporciona el estudio de la sociedad moderna.

El Sr. Mas ha conseguido, a pesar de esto, hacernos agradable el género en sus dos más acabados, Una nube y Presentimientos. La difícil facilidad de los preceptistas brilla en ambos y cada uno; y no vacilaré en asegurar que sólo en nuestro precioso romancero pueden hallarse algunos que se les asemejen. He aquí, del primero, la pintura de un árabe celoso en el misterio de su harén:

Esto dijo Abenamet  
mesando su luenga barba  
y llevando entre sus dedos  
los crespos rizos de rabia.

Mas un beso de Zulema,  
que riendo le escuchaba,  
sobre un diván de Damasco  
muellemente reclinada,  
como el sol corta las nubes  
cortó la duda en su alma,  
y serenose su frente  
que la tormenta anunciaba.

El titulado Presentimientos es especialmente un verdadero trabajo clásico; la mezcla monstruosa de caballerosidad y barbarie del siglo de los Almanzores resalta en él de una manera inimitable. He aquí su asunto. Una sultana dice a su amado que va a partir a la guerra:

-«No ciñas al ágil talle  
áspera cota de mallas,  
ni fatigues a tu yegua  
con el peso de las armas.  
»Viste, viste tu marlota  
guarnecida de oro y plata,



y oprime el gallardo pecho  
con los lazos de mi banda.  
»Pon aromas al cabello  
y peina la crespa barba,  
respira amor y placeres,  
no aspire humo y matanza.»

Delicada y ardiente súplica que, a pesar de hacer gran mella en el corazón de roca del moro, es contestada con esta bárbara y expresiva orden:

«¡Conmigo los de a caballo,  
esa mujer a mi alcázar!...»

Frases que dicen toda la amargura del amante y toda la fiereza del guerrero.

Con pesar voy a concluir este prolijo análisis, haciendo notar una caprichosa particularidad que resalta en este libro: la carencia de sonetos.

No negaré, como indica nuestro joven poeta, que hay pocos buenos y muchos malos, que en esa composición no deben admitirse términos medios, y que todo mal coplero usa y abusa de él inconscientemente; pero esto no disculpa su capricho, puesto que por sus dotes está obligado a no despreciar el ornamento más clásico de nuestra literatura.

Resumiendo, pues, mis consideraciones, diré que el Sr. Mas y Prat es verdaderamente poeta; que versifica con facilidad, sin amaneramiento y con deliciosa cadencia; que tiene el delicado sentimiento de la escuela mística, sin participar de sus preocupaciones ni de sus extravagancias; y que entre la brillante pléyade de nuestros líricos, tendrá siempre un puesto y una rama de laurel.

Bien es verdad, que es a veces fútil en sus asuntos y no siempre intachable en la forma; pero ¿quién está exento de extravío? Es joven, tiene inspiración, y en sus concepciones bullen las ideas nuevas; la crítica no debe ser inflexible con el autor de HOJAS SECAS.

Réstame dar una ligera ojeada a las composiciones siguientes; mas en la imposibilidad de analizarlas por el rigor de los límites, recomendaré al lector El cuento azul, La ermita del valle, En el Adriático, la oda Al sueño, El primer crepúsculo y El mendigo; como así mismo El adiós a Rossina y el Nocturno de Beethoven.

No sé si habré cumplido mi propósito; tarea espinosa y difícil es rasguear un juicio crítico sin dotes para ello, pero si mis apreciaciones son erróneas, en cambio no pecarán de apasionadas, puesto que no me liga con el autor más que la simpatía natural de todo amante de las bellas letras. Lejos de mí la idea de haber hecho un trabajo correcto y concienzudo; sólo creo, al dar cima a mi tarea, que habré logrado excitar al lector a que hojee este libro; ya que por desgracia en el siglo que corre, tanto por sus aspiraciones cabalísticas, como por la abundancia de producciones de brocha gorda, suelen deslizarse ante el público, sin que éste se aperciba de su paso, mucho más si se notan en su texto esas líneas

escalonadas y desiguales que delatan al arte de Horacio.  
Madrid, 1872.  
Adolfo Biepma de Alarcón.

Primera parte  
Crepúsculos

¿Recuerdas aquellas tardes andaluzas, en las  
que leíamos juntos el Pablo y Virginia de Saint Pierre o el Rafael  
de Lamartine?

Tú bordabas mientras yo leía, y cuando el crepúsculo no te  
dejaba continuar tus labores, cogías uno de aquellos libros y tu voz  
insinuante y argentina daba vida a aquellos cuadros encantadores que  
hacían vibrar las cuerdas del sentimiento.

A esa época se refieren mis más ardientes cantos, y en ellos va  
envuelto el recuerdo sagrado de nuestros primeros sueños.  
MIS RECUERDOS

Quietud del hogar  
Fragmento

-Muestra el cielo torvo ceño,  
y los árboles cimbrea  
del espacio el ronco dueño:  
¡Echa, Tomás, otro leño  
y aviva esa chimenea!5

Pronto el huracán bravío  
arrancará los nogales  
remolcándolos al río,  
y vendrá el granizo frío  
a azotar esos cristales.10

Pronto, al fugaz resplandor  
del relámpago que espira,  
seguirá el ronco estridor  
con que acentúa el Señor  
el lenguaje de su ira.15

Dichoso quien de su hogar  
en la plácida quietud,  
oye el trueno retumbar,  
y a los abismos rodar  
entre espumas el alud.20

Quien de la noche lluviosa  
pasa la eterna vigilia,

a la lumbre deliciosa  
que baña con luz dudosa  
a su agrupada familia.25

¡Ay del pobre peregrino  
que envuelto en mísero andrajo  
sufre el rigor del destino!  
Dios le señale el camino  
de nuestra quinta del Tajo.30

Así la luz del portal  
haga su rumbo más breve,  
por el sendero fatal  
que parte del robledal  
invadido por la nieve.35

¡Truena!... el eco pavoroso  
en la montaña retumba,  
permita el cielo piadoso  
librar al menesteroso  
del alud que se derrumba.40

¿Palideces, hija mía?  
¡Tranquilízate, Clemencia!  
Esa ráfaga sombría,  
es Dios quien la enciende y guía  
y no hiere a la inocencia.45

Nunca, inocente, rehuyas  
la indomable tempestad  
ni contra su dolo arguyas;  
venganzas son como suyas,  
sólo hieren la maldad.50

Jamás esta quinta honrada  
que cuenta sin cuenta Mayos  
fue por el rayo tocada;  
sólo en la regia morada  
hace falta el para-rayos.55

Donde la virtud florece  
y la caridad se asienta,  
ni la inquietud se guarece  
ni jamás se desfallece  
al rumor de la tormenta.60

\*\*\*

Esto dijo el anciano removiendo  
el leño de la ardiente chimenea,  
que una llama más viva esparció en torno  
para que la verdad resplandeciera.

Llamó a la pobre niña que temblaba<sup>65</sup>  
como al soplo del cierzo la violeta,  
y la sentó risueño en sus rodillas  
en tanto que brillaba una centella.  
-«¡Duerme! la dijo, el ángel de la Guarda  
con tu abuelito por tu sueño vela»;<sup>70</sup>  
y aunque más ronco el trueno retumbaba  
tranquilamente se durmió la nieta.  
Año 1872.

## Cantares

En el bullicio del mundo  
solo estoy con mis pesares,  
si alguno vive contento  
que no venga a acompañarme.

La lápida del olvido<sup>5</sup>  
he puesto sobre tu amor:  
¡Ya puedes amar a otro,  
por ti estoy rogando a Dios!

Aves que vais a mi patria  
cruza felices el viento;<sup>10</sup>  
¡ay, si yo tuviera alas  
fuera vuestro compañero!

¿Te acuerdas, niña? ¡allí fue!...  
Dijiste: ¡qué feliz soy!...  
Me olvidaste y te olvidé...<sup>15</sup>  
¡Lo que va de ayer a hoy!  
Año 1872.

## Un cuento azul Oriental

Pláceme historias pasadas  
de andante caballería.  
AROLAS

- I -

Pláceme cuando el desvelo  
vaga en los flotantes tules

de un lecho de terciopelo,  
decir mis cuentos azules,  
porque son color de cielo.5

Sultana que te reclinas  
sobre almohadones de plumas,  
como las blancas ondinias  
de las aguas cristalinas  
en las móviles espumas:10

Oye, si place a tu oído,  
mi cuento caballeresco,  
de azul y rosa teñido,  
perfumado y encendido  
como el pebete arabesco.15

- II -

En un harén de Estambul,  
entre perfumes y flores,  
sándalo, perlas y tul;  
una esclava de Gazul  
lloraba cuitas de amores.20

Como esquivaba al sol la estrella,  
la niña al moro esquivaba,  
y él suspiraba por ella;  
Gazul amaba a la bella  
y ella por otro lloraba.25

A fuer de altivo y galán  
es el moro noble y bravo;  
pero tal sus cuitas van,  
que a pesar de ser sultán  
es las más veces esclavo.30

La nazarena se esfuerza  
en no dar pábulo al fuego;  
y él, aunque su orgullo tuerza,  
no prefiere por la fuerza  
lo que puede dar el ruego.35

Una noche que la luna,  
por penetrar lo vedado,  
entró en la estancia moruna  
deslizándose importuna  
por un ajimez calado,40

Con la frente pesarosa,  
a los pies del noble moro,  
halló postrada a la hermosa,

a la ráfaga dudosa  
de una lámpara de oro<sup>45</sup>

La nazarena gemía  
y en sus amores soñaba;  
y así sus quejas decía,  
olvidando que la oía  
el mismo a quien despreciaba:<sup>50</sup>

«¡Oh! déjame, moro fiero,  
que corte otra vez las olas,  
que yo a tu alcázar prefiero  
la cruz de mi caballero  
y mis costas españolas.<sup>55</sup>

»Déjame, que dame enojos  
de este celaje el azul,  
y húmedos están mis ojos  
cuando el sol da visos rojos  
a las torres de Estambul.<sup>60</sup>

»¿Qué me valen tus consuelos  
ni tus bárbaros amores;  
qué me son tus terciopelos,  
tus perfumes y tus velos,  
tus pebetes y tus flores?<sup>65</sup>

»¿Qué el susurro de esa fuente  
de kioscos rodeada  
que se arrastra lentamente;  
qué tus pájaros de Oriente  
presos en cárcel dorada?<sup>70</sup>

»¡Ay mi vega de Granada,  
ay mi Genil placentero,  
ay mi patria idolatrada,  
ay la divisa morada  
que viste mi caballero!<sup>75</sup>

»No te irriten mis enojos,  
vuélveme, moro, a mi hogar,  
y ante ti caeré de hinojos;  
¡mira cuál están mis ojos  
turbios de tanto llorar!<sup>80</sup>

»¡Allí ilumina la aurora  
el castillo de mi padre,  
allí vela el que me adora,  
allí está el sauce que llora  
en la tumba de mi madre!«<sup>85</sup>

Oyó Gazul de la esclava  
el melancólico ruego,  
y dijo, mientras rodaba  
una perla que saltaba  
de su pupila de fuego:90

«Bien sabe Alá que te aprecio,  
aunque tu desdén me reta,  
y que por tu amor desprecio  
las vírgenes de más precio  
del mercado de Damieta.95

»Bien sabe Alá que daría  
por un beso de tu boca  
mi bandera y mi gumía,  
el cintillo de mi toca  
y el faro de Alejandría.100

»Bien sabes tú, nazarena,  
que soñé en tus labios rojos,  
y que al verte en Cartagena  
colgué a Zayde de una almena  
porque puso en ti los ojos.105

»Pues bien, hermosa Gacela,  
libre te deja Gazul,  
tu española carabela  
se hará mañana a la vela  
en las playas de Estambul.110

»¡Parte! y que el ángel amigo  
mueva las soberbias olas  
hasta que encuentres abrigo;  
mi corazón va contigo  
a tus costas españolas.115

»De hoy más, nunca tu desdén  
esquivará mis abrazos;  
parte y llévate mi bien,  
que en mi solitario harén  
no he de buscar nuevos lazos.120

»Para ti elevé en mis playas  
esos palacios dorados,  
por cúpulas terminados,  
que cercan cien atalayas,  
con ajimeces calados.125

»Para ti sembré de rosas

sus kioscos orientales,  
y en sus cámaras lujosas  
puse fuentes olorosas  
de transparentes cristales.130

»Pues todos esos primores  
que te agrupé con usura;  
kioscos, y cenadores,  
y torres, y miradores  
de árbiga arquitectura:135

»Puesto que solo me siento  
y ya sé que no me amas,  
cuando dejes tu aposento  
desde el remate al asiento  
serán presa de las llamas.140

»Y cuando bañe esa cumbre  
el crepúsculo sombrío,  
encendiendo esa techumbre  
haré una antorcha que alumbre  
la estela de tu navío.»145

Esto dijo el triste moro  
con ronco acento a la esclava,  
que, bañada en turbio lloro,  
sus pies de hinojos besaba  
calzados con seda y oro.150

Y en silencio recobrando  
su tunecino alquicel,  
y a lento paso girando,  
la estancia regia dejando  
cerró la puerta tras él.155

- III -

El alba en las nubes vuela  
con alas de tibio azul,  
y alumbra una carabela,  
que se va a hacer a la vela  
en las playas de Estambul.160

Es la carabela apresada  
a la flota castellana,  
que, cumpliendo su promesa,  
devuelve Gazul ileso  
a la cautiva cristiana.165

Ya el piloto a mandar iba  
volver la quilla hacia Europa,



y aun dudosa la cautiva  
de tanto bien, pensativa  
se reclinaba en la popa,170

Cuando se vio que subían,  
iluminando el espacio,  
lenguas de fuego que huían,  
y en su fuga destruían  
las cúpulas de un palacio.175

Caen las piedras con estruendo,  
y a los rojos resplandores  
se van los muros hendiendo;  
en sus escombros sumiendo  
mármol, estucos y flores.180

Mancha el humo el limpio azul,  
y el ávido fuego corre  
por los muros de Estambul...  
Del palacio de Gazul  
no quedará ni una torre.185

Fiel el moro a la promesa  
que hiciera a la hermosa esclava,  
que en mal hora fue su presa,  
convirtió en humo y pavesa  
el alcázar que habitaba.190

Y en tanto el ancla en son grave  
gimió al salir de las olas,  
dejando libre a la nave,  
que se lanzó como un ave  
a sus costas españolas.195

#### A un retrato

¡Yo no os puedo decir cuánto es hermosa  
como el azul y el oro en rica tela,  
como luz de mi vida dolorosa  
que en el mar de mis lágrimas riela!  
AROLAS

¡Es ella, sí, es mi amada! esa es su frente,  
blanca como los mármoles de Grecia;  
esa es su boca de coral y nácar,  
esos sus ojos de mirada intensa.

¡Qué hermosa está! Sobre su blanco cuello<sup>5</sup>  
se deslizan las ondas de sus trenzas...

¡Oh, si estos labios que acaricio hablaran!

¡Oh, si estos ojos que contemplo vieran!

Imagen dulce de la amada mía,  
que mis insomnios de dolor consuelas,<sup>10</sup>

¿por qué no miras y verás mi llanto?

¿Por qué no escuchas, sentirás mi pena?

¡Todo es en vano! mis continuos besos  
no logran reanimar esta vitela,  
aunque al contacto ardiente de mi boca<sup>15</sup>  
sus insensibles átomos se queman.

Inmóviles están sus rojos labios,  
no se alza seductora su cabeza,  
fijas están sobre su blanco cuello  
las ondulantes líneas de sus trenzas.<sup>20</sup>

¡Oh! ¿por qué siendo el alma de mi alma,  
la vida que circula por mis venas,  
lejos estoy de la que adoro tanto,  
bebiendo el jugo amargo de la ausencia?

¡Ondas de mi Genil, que tantas veces<sup>25</sup>  
reflejasteis su imagen hechicera,  
con más placer que el junco de las márgenes  
y el rosado matiz de las adelfas!

Decidle cuando el mundo esté dormido  
y ella sueñe en mis lágrimas despierta,<sup>30</sup>  
que le mando en un rayo de la luna  
todo el cariño que mi pecho alberga.

Decidle que es su aliento más süave  
que el perfume del nardo y la violeta,  
y su boca más dulce y más sabrosa<sup>35</sup>  
que los frutos de Nápoles y Hesperia.

¿Habéis visto el lucero de la tarde  
cuando con blancas ráfagas os besa?  
¿Habéis visto las nubes de la aurora  
cuando el sol las esparce o las condensa?<sup>40</sup>

Dios lä hizo surgir ante mi paso  
como surge el oasis en la arena,  
la fuente cristalina en la montaña  
y el árbol en la sábana desierta;  
como esas tenues lámparas nocturnas<sup>45</sup>  
que en las azules bóvedas se cuelgan,  
cuando manda a los ángeles que arrollen  
el crespón que tendieron las tormentas.

¡Cuántos recuerdos, seductora imagen,  
tus delicadas líneas me despiertan!<sup>50</sup>

¡Cuántos recuerdos, que pasaron rápidos  
como pasa la alondra por las selvas!

Pláceme el evocarlos uno a uno,  
porque forman mi única riqueza,

y son más gratos a mis dulces sueños,55  
que a los del rico avaro las monedas.

Pláceme recordar aquellas noches  
con sus rayos de luna y sus estrellas,  
de caricias y amores perfumadas  
y de placeres misteriosos llenas.60

Que es dulce deleitarse en un recuerdo  
oculto como un lago entre la niebla,  
para el viajero que su cauce ignora  
y cruza indiferente por la selva.

Al mundo se lo velo, y lo descubro65  
al triste corazón cuando se queja,  
que el raudal de placer que hay en mi pecho  
sólo hay una mujer que lo comprenda.  
Año 1869.

## El Valle de Andalucía

- I -

Allá velado en los opacos tules  
de la flotante y vaporosa bruma,  
al fin mis ojos contemplarte pueden  
siguiendo al ave que el espacio cruza.

Mas no cual antes de esmeralda henchido,5  
mas no vistoso cual mi afán te busca;  
no con espigas que llenara Ceres,  
no con tus prados de olorosa púrpura.

Ya, Valle hermoso, el colorín parlero  
que el alba estiva trinador saluda,10  
que el claro arroyo de pequeño cauce  
con sus alillas de color enturbia,

No posa, no, sobre las verdes ramas  
del alto pino y de la encina ruda,  
ni los arrullos de perdida tórtola15  
la pastorcilla enamorada escucha.

Ya no contemplo en las tendidas eras  
oro que limpia plateó la luna  
en clara noche de ardoroso estío,  
rica estación de sazoadas frutas.20

Ya no contemplo las hojosas vides  
con sus colgantes de apretadas uvas;  
ni la guitarra vibradora escucho

que el andaluz enamorado pulsa.

Ya, cuando Febo tras azul y grana<sup>25</sup>  
sobre las nubes el Olimpo surca,  
en vez de espigas, de pintadas flores,  
baña arboleda de verdor desnuda.

Que ya, no el aura que meció las hojas,  
mas Aquilón embravecido zumba,<sup>30</sup>  
y huyendo Progne a la abrasada Libia  
quéjase triste Filomena oculta.

¡Cuál se deslizan las ligeras horas!  
ayer matices de estival verdura,  
hoy negros tintes de invernal tristeza,<sup>35</sup>  
¡cuál vence el tiempo en su continua lucha!

También mi dicha, pintoresco Valle,  
cual copo blanco de ligera espuma  
voló, trocando su matiz de rosa  
entre la sombra del pesar oscura.<sup>40</sup>

También las flores de carmín y oro  
que rodeaban mi tranquila cuna  
se marchitaron, cual el mustio nardo  
que crece al pie de solitaria tumba.

También ¡oh Valle! cuando a verte vuelvo,<sup>45</sup>  
árido campo mi ilusión vislumbra,  
que cruzo el mundo cual la seca hoja  
que al precipicio arrebató la lluvia.

- II -

Ya el arroyo, que manaba  
como cinta trasparente,<sup>50</sup>  
que en juncos se desataba  
y entre flores serpeaba,  
es devastador torrente.

Ya las hojas desprendidas  
vuelan del Austro agitadas,<sup>55</sup>  
y las ramas sacudidas  
tórnanse descoloridas,  
por las lluvias azotadas.

Ya la linda espigadera,  
del sol poniente a la luz,<sup>60</sup>  
no canta alegre en la era,  
escuchando placentera  
al segador andaluz.

Ni la guitarra halagüeña  
alegra el florido prado;65  
ni la hermosa malagueña  
el pie diminuto enseña  
en cintas aprisionado.

Las flores se marchitaron,  
las golondrinas huyeron,70  
y los árboles dejaron  
las hojas que les legaron  
las estaciones que fueron.

Mas, presto la Primavera  
con su manto de alegría75  
envolverá la pradera,  
y vendrá el ave parlera  
al Valle de Andalucía.

Y vendrán los colorines,  
al despuntar la mañana,80  
a sus agrestes jardines,  
do se mecen los jazmines  
sobre alcatifas de grana.

Y prestará el lirio olores,  
y la rosa sus capullos;85  
el tulipán sus colores,  
la tórtola sus arrullos,  
y las auras sus rumores.

Y la linda espigadera,  
del sol poniente a la luz,90  
cantará alegre en la era,  
escuchando placentera  
al segador andaluz.

Y entonces, Valle preciado,  
cuando luzcas tu contento,95  
de mil flores matizado,  
habré la palma alcanzado  
de mi amargo sufrimiento.

Que en vano puedo querer  
que vuelvan pasadas dichas;100  
que nunca suelen volver  
las que torna el padecer  
en incansables desdichas.

Desdichas, que cual el mar

cuando ruje la tormenta,105  
saben las dichas tragar;  
y en sus antros devorar  
cuanto hermoso se presenta.  
Año 1866.

## Cantares

Yo besé una sensitiva  
y se plegaron sus hojas;  
si no me cierras tu pecho  
deja que bese tu boca.

Ayer te cogí una flor<sup>5</sup>  
y la arrojaste al suelo;  
dime si con mi cariño  
lo mismo harás con el tiempo.

Ni una lágrima me queda  
en las urnas de mi alma;10  
si quieres que llore sangre  
dime que ya no me amas.

## El primer crepúsculo

Le feu des étoiles  
commence à pàlir.  
BERNIS

- I -

Por fin huyen las sombras de la noche  
y viene la luz pàlida del alba,  
a ahuyentar de mi insomnio y de mis duelos  
las medrosas cohortes de fantasmas.

¡Oh, con cuánto placer la veo filtrarse<sup>5</sup>  
por el turbio cristal de mi ventana,  
bañando débilmente los objetos  
con los blancos matices de sus ráfagas!

¡Oh, con cuánto placer abro los ojos  
en los que va a oscilar la última lágrima,10  
y los derramo avaros por los ángulos

donde gime la sombra avergonzada!

Huye, noche fatídica y sombría,  
que el corazón con duelos despedazas,  
y hielas nuestra sangre en las arterias<sup>15</sup>  
con tus cuadros de tintas funerarias.

Huye, que a solas mi pesar devoro  
y me punza contar tus horas largas;  
porque tengo un dolor, por cada golpe  
que lanza a tu silencio la campana.<sup>20</sup>

¡Oh, qué inmenso raudal de luz y amores  
en tus pardas tinieblas encontrara,  
si un aliento de fuego me envolviera  
y unos brazos de nieve me enlazaran!

¡Oh, qué dulce será trocar un lecho<sup>25</sup>  
en tálamo sagrado de dos almas,  
que se eleven unidas de la tierra  
para anegarse en mutuas confianzas!

¿Qué me valieran, noche, tus legiones  
de quiméricos sueños y patrañas?<sup>30</sup>  
¡Si sólo con un sol vais fugitivas!  
¿Qué hicierais con los ojos de mi amada?

Huid, huid, tinieblas; por el monte  
bajando va la luz de la mañana,  
y la flor que recibe su rocío<sup>35</sup>  
se viste con su traje de escarlata.

¡Qué preciosos matices colorean  
las puertas del Oriente sonrosadas,  
y cómo el sol su túnica de oro  
va dejando caer sobre las aguas!<sup>40</sup>

Las nubes en azul, púrpura y nieve  
huyendo por la atmósfera se bañan,  
y fingen en sus juegos caprichosos  
alamedas, campiñas y cascadas.

¡Con qué placer el pájaro dormido<sup>45</sup>  
tiende en el aire las ligeras alas,  
libre de las tinieblas azarasas  
que sólo le brindaron asechanzas!

¡Con qué trinos la alondra va subiendo  
hasta perderse en las azules sábanas,<sup>50</sup>  
buscando a su inocente compañera

que con alegre cántico la llama!...

¡Ay, salve, aurora! tu rosado manto  
tiende sobre el abismo de mis lágrimas,  
y ¡lleva entro tus rayos apacibles<sup>55</sup>  
esta queja hacia el lecho de mi amada!

- II -

Salve, ráfaga primera  
de los albores diurnos,  
tú los fantasmas nocturnos  
truecas en aire y vapor:<sup>60</sup>

Y levantas a las flores  
que, con lánguida pereza,  
inclinaron la cabeza  
de las sombras al amor.

Tú sobre las nubes flotas<sup>65</sup>  
al despertar la mañana,  
y con encajes de grana  
bordas la bóveda azul;  
tú viertes sobre los campos  
tus ánforas de rocío,<sup>70</sup>  
y de las brumas del río  
coloras el leve tul.

Cuando por el hondo valle  
tu pálida frente asomas,  
se levantan las palomas<sup>75</sup>  
de sus lechos de verdor:  
y van unidas en bandos  
a beber en la laguna,  
donde el disco de la luna  
va perdiendo su fulgor.<sup>80</sup>

Ya el pastor con su rebaño  
por la montaña desfila,  
de la metálica esquila  
al monótono sonar:  
y el labrador codicioso<sup>85</sup>  
cruza con la yunta el prado,  
preparando el corvo(1) arado  
que la tierra ha de domar.

La tosca cabaña humea,  
y se oye el áspero ¡alerta!<sup>90</sup>  
que lanza desde su puerta  
el inteligente can:  
y van cruzando los prados  
las tostadas segadoras,



bellas como las pastoras<sup>95</sup>  
de los valles del Jordán.

Tal vez, del rústico techo  
bajo el pórtico de parra,  
de la andaluza guitarra  
suena la argentina voz: <sup>100</sup>  
y entre tan varios rumores  
el mundo va despertando,  
y el sol su carro lanzando  
sobre las nubes veloz.

Como el sultán Nazarita<sup>105</sup>  
deja el tálamo de plumas,  
él de su lecho de espumas  
levanta la regia faz:  
y sobre campos de púrpura  
que bordan nubes de plata, <sup>110</sup>  
deslumbrante catarata  
lanza sus olas de paz.

¡Luz! Luz, el ave te llama  
y el insomne te desea;  
tu antorcha al pobre recrea <sup>115</sup>  
porque brillas para él:  
sólo el rico, que entre orgías  
pasa la noche afanoso,  
sumido en letargo ocioso  
te olvida bajo el dosel. <sup>120</sup>

De tus ráfagas al brillo  
mal los vicios ocultara,  
y en su rostro se marcará  
la vergonzosa señal:  
por eso en la noche larga, <sup>125</sup>  
en desenfrenada orgía,  
parodía la luz del día  
con la luz artificial.

Fuegos fatuos, que aparecen  
cual luminosas estrellas, <sup>130</sup>  
fingen virtudes las bellas  
y tiñe el carmín su tez:  
virtud dudosa, mentida  
como el tinte de su boca;  
virtud que al vicio provoca <sup>135</sup>  
con fingida candidez.

La llama de las bujías  
en los trajes reflejando,

parece que va rielando  
en un lago de color:140  
y en incitante abandono,  
de placer y vicios llenos,  
palpitan mórbidos senos  
a su tenue resplandor.

Y giran en torbellinos145  
en mil vueltas confundiéndose,  
en la atmósfera meciéndose  
impregnada de azahar:  
o se recuestan rendidas  
en pabellones de aromas,150  
como aturcidas palomas  
cansadas de voltear.

Visiones de las tinieblas  
que rayos de luz circuyen,  
al nacer el día huyen155  
para ocultar su rubor;  
como mágica cohorte  
de forma dudosa y vaga,  
que el dedo de alguna maga  
evocase en derredor.160

¡Ay de los que el alba amiga  
halla al besarles los ojos  
hinchido el pecho de enojos  
y cansados de gozar:  
en vano entre las tinieblas165  
ocultarán sus dolores;  
en vano buscarán flores  
donde espinas han de hallar.  
Año 1870.

La cestilla  
Balada

Puedes irme dando  
veinte... ciento... mil...  
NAVARRO

Zagala morena  
de los ojos negros,  
la del pie pulido,  
la del alto seno;  
deja que las ondas5

beban tus corderos,  
que no avanza el lobo  
si velan los perros.

El sol, tras el alba  
alzose en el cielo<sup>10</sup>  
con nubes de grana  
en trono de fuego;

dorando los bosques,  
besando los cerros,  
y sembrando lirios<sup>15</sup>  
al pie del otero.

Siguiendo a la diestra,  
volviendo al siniestro,  
dicen que a una fuente  
nos lleva un sendero;<sup>20</sup>

sus aguas son claras,  
y forman un cerco  
con álamos blancos,  
los álamos negros.

De juncos tejidos,<sup>25</sup>  
pintados y secos,  
con leves labores  
allí tengo un cesto.

Tiene por adorno  
tres lazos de fuego,<sup>30</sup>  
y tres, azulados  
con borlas y flecos.

Entre hojas verdosas  
y flores, cubiertos,  
encierra maduros<sup>35</sup>  
mil frutos diversos.

La fresa encendida,  
y el dátíl honesto  
que crece en las palmas  
hijas del desierto.<sup>40</sup>

Las uvas doradas  
del verde viñedo,  
tendrás alternando  
con pomas y peros;  
y tersa granada,<sup>45</sup>  
que en túrbidos velos  
oculta de néctar  
los granos pequeños.

Cerezas y guindas,  
que en grato himeneo,<sup>50</sup>  
graciosas enlazan  
sus cabos revueltos.

En fin, cuantos frutos  
nos brindan los huertos  
desde el rojo Estío<sup>55</sup>

hasta el cano Invierno.

Si esto no te place,  
si no basta esto,  
te daré... ¡no huyas!...  
uno, dos, tres besos,60  
ocho, diez y doce,  
veinte, treinta... ciento,  
a ver si me quieres  
como yo te quiero.

Zagala morena65  
de los ojos negros,  
la del pie pulido,  
la del alto seno;  
deja que las ondas  
beban tus corderos,70  
que no avanza el lobo  
si velan los perros.  
Año 1867.

A una rosa entreabierta

A...

¿Qué es más que el heno a la mañana verde,

seco a la tarde?  
RIOJA

- I -

Como tus rojas hermanas,  
ávida de luz y amores,  
abres tus hojas livianas  
en las primeras mañanas  
de la estación de las flores.5

Lucha tu seno plegado  
por conservar el perfume  
que tu cáliz ha formado,  
mas por contemplar el prado  
tu pétalo se consume.10

En tu imbécil ambición  
importunas a la brisa,  
henchida de presunción,  
pidiéndole la impresión  
de su ligera sonrisa.15

Y al sol que va apareciendo,

y al ave que va cruzando,  
parece que estás diciendo:  
-¡Ved cuán bella voy creciendo,  
nuestra pradera esmaltando!20

-¡Ved cuál las hojas suspiran  
de mi beldad envidiosas,  
ved cual en círculo giran  
y embelesadas me miran  
abejas y mariposas!25

Esto dices, contemplando  
tu faz roja en la corriente,  
por abrir ambicionando;  
a torrentes derramando  
los ámbares de tu frente:30

Esto dices, ¡ay cuitada!  
por la vanidad herida  
y el orgullo acariciada,  
sin conocer que a la nada  
lleva el exceso de vida.35

¿Qué es la tuya, más que el paso  
de esa nube pasajera  
desde el oriente al ocaso;  
durable lo que la cera  
vertida en ardiente vaso?40

¿Qué es más que un pliegue de bruma  
que rompe frágil barquilla,  
qué es más que una débil pluma,  
un copo de blanca espuma,  
un relámpago que brilla?45

¡Si tu corola has de abrir  
para verla deshojar!  
¿Por qué pugnas por lucir,  
si tan pronto has de morir  
y tan poco has de gozar?50

Plega, plega flor preciada  
tu clámide sonrosada  
si por ello no te enojas;  
ya que mueras olvidada  
guarda el perfume en tus hojas.55

No escuches la baja ola  
que te adula desde el río,  
ni a la servil amapola;

no te incite la aureola  
que da a tu frente el rocío.60

Que es tu vida el fácil paso  
de esa nube pasajera  
desde el oriente al ocaso;  
durable lo que la cera  
vertida en ardiente vaso.65

- II -

Rosa, sin duda deliras,  
y en tu delirio orgulloso  
por desplegarle suspiras,  
no conociendo las iras  
de este mundo proceloso.70

Vana será tu hermosura,  
tu pureza y tu fragancia;  
sólo probarás tortura,  
sólo tendrás amargura,  
sólo verás inconstancia.75

Si fueras limpio diamante  
o esmeralda transparente,  
el hombre ciego, anhelante,  
en su ambición impaciente  
te guardara delirante.80

Y si tu tallo inodoro  
y tus hojas peregrinas  
fuesen de plata o de oro,  
no guardarán tal tesoro  
esas punzantes espinas.85

Mas si eres rica en colores  
y poderosa en aromas;  
si por reina de las flores  
te cantan los ruiseñores  
y te arrullan las palomas;90

No seduce tu color  
al avariento mortal,  
que no aprecia tu candor  
porque a la más pura flor  
prefiere siempre el metal.95

Que el selam de los amores  
no circula en los palacios  
de los soberbios señores;  
¡qué tienen que hacer las flores

donde brillan los topacios!100

Rosa, tus hojas inclinas  
porque la pena te embarga;  
y en mi canción adivinas  
una verdad con espinas  
porque es verdad muy amarga.105

Pero, si te hago llorar  
otro te hará sonreír,  
y al fin vendrá a resultar  
que entre sufrir y gozar  
vivirás hasta morir.110

Adiós, Rosa; ya el sol lanza  
su última luz sobre el río,  
y pues que todo es mudanza,  
aduérmete en la esperanza  
que es de la vida el rocío.115  
Año 1869.

### Al Guadalquivir

No sé por qué tu rápido oleaje,  
que ondula sosegado  
al retratar el plácido celaje  
acariciando el prado;  
no sé por qué tu espuma pasajera,<sup>5</sup>  
tus márgenes de flores,  
encienden de mis lágrimas la hoguera  
y hostigan mis dolores.

No sé por qué, Guadalquivir tranquilo,  
vengo triste a tu orilla,<sup>10</sup>  
y en los escollos del pesar vacilo  
cual trémula barquilla;  
no sé por qué cuando la noche cierra  
demándole consuelo,  
y viendo muda a la dormida tierra<sup>15</sup>  
alzo la vista al cielo.

No sé por qué, te digo, y estoy loco  
cuando el golpe no siento  
del triste corazón, que poco a poco  
me dice mi tormento;<sup>20</sup>  
no sé por qué, te digo, y voy contando

las horas de mi pena,  
y de gratas imágenes poblando  
la atmósfera serena.

¡Ya sé por qué, Guadalquivir tranquilo,25  
vengo triste a tu orilla,  
y en los escollos del pesar vacilo  
cual trémula barquilla!  
¡Ya sé por qué tu espuma pasajera,  
tus márgenes de flores,30  
encienden de mis lágrimas la hoguera  
y hostigan mis dolores!

Me falta el sol que tu oleaje besa  
cuando el ocaso arde,  
el lucero apacible que atraviesa35  
las nubes de la tarde;  
me falta el lirio azul de la pradera  
que baña la laguna,  
la virgen de los sueños hechicera  
que baja con la luna.40

Tú, claro río, que también murmuras  
y como yo te quejas,  
y a veces cual mi alma, en ondas puras  
tristes nubes reflejas,  
vuelve, vuelve tus aguas hacia el valle45  
donde suspira ella,  
y antes que el arpa del poeta estalle  
torna sobre tu huella.

¿Qué me valen ¡oh Betis! esas luces  
de púrpura y de gualda,50  
que coloran tus campos andaluces  
y besan tu Giralda?  
¿Qué ese de frutos, flores y arboledas,  
espléndido tesoro;  
tus alcázares llenos de alamedas55  
y tu torre del Oro?

¿Que me vale que copies orgulloso  
tanta belleza, y tanta  
gala gentil del suelo delicioso  
donde posas tu planta;60  
si no ves en tus ondas retratada,  
aunque te cause enojos,  
la negra cabellera de mi amada  
ni sus hermosos ojos?

Pregúntale al Genil, que es tan dichoso65



que la tiene en su orilla,  
si es Véspero en la tarde más hermoso  
cuando sin nubes brilla;  
pregúntale si el alba tiene flores  
más blancas que su frente,70  
o el sol al descender más resplandores  
que su mirada ardiente.

¡Ay! tú no sabes, apacible río,  
con qué fuego la adoro,  
ni qué lucha destroza el pecho mío75  
cuando canto y no lloro;  
tú no lo sabes, cuando no detienes  
esas ondas suaves  
y a consolarme silencioso vienes...  
¡Betis, tú no lo sabes!80

Como ruedan al mar esas espumas  
con caprichosos giros,  
van a mi amada entre las tenues brumas  
rodando mis suspiros;  
en su mórbido seno hallan reposo85  
y plácida acogida.  
¡Ay! ¿Por qué de ese asilo delicioso  
lejos paso la vida?

¡Oh, qué gratas me fueran tus orillas,  
Guadalquivir sonante,90  
tus márgenes, tus olas, tus barquillas,  
tu cielo deslumbrante!  
¡Oh, qué gratas tus brisas y tus flores,  
tu curso sosegado,  
si dos almas que sienten sed de amores95  
no hubieras separado!

¡Adiós, Guadalquivir, de ti me alejo  
sumido en mis pesares;  
la copia fiel de mi pasión te dejo  
en estos mis cantares:100  
si luce el día en que mi duelo tenga  
un término risueño,  
tal vez gozoso a confiarte venga  
la realidad de un sueño!  
Año 1869.

Tres besos  
Balada

- I -

Cuando la oración caía  
con las sombras de la tarde,  
y la doliente campana  
daba su voz a los aires;  
arrodillada en el huerto<sup>5</sup>  
de la casa de mi padre,  
del álamo más copudo  
bajo el frondoso ramaje,  
sentí un beso en la mejilla:  
¡Era el beso de mi madre!<sup>10</sup>

- II -

Por cinco veces capullos  
salpicaron mis rosales,  
y cinco las golondrinas  
volaron hacia los mares.

Siguiendo la romería<sup>15</sup>  
de las vírgenes del Valle,  
un mancebo de ojos garzos  
me rogó que le escuchase;  
eran sus labios de fuego,  
gentil y apuesto su talle,<sup>20</sup>  
¿cómo odiarle sin oírle?  
¿Cómo oírle sin amarle?

Cuando la tranquila luna  
besaba con luz brillante  
los álamos y las parras<sup>25</sup>  
en el huerto de mi padre,  
bajo la discreta sombra,  
de un pabellón de ramaje,  
entre el ardiente delirio  
de enloquecedoras frases,<sup>30</sup>  
viendo una trémula mano  
ceñir con afán mi talle  
y respirando en el fuego  
de una atmósfera süave,  
sentí un beso entre mis labios:<sup>35</sup>  
¡Era el beso de mi amante!

- III -

Ya Octubre seca las hojas  
Enero troncha el ramaje,  
y no hay flores de escarlata  
en el huerto de mi padre.<sup>40</sup>

Los sueños de eterna dicha  
se escaparon con mi amante;  
¡que quien en palabras fía  
suele del viento fiarse!

Aquella anciana benigna<sup>45</sup>  
que se llamaba mi madre,  
se fue al cielo, y en la tierra  
sólo me dejó su imagen.

Nada me resta de aquellas  
noches de placer, y tardes<sup>50</sup>  
saturadas de pureza  
y caricias maternas.

¿Qué se hicieron nuestras horas?  
Chispas de fuego fugaces  
fueron; ¡cual globos nocturnos<sup>55</sup>  
escaparon por los aires!

¿Por qué se van los placeres  
y se vienen los pesares...?  
¡Ay, el beso de la muerte  
vendrá presto a acariciarme!<sup>60</sup>  
Año 1868.

## Ausencia

Náyade blanca, que en las tenues ondas  
juegas mostrando tu desnudo seno,  
dile a mi joven pastorcilla amada,  
¡dile que muero,

blanco cordero que en el verde prado<sup>5</sup>  
paces alegre la menuda yerba,  
dile a mi joven pastorcilla amada,  
¡dile que vuelva!

Céfiro fresco, que a las flores robas  
gratos olores que en el éter vagan,<sup>10</sup>  
corre ligero y mis suspiros lleva,  
¡lleva a mi amada!

Cuéntale el fuego que mi pecho abrasa,  
cuéntale el llanto que mis ojos quema,  
cuéntale el ansia que mi vida oprime,<sup>15</sup>  
¡cuenta mis penas!

Ya no contemplo sus preciosos ojos,  
ya no contemplo sus preciosos labios,  
que a los claveles que en la loma nacen  
daban agravios.<sup>20</sup>

Ya no la veo, cuando el alba asoma,  
cruzar cantando por el valle ameno,  
ya no la veo recogerme lirios,  
¡ya no la veo!

Esa es la fuente de cristal sonora<sup>25</sup>  
do descansaba en la ardorosa siesta;

este es el prado do cuidaba alegre  
mansas ovejas.

Esta es la casa, la pradera aquella,  
la senda aquesta en que mi llanto vierto,<sup>30</sup>  
su imagen una que en mi pecho guardo  
llena de fuego.

Blanco cordero, que en el verde prado  
pases alegre la menuda yerba,  
dile a mi joven pastorcilla amada,<sup>35</sup>  
¡dile que vuelva!

Náyade blanca, que en las tenues ondas  
juegas, mostrando tu desnudo seno,  
dile a mi joven pastorcilla amada,  
¡dile que muero!<sup>40</sup>

Año 1867.

## Cantares

Lloro cuando no me ves,  
y cuando me ves sonrío;  
ya que sufro yo por ti,  
que no sufras tú conmigo.

La perla no está segura<sup>5</sup>  
entre las conchas del mar.  
¿Tú, que estás sobre la playa,  
cómo te podrás guardar?

Todo el que tiene ilusiones  
alza castillos de arena,<sup>10</sup>  
viene el soplo de los años  
y ni los cimientos deja.

La golondrina que vuelve  
halla a la vuelta su casa;  
yo también hallé mi nido,<sup>15</sup>  
pero no encuentro mi alma.  
Año 1866.

Una tarde en el Genil  
A mis amigas...  
Barcarola

Del sol en el ocaso los trémulos matices  
alumbran débilmente las torres de Cortés,  
los álamos hojosos que crecen entre juncos  
se miran en el agua que ondula a nuestros pies.

Yo soy el pobre bardo que en la andaluza tierra<sup>5</sup>  
los sueños del crepúsculo evoco en mi laúd,  
el roce de los remos los dicen a mi oído,  
del río que cruzamos la plácida quietud.

¡Cantad, alegres jóvenes, en tanto se desliza  
nuestra ligera barca por el fugaz Genil!<sup>10</sup>  
Soñad en los amores, mecidas por las olas,  
al sople de las auras del pasajero Abril.

Detrás de aquellas cañas, en la cercana orilla,  
entre las verdes frondas se queja el ruiseñor.  
¿Quién al oír sus trinos en medio de las aguas<sup>15</sup>  
no sueña mil placeres en alas del amor?

Tal vez de algún ausente la sombra fugitiva  
estas tranquilas horas empieza a acibarar,  
que nunca más el pecho por sus placeres clama  
que cuando ajena dicha miramos apurar.<sup>20</sup>

¡Mis jóvenes amigas! las penas de la ausencia  
no dejen a los ojos las lágrimas subir.  
¿Sabéis si hay sufrimiento que compararse pueda  
con la del pobre amante que presto va a partir?

Atrás deja su madre, su techo y sus amores;<sup>25</sup>  
atrás deja sus dichas, su cielo y su amistad;  
atrás deja los bosques que viera cuando niño,  
los cándidos recuerdos de la primera edad.

Mas veo en vuestra frente la sombra del disgusto  
y en vuestros claros ojos la niebla del dolor...<sup>30</sup>  
¡Cantad, alegres jóvenes, en tanto se desliza  
nuestra ligera barca, las trovas del amor!

Yo soy el pobre bardo que en la andaluza tierra  
los sueños del crepúsculo evoco en mi laúd,  
el roce de los remos los dicen a mi oído,<sup>35</sup>  
del río que cruzamos la plácida quietud.

Las brisas sus perfumes de rosas y jazmines  
de vuestros rojos labios empiezan a libar;  
la luna el regio disco, sobre el azul del cielo,  
sin una sola nube empieza a destacar.<sup>40</sup>

De Abril la última tarde se hundió en el Occidente,  
con las postreras luces del adormido sol;  
aún tiñe la montaña el resplandor postrero  
que deja en el ocaso el último arrebol.

Doblad, doblad los remos; bogad hacia la orilla,45  
que ya la noche tiende su manto de crespón,  
y en las esbeltas torres de la moruna Écija  
exhalan las campanas el toque de Oración.

- II -

Boga, boga, Gondolero,  
corta las azules olas50  
al son de las barcarolas  
que brotan de mi laúd.  
Nuestras alegres amigas  
se mecen en tu barquilla  
que se desliza a la orilla55  
en placentera quietud.

El sol hacia el Occidente,  
cual tenue lámpara arde,  
la última luz de la tarde  
reflejando en el Genil.60  
Las auras embalsamadas  
por los verdes limoneros,  
traen los perfumes postreros  
del último día de Abril.

Pronto las primeras sombras,65  
cerniéndose sobre el monte,  
velarán el horizonte  
con melancólico tul:  
pronto de tranquila luna  
los caprichosos reflejos70  
fingirán blancos espejos  
sobre la sábana azul.

Boga, boga, Gondolero,  
que huyen sin tardar las horas,  
y son muy encantadoras75  
las que acaban de pasar:  
que el placentero recuerdo  
de esta tarde, sobre el río,  
grabado en el pecho mío  
para siempre ha de quedar.80  
Año 1868.

No te vayas, por tu vida,  
que vendrán los Osmandinos  
a besar a tu querida.

Vendrán por los arenales,  
cual tigres de horrendas garras,  
y cortarán mis rosales  
con sus corvas cimitarras.

AROLAS

Ceñido el arnés brillante  
sobre la marlota grana,  
casi con el pie tocando  
el estribo que le aguarda;  
    en la diestra el corvo alfanje<sup>5</sup>  
y en la siniestra la lanza,  
para partir a la guerra  
Aben-Zayde se prepara.

Recorre con tristes ojos  
el ámbito de su alcázar,<sup>10</sup>  
que en los pechos más valientes  
el sentimiento se guarda,  
    y aquellos moriscos muros  
velan con sus atalayas  
trozos de su corazón<sup>15</sup>  
y pedazos de su alma.

Ya las bridas recogía  
de su veloz africana,  
que impaciente las baldosas  
con el casco golpeaba,<sup>20</sup>  
    cuando, como rauda flecha,  
del pórtico de su alcázar  
una mora vino a él  
envuelta en túnica blanca.

Tiene el cabello tendido<sup>25</sup>  
sobre la mórbida espalda;  
el seno con pocos tules,  
los ojos con muchas lágrimas.

Con un suspiro que dice  
los pesares que la matan,<sup>30</sup>  
besó los pies de Aben-Zayde  
al arrojarle a sus plantas,  
    y abrazando sus rodillas,  
y mirándole anegada  
en turbio lloro, le dice<sup>35</sup>  
tristemente estas palabras:

«No te vayas, por tu vida,  
¡Alma mía, no te vayas!  
¿Quién halagará mis sueños

si tus caricias me faltan?40

Deja el alfanje afilado  
y cuelga la aguda lanza,  
encanto de los torneos  
y rayo de las batallas;  
no ciñas al ágil talle45  
áspera cota de mallas,  
ni fatigues a tu yegua  
con el peso de las armas.

Viste, viste tu marlota  
guarnecida de oro y plata,50  
y oprime el gallardo peto  
con los lazos de mi banda;  
pon aromas al cabello  
y peina la crespa barba,  
respira amor y placeres,55  
no aspire humo y matanza.

¿Para qué quieres conquistas  
si tienes a tu Granada?

¿Para qué buscas preseas  
si tienes a tu sultana?60

¿No es más hermoso el rumor  
de la morisca dulzaina,  
que el toque de arremetida  
de las trompas castellanas?

¿No es más dulce despertar65  
al arrullo de la danza,  
que al eco de los clarines  
en los campos de batalla?

Si quieres probar tu arrojo,  
juega en el palenque cañas,70  
y átate al brazo mi toca  
y lleva al pecho mi banda.

¡Pero no salgas al campo!  
¡Por tu Zulema, no salgas!  
Mira que anoche una estrella75  
me dijo que no lucharas.

¿Quién me besará en la boca  
cuando me envuelva en las sábanas  
y quién velará mi sueño  
al despuntar la mañana?80

Imágenes horrorosas  
vendrán a traer mis ansias,  
porque ¿quién sueña placeres  
cuando peligra su alma?

¡Tal vez dormida contemple85  
tu cabeza ensangrentada,  
clavada en el hierro agudo  
de alguna pica cristiana!

Y te llamaré doliente,



y no estarás en mi cámara,90  
y se perderán mis voces  
en las cúpulas doradas.

No te vayas, Aben-Zayde,  
¡vida mía, no te vayas!  
¿Quién halagará mis noches95  
si tus caricias me faltan?»  
\*\*\*

Con amor desenlazándose  
de los grillos que le atan,  
¡oyó Aben-Zayde a Zulema  
sin hablar una palabra!100

Besó su pálida frente,  
dejó en su boca una lágrima,  
y silencioso apartándose  
subió en su yegua africana,  
diciendo a sus servidores,105  
que callados le cercaban:  
-¡Conmigo los de a caballo,  
esa mujer a mi alcázar!  
Año 1869.

## La nube del alba

Mira que no puedo  
vivir de esperanzas  
sufriendo vaivenes  
como flor de caña.  
PLÁCIDO

Tierna zagaleja,  
del monte la gala,  
del valle florido  
balsámica planta:  
¿Por qué siempre esperas5  
llorosa, cuitada,  
la estrella del día  
la nube del alba?

Siendo tus ojuelos  
ojuelos de llamas,10  
que en campo de nieve  
vivaces abrazan;  
siendo tus mejillas  
de flor de granada;  
siendo más hermosa15

que nube del alba,

¿Por qué, dime, niña,  
con otras zagalas  
ni corres, ni ríes,  
ni juegas, ni cantas?20  
¿Por qué siempre triste  
llorando te halla  
la luz de la aurora,  
la nube del alba?

Flérida, tú quieres25  
con toda tu alma,  
que nunca está triste  
aquel que no ama;  
cuéntame tus penas,  
cuéntame tus ansias,30  
en tanto que luce  
la nube del alba.

Yo sufro cual sufres,  
yo callo cual callas,  
y lloro cual lloras,35  
que amé como amas;  
y amor es tormento  
que nubla las almas,  
cual nubla el Olimpo  
la nube del alba.40

Ella... me responde  
que no tiene nada,  
bajando los ojos,  
volviendo la cara;  
como cuando Febo45  
pálido engalana  
con tibios colores  
la nube del alba.

Mañana serena,  
la otra vegada,50  
hallela en la fuente  
de aquesa montaña;  
por ver lo que hiciera  
me puse a espiarla(2),  
en tanto lucía55  
la nube del alba.

Despacio se acerca...  
la frente plegada,  
los ojos nublados,

cubiertos de lágrimas;60  
cual antes de Apolo  
sin tintes de grana  
sus perlas destila  
la nube del alba.

Después, distraída65  
los broches desata  
del verde corpiño  
con cintas moradas;  
sacando del seno,  
más terso que nácar,70  
un pañuelo blanco  
cual nube del alba.

Todas cuatro puntas  
las tiene bordadas,  
con dos iniciales75  
formando guirnalda;  
y en una orilluela  
a Venus, llevada  
por dos palomitas  
en nubes del alba.80

Le mira, le besa,  
le pliega, le guarda;  
le saca y sonrío,  
le dobla con lágrimas:  
y así pensativa,85  
y así demudada,  
ni aun ve que se oculta  
la nube del alba.

Después va a la fuente  
llorosa, cuitada,90  
y encienden sus labios  
las trémulas aguas;  
que anudan las penas  
su débil garganta,  
y ya no la mira95  
la nube del alba.

Yo nunca la llamo  
la hermosa zagala,  
ni Flérida bella,  
ni rosa de Arabia;100  
mas dígole siempre  
la niña cuitada,  
la estrella del día,  
la nube del alba.

Año 1867.

## Cantares

Mientras que pude llorar  
me consolaron mis lágrimas,  
hoy ya no tengo consuelo  
porque hasta el llanto me falta.

Una pompa de jabón<sup>5</sup>  
vi ayer tarde hacer a un niño,  
y me dije suspirando:  
¡Más dura que su cariño!

Me estoy muriendo por ella  
y la falsa no lo advierte,<sup>10</sup>  
como le sobra la vida  
no se acuerda de mi muerte.

Niña, el que asesina a otro  
tiene en la cárcel el premio;  
tú me matas y me prendes<sup>15</sup>  
¡explícame cómo es eso!  
Año 1868.

## Celos Oriental

...celos le inspiran  
los labios a los ojos si la besan,  
los ojos a los labios si la miran.  
AROLAS  
...El dulce acento  
de la voz que no oía, aun escuchaba.  
MILTON

- I -

En un marmóreo, arábigo retrete,  
do en búcaros y limpias porcelanas  
lucen mil flores de lejanos climas,  
brindando sus colores y fragancia;  
do lanza su vapor el pebetero<sup>5</sup>  
hasta tocar el artesón de plata,  
que sobre muros de labrado jaspe

gallardo cae y encantador se alza;  
bajo crujiente pabellón de seda,  
con flores de oro sobre fondo grana;10  
sobre almohadones de Damasco rojo,  
sobre alcatifa deslumbrante, blanca,  
los bellos ojos de llorar cansados,  
la tersa frente de dolor plegada,  
en vano pugna por rendirse al sueño15  
la enamorada y hechicera Zara.

Enojos danle las brillantes joyas,  
enojos dale la flotante gasa,  
que, revoltosa, sobre el blanco seno  
leve se plega cual celoso guarda;20  
enojos danle las canoras aves,  
que en las doradas pajareras cantan,  
el grato aroma de los febles lirios  
y el grato beso de las febles auras.

Negras esclavas en sus negras guzlas,25  
de cuerdas de oro y diapasón de nácar,  
lánguidas notas que al descanso incitan  
hacen vibrar en la vecina estancia;  
y a cada eco que temblando muere  
en la techumbre de la regia cámara,30  
únese triste arrobador suspiro  
que de su tierno corazón escapa.  
¿Qué mal aqueja a la gacela hermosa?  
¿Qué mal aqueja a la hechicera Zara,  
que están sus ojos de llorar cansados,35  
su tersa frente de dolor plegada?

\*\*\*

¡Callad...! Que el ángel de los buenos sueños  
toca su sien con las tranquilas alas...  
¡Callad...! que sueña lo que el pecho anhela,  
y el labio dice lo que siente el alma.40

- II -

Con paso leve y callado  
penetra en la regia sala  
Aben-Zayde el valeroso,  
el tigre de las batallas;  
en vez de escamoso peto45  
cíñele vesta de grana,  
con guarnición arabesca  
de zafiros y esmeraldas.  
En vez del alfanje corvo  
que cristianos arrollara,50  
cual hoz cortante las haces  
en los campos de Granada,  
pende del cinto labrado  
puñal a la veneciana,

que a un príncipe nazareno<sup>55</sup>  
cuerpo a cuerpo arrebatara:  
es el puño de marfil  
con guarniciones de plata,  
de acero bruñido el hoja,  
de terciopelo la vaina.<sup>60</sup>  
Trémulo vase acercando  
al lecho de la sultana,  
y trémulo se retira  
por temor a despertarla.  
Y en tanto que Zara duerme<sup>65</sup>  
y Zayde vela su Zara,  
al pie lejano del muro  
suena esta amorosa cántiga:

«Blanca paloma de los amores,  
velada en nubes de ámbar y grana,<sup>70</sup>  
fúlgida estrella de mil fulgores,  
nube dorada de la mañana;

Yo soy el sueño  
que te enloquece  
cuando el sol huye,<sup>75</sup>  
cuando amanece;  
yo que te adoro,  
yo que en tus brazos  
libo los besos  
tras los abrazos.<sup>80</sup>

Tal vez dormida, vague mi nombre  
entre esos labios llenos de amor;  
tal vez soñando con mis caricias  
oyes mi arpa, oyes mi voz.»

Nublose el altivo rostro<sup>85</sup>  
del orgulloso agareno,  
y ancha gota de veneno  
en su corazón cayó:

que la cántiga amorosa  
que aún en su oído zumbaba,<sup>90</sup>  
patente prueba le daba  
del recelo que abrigo.

Rodrigo, el noble cruzado,  
el del corazón de acero,  
el apuesto caballero,<sup>95</sup>  
el de la morena tez,  
es el amante cautivo  
en las redes de su Zara,  
el que atrevido escalara  
el regio alcázar de Fez.<sup>100</sup>

Pálido como la cera  
y trémulo como el lirio,  
en insensato delirio

a la hermosa se acercó;  
en tanto que melodioso<sup>105</sup>  
el laúd enamorado,  
con grato acento acordado  
segunda vez escuchó:

«Blanca azucena del alma mía,  
que de perfumes mi pecho llenas,<sup>110</sup>  
rosa encantada de Alejandría,  
diáfana luna de horas amenas:

Yo soy el sueño  
que te enloquece,  
cuando el sol huye,<sup>115</sup>  
cuando amanece:  
yo que te adoro,  
yo que en tus brazos  
libo los besos  
tras los abrazos.<sup>120</sup>

Tal vez dormida, vague mi nombre  
entre esos labios llenos de amor;  
tal vez soñando con mis caricias,  
oyes mi arpa, oyes mi voz.»

- I -

Cual responde en el monte el leve eco  
al canto del alegre pastorcillo,  
copiando de las rocas en el hueco  
el süave rumor del caramillo;

Cual suele el ave responder ansiosa<sup>5</sup>  
aunque no escuche a su perdido amante,  
que trina en vano por la selva hojosa  
de árbol en árbol revolando errante;

Respondiendo a los ecos amorosos  
en tanto que Aben-Zayde se acercó,<sup>10</sup>  
soñando, de sus labios ardorosos  
el nombre de ¡Rodrigo! se escapó.

- II -

¿Visteis la llama en la encendida era,  
tornar aristas en ceniza fría,  
en negro el campo que pajizo era,<sup>15</sup>  
y en polvo el oro que la mies cubría?

¿Visteis el rayo que fulgúreo hiende  
la parda nube con rojiza lumbre,  
cuán presto el pino y el enebro enciende  
llevando el fuego a la elevada cumbre?<sup>20</sup>

Más rápido, de celos el veneno  
la sangre de Aben-Zayde emponzoñando,  
lleno de hiel su desgarrado seno  
los fuertes nervios de furor crispando.

¡Celos! que el alma sin piedad torturan,<sup>25</sup>  
¡celos! que el alma con la vida llevan;  
¡celos! que el juicio y el llorar apuran,  
¡celos! que en dichas sin piedad se ceban.

- III -

Su mano temblorosa se agitaba,  
el puñal veneciano acariciando;<sup>30</sup>  
su pecho se oprimía y se ensanchaba,  
mientras el canto lánguido vibraba,  
en sus oídos vívido zumbando.

Sus ojos con fijeza dolorosa  
rojos, hinchados, de furor brillantes,<sup>35</sup>  
devoraban avaros a la hermosa  
que dormida, febril, voluptuosa,  
los labios entreabría suspirantes.

Y el vibrar del laúd que se perdía,  
y el dulce canto de acordado acento,<sup>40</sup>  
y el suspirar de Zara que dormía,  
girando en torno, sin cesar oía  
el infernal, fascinador concento.

Ambas sus sienes de dolor latieron,  
ambos sus ojos de furor cegaron,<sup>45</sup>  
y sus crispadas manos contuvieron  
sus piernas, que de horror desfallecieron  
cuando a la hermosa Zara se acercaron.

Asió el cabello de ébano rizado,  
brilló en su diestra la bruñida hoja,<sup>50</sup>  
y ciego, descargando el brazo armado,  
del blanco y terso seno mal velado  
brotó la sangre por la herida roja.

Ni un ¡ay! turbó la aterradora calma  
de la moruna y vaporosa alcoba;<sup>55</sup>  
voló entre nubes de la bella el alma,  
y al pie del muro, bajo verde palma,  
volvió a sonar la cadenciosa trova.  
Año 1866.



A Lucídea  
Anacreóntica

No quiero las riberas  
que el Darro fertiliza,  
ni el círculo del bosque  
poblado de Hamadrías;  
ni oasis encantados<sup>5</sup>  
que rieguen claras linfas,  
con silfos vaporosos  
y náyades esquivas.

No anhele de la Arcadia  
las vírgenes umbrías,<sup>10</sup>  
do pacen ovejuelas  
y saltan cabritillas;  
ni arroyos y cascadas  
en valles de Suiza;  
ni lagos de Venecia<sup>15</sup>  
con góndolas asirias.

No anhele las bellezas  
que aduna entro delicias  
de Césares la madre,  
de Rómulo la hija;<sup>20</sup>  
ni alcázares poblados  
de mármoles de Fidias,  
con dóricos remates  
y cúpulas corintias.

No quiero de la América<sup>25</sup>  
las sábanas floridas,  
ni sus preciadas conchas  
con perlas escondidas,  
ni regaladas termas  
con perfumadas pilas,<sup>30</sup>  
y bóvedas de flores,  
y grifos de agua tibia:

no quiero, en fin, pebetes,  
ni búcaros de Frigia,  
ni tirios terciopelos,<sup>35</sup>  
ni rojas alcatifas;  
que quiero tu regazo,  
Lucídea querida,  
de fuego si me amas,  
de nieve si me esquivas.<sup>40</sup>

Año 1867.

Recuerdos de Andalucía  
Fragmentos

Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto.  
FRAY LUIS DE LEÓN

### LA MARCHA

¡Qué deliciosa mañana!...  
Empiece la romería,  
que son nubes de alegría  
esas nubes de oro y grana.

Mirad qué radiante el sol<sup>5</sup>  
sobre aquel monte se eleva;  
mirad qué clámides lleva  
con festones de arbol.

¡Vamos, niñas! ¿Qué queréis?  
¿Flores para los cabellos...?10  
No tened pena por ellos,  
en el campo las tendréis.

Deja del pueblo el tocado,  
no te detengas, Dolores,  
¿no te he dicho que las flores<sup>15</sup>  
son más bellas en el prado?

¡En marcha! ¡Cuál estoy viendo  
mientras vamos caminando,  
cómo alguno está sufriendo  
mientras otros van gozando!20

### EL COLUMPIO

Os vi meceros con vaivén violento  
de frágil cuerda en el falaz columpio,  
y dije al veros sonreír alegres:  
¡Ese es el mundo!

He ahí en sus cuerdas la graciosa imagen<sup>5</sup>  
de ese placer que acariciáis en sueños,  
tan peligroso como el juego ese,  
¡tan pasajero!

### LA FIESTA

A la fiesta las niñas,  
fuera pesares;  
los recuerdos se duermen  
con los cantares.  
¡Venga otra copla!<sup>5</sup>  
Dime si no te alegras

con esto, Concha.

Dime si no es un cuadro  
digno de Goya  
esa atmósfera turbia<sup>10</sup>  
y esa luz roja,  
y ese sencillo  
grupo, que gira y danza,  
de campesinos.

De esas rústicas gentes<sup>15</sup>  
los rostros francos  
dicen que no conocen  
los desengaños.  
Porque sus goces  
no se elevan a un cielo<sup>20</sup>  
que no conocen.

A ellos les basta un pobre  
lecho de paja,  
un manojo de espigas  
y una cabaña.<sup>25</sup>  
¡Ay! en el campo  
hay más pechos tranquilos  
que en los palacios.

Cuando en noches de luna  
cruzo las eras<sup>30</sup>  
y oigo una copia triste  
de malagueñas,  
la frente inclino,  
y no sé por qué, Concha,  
doy un suspiro.<sup>35</sup>

#### LA SERENATA

Niñas, la noche tiende su manto  
y os manda amiga dulce reposo;  
así impregnados traiga en sus alas  
dulces misterios, sueños hermosos.  
Dormid tranquilas, no os preocupen<sup>5</sup>  
del día que viene los pensamientos:  
¡Cuando se duerme gozamos tanto  
como sufrimos cuando despiertos!

#### LA BARCA

¡Oh, qué grata es la ribera  
con los céfiros de Abril,  
del sol a la luz primera,  
que apacible reverbera  
en las aguas del Genil!<sup>5</sup>

¡Qué bello, dulces amigas,  
ver las rojas amapolas  
mecerse entre las espigas,  
premio de tantas fatigas,  
que casi besan sus olas!10

¡Oh, venid! Esa barquilla  
meciéndose nos espera  
para tocar la otra orilla,  
mientras a lo lejos brilla  
la luz de la primavera.15

Ved a nuestros pies el río,  
a nuestra espalda ese prado  
salpicado de rocío,  
al frente ese caserío  
por álamos sombreado.20

¡Qué delicioso paisaje!  
Rueda sonando entre peñas  
ese rápido oleaje,  
y en su nido de ramaje  
cantan las aves risueñas.25

Límite de nuestro afán  
son esas pardas ruinas  
que demoliéndose están,  
donde a guarecerse van  
las pintadas golondrinas.30

El agua que está corriendo,  
dulcemente susurrando,  
va nuestra barca meciendo,  
y en tanto el sol va subiendo  
y las horas avanzando.35

#### EL PASEO DE LA HUERTA

Valle, contempla la feraz campiña  
que a nuestros ojos su esplendor despliega;  
mira esos prados de esmeralda henchidos,

Mira esas huertas.

Aquí la mano del que pinta el Iris,5  
pródigo vierte su raudal de vida;  
esta es la tierra en que el naranjo crece,  
tu Andalucía.

Mira cuál surgen en montón las flores  
cual si lucharan por llenar la tierra,10  
por todas partes salpicando el césped,  
dándole esencias.

En estas vegas correría la vida  
y despuntara la postrer aurora,  
como esta rosa que en el agua arrojo<sup>15</sup>  
huye en las olas.

Allá una cabra en el peñasco brinca;  
entre la acacia el ruiseñor se queja,  
y el prado manchan como nieve en copos  
mansas ovejas.<sup>20</sup>

Al sol oponen su florido escudo  
bóvedas verdes de flexibles ramas,  
bajo las cuales se deslizan claros  
surcos de agua.

En ellos mira la encendida rosa<sup>25</sup>  
su roja frente y su gracioso tallo,  
y el cefirillo que la ve tan vana  
va murmurando.

La estrecha senda, de frescura henchida,  
va serpëando a dominar el río,<sup>30</sup>  
y donde acaba, a desplegarse empieza  
un precipicio.

Sobre él se ciernen al compás del aura  
álamos blancos de argentadas hojas,  
que en los espejos móviles se miran.<sup>35</sup>  
troncos y copas.

Máquina ronca sin cesar voltea,  
dando frescura a los floridos huertos,  
y entre la lluvia que su rueda esparce  
da el sol reflejos.<sup>40</sup>

Trepa la yedra por los secos troncos  
y sus cortezas con amor enlaza,  
y por cubrirnos, con el sol de Julio  
luchan las parras.

Haces inquietos de flexibles cañas<sup>45</sup>  
forman un muro con su frágil cuerpo,  
donde en la noche, cuando el agua muge,  
suenan los vientos.

Cuando el lucero de la tarde brille,  
allá a lo lejos mirarás los bosques,<sup>50</sup>  
como dormidos a la sombra parda  
que hacen los montes.

Y ambicionando el cotidiano sueño,  
vendrá el pastor a reclinar la frente,  
que alza gozoso de la dura tierra<sup>55</sup>  
cuando amanece.

Valle, contempla la feraz campiña  
que ante los ojos su esplendor despliega;  
mira esos prados de esmeralda henchidos,  
mira esas huertas.<sup>60</sup>

En estas vegas correría la vida  
y despuntara la postrer aurora,

corno esta rosa que en el agua arrojó  
huye en las olas.

#### LA VUELTA

Concha, la última mirada  
sobre este bello horizonte.  
Ya el sol ilumina el monte  
con su postrer llamarada.  
Pasa el mal y pasa el bien<sup>5</sup>  
y el dolor y la alegría...  
Pronto pasará este día  
y los que vendrán también.  
Año 1870.

#### El adiós de la golondrina En un álbum

Tan de cerca me acaricias, que he sentido en la  
cara el aire de tus alas y casi casi sus golpes... ¿Eres un pájaro?  
¿Eres un espíritu? ¡Ah! si eres un alma, dímelo francamente, y dime  
también cuál es el obstáculo que separa a los vivos de los muertos.

#### MICHELET

Cuando las brisas húmedas de Otoño  
dan al césped hojuelas amarillas,  
dejando el nido que colgó en el muro,  
vuela triste la suelta golondrina.

Va a abandonar el techo hospitalario<sup>5</sup>  
que le brindó su abrigo y sus caricias,  
va a lanzarse a cruzar revueltos mares  
a merced de las aves de rapiña.

Por eso vuela al blanco campanario  
y se posa en las tejas de la ermita,<sup>10</sup>  
y vuelve y torna con inquieto vuelo  
a posarse en la acacia y las olivas.

Cada rama que toca es un recuerdo  
que su dolor inconsolable aviva,  
aquí posó al volver de la ribera,<sup>15</sup>  
allá voló con dulce compañía.

Aquel álamo diole grato asilo,  
este chopo su sombra apetecida,  
esa muralla, en fin, puerto seguro  
donde acoger el fruto de su dicha.<sup>20</sup>

Por eso bate el ala silenciosa  
cuando el sol entre púrpura declina,

por eso sube y baja, y torna y vuelve  
al monte, al valle, al prado, a la campiña;  
mas antes de partir, en la laguna<sup>25</sup>  
llama a la joven tribu fugitiva,  
y da el último adiós a las palomas  
que no han de abandonar su Andalucía.

Y rozando las aguas con sus alas,  
y parando su vuelo en la colina,<sup>30</sup>  
así entre melancólicos gorjeos  
ruega por su morada a sus amigas:

«¡Adiós, mis palomas, os dejo mi nido  
colgado en el hueco de aquel murallón;  
cuidad si el milano no mora en su borde,<sup>35</sup>  
que no lo descuelgue rugiente Aquilón!

»Allí mil caricias gocé con mi amante,  
allí sus amores gozosa escuché,  
allí a mis hijuelos les di el alimento,  
allí con mis alas sus cuerpos tapé.<sup>40</sup>

»Ya no beberemos en esta laguna  
del tibio crepúsculo a la última luz,  
ya no aspiraremos las auras de ámbar  
que mecen los trigos del suelo andaluz.

»Ya no cruzaremos en pos de placeres<sup>45</sup>  
las trémulas aguas del claro Genil,  
ya no besaremos los lirios azules  
que llenan sus valles de aroma sutil.

»Ya no picaremos la espiga dorada  
que envuelta en el polvo dejó el segador,<sup>50</sup>  
ya no iremos juntas volando a la torre  
que llena en la tarde la voz del Señor.

»Vosotras, palomas, que sois tan dichosas,  
que nunca otros valles habéis de cruzar,  
que oís sosegadas pasar las tormentas<sup>55</sup>  
desde el grato asilo de aquel palomar;

»Si acaso en la tarde voláis por mi nido,  
cuando a la laguna venís a beber,  
recordad, amigas, ¡la triste viajera!  
¡la triste viajera que sueña en volver!<sup>60</sup>

»¡Adiós, mis olivas, mis verdes acacias,  
mis álamos tiernos, mi umbroso encinar!  
Las palmas del Asia sus brazos me tienden,  
por mí están clamando las olas del mar.

»Adiós, fértiles riberas,65  
adiós, añosas encinas,  
adiós, nevados rebaños,  
adiós, tórtolas amigas.

»Tal vez nunca más mis ojos  
contemplan tus colinas70  
cubiertas con las alfombras  
de purpúreas florecillas;

»tal vez nunca más tu sol  
veré al declinar el día  
besar el tranquilo lago75  
que fue espejo de mis dichas.

»Las palmeras de la Arabia  
tendré en vez de mis olivas,  
por mis prados de esmeralda  
los yermos que el sol calcina.80

»En vez de claros arroyos  
que finjan azules cintas,  
las olas del ronco Océano,  
titán indócil que grita.

»Por auras de Primavera85  
el huracán que aniquila  
con sus torrentes de arena  
las caravanas moriscas.

»No veré los campanarios  
de las rústicas ermitas,90  
donde llevaba a mis hijos  
en las mañanas estivas;

»Ni los pardos torrönes  
donde crié a mi familia  
de antiguos timbres heráldicos95  
cabe las piedras röidas.

»¡Nubes primeras de Otoño,  
malhaya vuestra venida!  
¡Malhayan, opacas nieblas,  
vuestras heladas caricias!100

»Parto para las costas  
de Berbería,  
pero dejo en España  
toda mi dicha.

Adiós, praderas,105  
así los rubios trigos  
llenen tus eras.

»Así cuando el Invierno  
lance sus lluvias,  
te dé para el Verano110  
flores y frutas.



Así los ríos  
respeten tus naranjos  
y tus olivos.

»¡Adiós, tal vez las alas<sup>115</sup>  
que ávida tiendo  
envolverán arenas  
en el desierto;  
y será en balde  
que por volver suspire<sup>120</sup>  
a estos lugares.

»Del valle a la montaña  
trepo volando,  
de la montaña al valle  
rápida bajo.<sup>125</sup>  
¡Quién se separa  
sin mirarlos mil veces,  
teniendo alas!»

Así, cuando la brisa del Otoño  
cubrió el césped de hojuelas amarillas,<sup>130</sup>  
dejando el nido que colgó en el muro,  
dijo triste la suelta golondrina.

Y reuniendo su prole en la laguna,  
miró la última vez a la colina,  
y al espirar la tarde, tendió el vuelo,<sup>135</sup>  
siguiéndola piando su familia.  
Año 1868.

### La súplica de Aliatar Oriental

Es Granada la moruna,  
la de la morisca Alhambra,  
la cuna de los Gazules,  
Alhamares y Zoraidas.  
La ciudad de los amores,  
la de las bellas sultanas  
que tienen fuego en los ojos  
y nieve y rosa en la cara.

Sobre una andaluza yegua  
que sin tregua  
besa piafando el pretal,  
suelto el alquicel de grana  
que engalana<sup>5</sup>

rico bordado oriental;

Cubriendo con dura cota  
la marlota,  
de oro y púrpura y azul,  
al vago viento ondeante<sup>10</sup>  
del turbante  
la leve toca de tul;

Al pie de las verdes rejas  
que sus quejas  
oyen temblando de amor,<sup>15</sup>  
Aliatar el de Granada  
a su amada  
así dice en su dolor:

«Camelia que el aura leve  
besa y mueve<sup>20</sup>  
en los valles de Stambul;  
hurí del sétimo cielo,  
oye el duelo  
del biznieto de Gazul;

»Enamorada gacela,<sup>25</sup>  
Berenguela,  
rosa del cristiano edén,  
oye el eco lastimero  
y postrero  
del que soñó ser tu bien.<sup>30</sup>

»Rondando tu celosía  
halla el día  
al desgraciado Aliatar,  
desde que la luna asoma  
por la loma<sup>35</sup>  
hasta que el sol deja el mar.

»Odio un tálamo de flores  
por amores  
que sólo me dan dolor;  
dime si es más amoroso,<sup>40</sup>  
poderoso,  
tu cristiano trovador.

»Tengo alcázares moriscos  
sobre riscos  
bañados por el Genil,<sup>45</sup>  
y calles de álamos toscos  
con kioscos  
llenos de flores de Abril.

»Tengo bosques de laureles  
y vergeles<sup>50</sup>  
que no penetra el calor.  
Dime si es más caprichoso,  
poderoso,  
tu cristiano trovador.

»En vez de cruz colorada<sup>55</sup>  
llevo atada  
la banda roja de Alí;  
de aquella no envidia el moro  
más tesoro  
que el ser bordada por ti.<sup>60</sup>

»En vez de puñal calado  
va a mi lado  
mi alfanje batallador;  
dime si es más fastuoso,  
poderoso,<sup>65</sup>  
tu cristiano trovador.

»Al choque violento y rudo  
del escudo  
hice las lanzas saltar;  
y al escalar las murallas,<sup>70</sup>  
entre mallas  
supe las vidas buscar.

»Ponces, Laras y Cisneros,  
prisioneros,  
tuvieronme por señor.<sup>75</sup>  
Dime si es más valeroso,  
poderoso,  
tu cristiano trovador.

»Déjame verte en las tardes  
y no aguardes<sup>80</sup>  
al caballero amador;  
mira que yo estoy celoso,  
de tu esposo  
el cristiano trovador.»

Abrió la niña la reja<sup>85</sup>  
y a la queja  
del orgulloso Aliatar  
contestó con voz suave,  
como el ave  
cuando canta en el palmar:<sup>90</sup>

«Vuelve, moro, a tus harenes,  
que allí tienes  
lecho, perfumes y amor;  
no trueques por tu sultana  
la cristiana<sup>95</sup>  
del guerrero trovador.

»Vuelve la brida a tu yegua  
y da tregua  
a ese inútil suplicar;  
sé lo que es amor sincero<sup>100</sup>  
y no quiero  
tus dolores insultar.

»Ve, los brazos de la mora  
que te adora  
te darán dulce calor;<sup>105</sup>  
no quieras morar mi pecho,  
que es estrecho  
para el noble trovador.»  
Año 1868.

## El canto del cisne Fábula mitológica

- I -

En las aguas del Eurotas,  
el de la margen de juncos,  
cuando va a nacer la luna  
canta el cisne moribundo;  
tendidas tiene las alas<sup>5</sup>  
y los claros ojos turbios,  
por eso la triste adelfa  
se inclina en señal de luto.

Una flecha de Laconia  
le ha herido con golpe rudo,<sup>10</sup>  
que se desprendió de un arco  
por su desventura oculto.

Como va a dejar la vida,  
da al viento su canto último,  
más dulce que el de Sirena<sup>15</sup>  
en el piélagosañudo.

Suspensos están los céfiros,  
oyendo el dulce murmurio,  
y las armónicas voces  
que dan música al crepúsculo.<sup>20</sup>

Las cañas no se cimbrean

de los vientos al impulso,  
y las cándidas palomas  
se olvidan de sus arrullos.

Pájaros, aguas y flores,25  
oyen con encanto mudo  
aquella voz saturada  
con la mirra del sepulcro.

Entre las nieblas del río  
se alzan al Olimpo agosto,30  
las notas de aquel concierto  
de amor, amargura y luto.

La luna, por ver al cisne,  
alzó su fanal nocturno,  
y Júpiter, por oírlo,35  
paró de la noche el curso.

Las Nereidas y Sirenas  
dejaron su alcázar húmedo,  
y Venus, por más curiosa,  
bajó a esconderse en los juncos.40

- II -

Por la margen del Eurotas,  
el de la orilla de juncos,  
baja la princesa Leda,  
hija del griego Gläuco.

Va sembrando rojas flores45  
donde planta su coturno,  
por eso, aunque pisa lirios,  
no se le queja ninguno.

Una diadema de estrellas  
ciñe sus cabellos rubios,50  
que no se acuerdan del cielo  
desde que ella se la puso.

Lleva una falda de púrpura  
que apenas le cubre el muslo,  
y por vencer a la nieve55  
el blanco seno desnudo.

Un cinturón ciñe al talle  
de diamantes y carbunclos,  
pero brillan más sus ojos  
y disimulan su lujo.60

Entre sus trémulas alas  
le trae el céfiro, confuso,  
el melancólico canto  
del pájaro moribundo.

Y embebecida, escuchando65  
aquel dulcísimo arrullo,  
camina con pie tan leve,  
que apenas encorva el musgo.

Separa con blanca mano

las ramas de los arbustos,70  
que por ser de ella tocados  
se doblaron con orgullo.

Y al pie de una triste adelfa,  
henchida de amargo jugo,  
vio al ave de blancas plumas75  
tendida en lecho purpúreo.

Suspendida quedó Leda  
ante aquel dolor profundo,  
sintiendo su blanco pecho  
taladrar arpón agudo;80

avanzó, pues, impelida  
por algún secreto impulso,  
a su compasión extraña  
rindiendo imprudente culto.

Tendió las trémulas manos85  
y entre sus brazos la tuvo;  
¡ay de la princesa Leda,  
hija del griego Gläuco!

- III -

Júpiter desde el Olimpo  
vio aquel cuadro tierno y mudo,90  
y sintió al mirar a Leda  
ansia de goces impuros.

Quiso reclinar la frente  
en aquel seno desnudo,  
y besar aquellos labios,95  
más rojos que los de Juno.

Y tal fue de su hermosura  
el irresistible influjo,  
que al ver al cisne en su pecho  
celos del pájaro tuvo.100

Súbito como el relámpago  
abandonó el solio augusto,  
envuelto en rápida nube,  
que hasta Leda le condujo.

Y en átomos invisibles,105  
por un hábil subterfugio,  
en las entrañas del cisne  
sutilmente se introdujo.

Allí, del seno de Leda  
en el templado refugio,110  
apuró Jove la copa  
de los placeres impuros.

Pronto la inocente niña  
probó de su engaño el fruto;  
¡ay de la princesa Leda,115  
hija del griego Gläuco.(3)

Año 1870.

A Aurora  
Seguidillas

¡Dime si ser podría  
otra vez niño!

Morenita del Tajo,  
Aurora mía,  
así Venus te preste  
su luz divina;  
así las auras<sup>5</sup>  
plácidas acaricien  
tu frente blanca.

Así te den perfumes  
nardos y rosas;  
así huellen tus plantas<sup>10</sup>  
regias alfombras;  
así los Silfos,  
vagando en torno, trencen  
tus negros rizos.

Dime dónde la fuente<sup>15</sup>  
de la inocencia  
por cauce de ilusiones  
sus aguas lleva;  
o dónde mana  
el raudal apacible<sup>20</sup>  
de la esperanza.

Si miras imposible  
lo que te exijo,  
dame en vaso de ámbar  
gotas de olvido.<sup>25</sup>  
Y en cambio, hermosa,  
escucharás del mundo  
las penas hondas.

Yo inocente dormime  
una mañana,<sup>30</sup>  
y al despertar, el luto  
cubrió mi alma:  
¡ay, de la vida,  
al coger una rosa  
me hirió una espina!<sup>35</sup>

Era, que del alcázar  
de la pureza  
al pórtico del vicio  
hay una senda:  
senda de ortigas,40  
que parece camino  
de florecillas.

En ella sonriendo  
senté la planta,  
y áspides pulularon45  
entre las matas;  
¡quise volverme!  
¿Mas el que pisa el vicio  
cómo se vuelve?

¿Has visto el claro arroyo50  
del verde prado,  
cuál con el sol ardiente  
sécase raudo?  
¡Tal es la vida,  
arroyuelo perdido,55  
senda de ortigas!

Es cierto, vida mía,  
que ante tus ojos  
miras campos de rosa,  
sueños de oro;60  
nubes de grana,  
mares de limpias olas,  
cielos de nácar.

Mas cuando de este valle  
llegues al centro,65  
y toques las espinas  
de que está lleno,  
¡verás, Aurora,  
campos llenos de abrojos,  
mar procelosa!70

No llores, vida mía,  
que estos pesares  
son el fiel paliativo  
de otros más graves.  
Y me es forzoso,75  
ahorrarte amargas penas  
y amargo lloro.

Que tal vez llegue un tiempo



en que agotado  
no acaricie tus ojos<sup>80</sup>  
el dulce llanto.  
Y ¡ay de tu alma,  
que no sufre el que llora  
como el que calla!

Morenita del Tajo,<sup>85</sup>  
Aurora mía,  
así Venus te preste  
su luz divina;  
así las auras,  
plácidas acaricien<sup>90</sup>  
tu frente blanca.

Así te den perfumes  
nardos y rosas;  
así huellen tus plantas  
regias alfombras;<sup>95</sup>  
así los Silfos,  
vagando en torno, trencen  
tus negros rizos.  
Año 1867.

### La ermita del Valle

¡Cómo se van las horas  
y tras ellas los días,  
y los alegres años  
de nuestra frágil vida!  
MELÉNDEZ

¡He aquí la pequeña ermita  
que en mi niñez visitaba,  
he aquí sus nevados muros  
y sus frondosas acacias!  
En torno de ella las mieses<sup>5</sup>  
por las hoces separadas,  
trocadas se ven en oro,  
si antes eran de esmeralda.  
Y allá a lo lejos los montes  
que limitan mis miradas,<sup>10</sup>  
por los rigores de Julio  
tienen clámides de gualda.  
¡Oh, con qué melancolía  
templo la doliente arpa,  
y evoco aquellos recuerdos<sup>15</sup>

de las horas de mi infancia!

¡Qué diferente esta tarde  
de aquellas tardes tan gratas,  
en que sin duelos ni cuitas  
a tus puertas descansaba!20

¡Qué distintas sensaciones  
en mi pecho pululaban,  
y cómo de los pesares  
no sentí las corvas garras!

Esas luces melancólicas25  
que al rojo sol acompañan  
cuando descende entre púrpura  
a esconderse entre las aguas;

este tranquilo crepúsculo  
en que dormidas las auras30  
ni mueven las verdes hojas,  
ni susurran en las ramas;

este silencio apacible  
que impregna en dolor mi alma,  
y en su manto de misterios35  
seca y envuelve mis lágrimas;

esos montes, esos valles,  
esos prados, esas aguas,  
ese celaje teñido  
con leves tintas moradas;40

esta ermita, en fin, testigo  
de los juegos de mi infancia,  
recuerdo que surge pálido  
como las nubes del alba,

¡todo, todo ha variado!45  
¿Qué mucho que variara  
si la rueda de la suerte  
es tan fácil y voltaria?

De aquellas tardes tranquilas,  
de aquellas horas tan plácidas50  
sólo me restan recuerdos,  
pero recuerdos que matan.

Por eso cuando el crepúsculo  
esparce su luz de nácar,  
a cantar vengo a la sombra55  
de mi ermita y mis acacias;

y a las sueltas golondrinas  
que del campanario bajan  
a posarse entre las hojas,  
les digo cuánto gozaba.60

Ellas vuelan a mi lado  
y no se burlan ingratas,  
como se burlan los hombres  
de las tristes confianzas.

Y cuando pasan el río65

y se ocultan en las ramas,  
en su lenguaje repiten  
lo que escuchan en mi arpa.

Ellas son los seres únicos  
que no dejan esa tapia,70  
como fieles guardadores  
de esta ermita solitaria;  
que hasta el nocturno agorero  
que la linterna acechaba,  
abandonó el campanario75  
por otra torre cercana.

Ya cuando la tarde cae  
y la luna se levanta,  
no vienen alegres niños  
a jugar en la explanada;80  
ni voltean en su puerta,  
debajo de las acacias,  
cual grupos de mariposas  
que se ciernen sobre dalias.

Desiertas están las rejas,85  
aquellas rejas pintadas,  
en cuyos pequeños mármoles  
las jóvenes se sentaban  
a escuchar de aquella ermita  
la sangrienta historia sacra(4),90  
o romancescos relatos  
de guerreros y de hadas.

Cerradas están sus puertas,  
no arde en el altar su lámpara,  
crece en su patio la yerba95  
y está muda la campana.

Pronto hacinados escombros  
dirán al bardo que pasa:  
¡Aquí la ermita del Valle  
en tiempos se levantaba!100

Y al escuchar la conseja  
que el segador le relata  
sonreirá con desdén  
volviendo triste la espalda.

\*\*\*

¡Ermita, como tú tengo105  
la soledad en mi alma;  
por eso vengo a cantarte  
antes que el tiempo te barra!

Todo, todo lo he perdido,  
no guardo ni una esperanza,110  
no puedo ni arrodillarme,  
porque hasta la fe me falta.

Árido campo es mi vida  
que sólo nutre cizaña,

y mi corazón un yermo 115  
donde ni un árbol se halla.

Sólo vivo en los recuerdos,  
por eso en estas acacias  
hallo el dulce sentimiento  
de las horas de mi infancia.120

Y al contemplar estos sitios,  
mudos como yo y sin alma,  
dejo la doliente lira  
para verter una lágrima.  
Año 1869.

### El último crepúsculo

¡Hora de melancolía,  
crepúsculo de la tarde,  
cómo en tu vago misterio  
mi corazón se complace!  
A. P.

Ya el sol envuelto en sábanas de oro  
baja a los mares a esconder su disco,  
ya la paloma que cruzó la selva  
busca su nido.

Pronto su luz se apagará en las olas,5  
sumiendo en sombra el valle y la montaña,  
como una antorcha que arrojara el niño  
dentro del agua.

Ya la campana de la antigua torre  
lanza a las sombras su argentino acento,10  
última voz que al declinar la tarde  
turba el silencio.

Allá retumba por el hondo valle  
el triste son que la plegaria evoca,  
que, resonando en apagado eco,15  
muere en las rocas.

La flor levanta su corola mustia  
por contemplar las matizadas nubes,  
que en sus cambiantes, de colores fingen  
gasas y tules.20

Se alzan las brumas del cercano río,  
y el arroyuelo por el prado salta,  
sus frescas gotas en continuos besos  
dando a las plantas.

El labrador por la apartada senda25  
guía a la choza los cansados bueyes,

y el pastorcillo tras el fiel rebaño  
torna a las redes.

Todo al silencio y al reposo incita;  
todo la paz y la quietud desea;30  
sueña la virgen y medita el joven,  
canta el poeta.

Indescriptible inspiración nos sume  
en pensamientos sin color ni formas,  
que en nuestra mente se columpian vagos35  
como las sombras.

Reina el misterio que a soñar convida,  
grata expansión a nuestra alma lleva;  
y la memoria a los pasados goces  
rápida vuela.40

Y nos parece que al tender la noche  
esos crespones que conduce el sueño,  
va arrebatando con la luz que resta  
dulces recuerdos.

No sé qué guardan las postreras luces45  
en sus fanales de matiz rosado,  
que recreando nuestros tristes ojos  
llaman al llanto.

No el llanto ardiente que los ojos quema  
y la mejilla enrojecida escalda;50  
mas el que vierte su tranquila copa  
sobre las almas.

¿Qué genio flota al declinar la tarde  
pulsando el arpa que los sueños templan,  
plácidas notas a los aires dando55  
cuando resuena?

¿Es el deseo que al mortal le trae  
ardientes goces en la noche larga?  
¿Es el amor que entre los brazos duerme  
de la esperanza?60

¿Quién sabe acaso lo que en esa hora  
flota en el éter y desciende al suelo?  
¡Quién sabe acaso dónde mora el hada  
del sentimiento!

Tal vez se envuelve, al levantar su disco65  
la blanca luna, entre su luz tranquila;  
tal vez del lago entre la leve espuma  
canta mecida.

Tal vez del aire en la veloz carroza  
rápida avanza por el ancho espacio70  
o entre la nube que rodó de Oriente  
va hacia el Ocaso.

¡Sólo se escuchan las lejanas notas  
del arpa herida por su mano leve,  
notas que dicen infinitos goces75  
al que las siente!

¡Salve, suspiro del pasado día,  
hora de dulce y sin igual misterio,  
tú el grato néctar del dolor tranquilo  
traes a mi pecho!<sup>80</sup>

Tú el manto empapas en el limpio lago  
donde el raudal de los recuerdos manan,  
y al desplegarlo con su grato aroma  
llenas las auras.

Tú, si mi llanto avergonzado oculto,<sup>85</sup>  
el disco rojo de la luz recoges,  
y con su luna de indecisos rayos  
mandas la noche.

Año 1870.

## Segunda parte Noches de luna

...Entonces empezaban para nosotros las horas  
encantadas que tan pronto habían de pasar; y si soltábamos el libro  
cuando la luna salía y eran más penetrantes los perfumes que se  
escapaban del jardín cercano, en cambio los poéticos recuerdos de  
Graziella y Rafael venían a acariciarnos con las brisas de la noche.

## MIS RECUERDOS

## Introducción Armonías de la noche

Si os place oír el arpa de las sombras  
acercaos a las márgenes del Betis,  
al descender a la región de Tetis  
entre espumas y nácares la luz;  
en tanto que los rayos de la luna<sup>5</sup>  
luchan con los crespones de la noche,  
que se desliza en su estrellado coche  
por el opaco firmamento azul.

Acercaos, los que en alas de los sueños  
os dormís en hamacas perfumadas,<sup>10</sup>  
mecidos por el soplo de las hadas  
en los pliegues de atmósfera sutil;  
los que el trabajo de afanoso día  
olvidáis con los cuentos del pasado,  
bajo el gótico alcázar elevado,<sup>15</sup>  
o en el kiosco de arábigo pensil.

Rodeadme; blando asiento os da ese césped  
que encorvará la aurora con rocío;  
rumores, las espumas de ese río  
que camina entre juncos hacia el mar.20

La noche las montañas va alejando  
y sus lámparas cuelgan las estrellas;  
son cántigas de amor, dulces querellas  
las que van a surgir de mi cantar.

No me place decir la luz del día<sup>25</sup>  
y canto los misterios de la luna;  
agrádame mirar en la laguna  
el disco de la amada de Endimión<sup>(5)</sup>:  
y cuando truena el bronce en las ciudades  
y se hunden entre el légamo los tronos,<sup>30</sup>  
ensayo sobre el arpa suaves tonos  
y olvido el ronco acento del cañón.

Venid y escucharéis en mis nocturnos  
del trovador la enamorada queja,  
y el fantástico canto que se aleja<sup>35</sup>  
con la barca del pobre pescador:  
y si no os place el cielo de la Bética,  
donde es la noche clara como el día,  
vendréis a la mansión de la armonía,  
a Italia, la odalisca del amor.<sup>40</sup>

Y os pintaré el crepúsculo de Nápoles  
espirando en sus fértiles vergeles;  
sus valles, sus cascadas, sus laureles  
bañados por la lumbre de un volcán:  
sus playas, donde arrolla el oleaje<sup>45</sup>  
las ondulantes cintas espumosas,  
donde ligeras góndolas vistosas  
velas azules desplegando van.

Veréis a la falaz napolitana  
reclinarse en mullidos almohadones,<sup>50</sup>  
velados por discretos pabellones  
en la cámara oculta de un bajel,  
unir su labio de rubí candente  
a los trémulos labios de su amante,  
al rayo de la luna vacilante<sup>55</sup>  
única confidente de ella y él.

Veréis sobre su seno mal cubierto  
los chales de las hijas del Oriente,  
y besando los bordes de su frente  
sus cabellos trenzados al azar:<sup>60</sup>

contemplantéis sus diminutos dedos  
jugando con la cítara andaluza;  
o en tanto que su barca el agua cruza  
escucharéis su lánguido cantar.

Y bajaremos a los verdes valles<sup>65</sup>  
de céspedes menudos alfombrados,  
por rápidas caídas arrullados  
que entre peñas circulan en tropel;  
y cruzaremos la alameda umbría  
donde huyeron Angélica y su amante,<sup>70</sup>  
o donde vio el Hipogrifo de Atlante  
el valiente y magnánimo doncel.

Veremos al fulgor del rojo cráter,  
cuando el trueno retumba en el invierno,  
el bosque donde el Dante vio su infierno<sup>75</sup>  
cubierto con su fúnebre tapiz;  
o bajaremos, al lucir el astro  
de la noche estival, a la llanura  
donde encontró la cándida creatura  
Bella bianco vestita: Beatriz.<sup>80</sup>

Si os hastían las trémulas veladas  
de las fértiles faldas del Vesubio,  
os llevaré a la margen del Danubio  
el sol de la Alemania a contemplar;  
y cruzaremos los soberbios Alpes,<sup>85</sup>  
con sus picachos de perpetua nieve,  
donde apenas el águila se atreve  
su poderoso vuelo a desplegar.

De Goëthe los prodigios asombrosos  
en misteriosas páginas veremos,<sup>90</sup>  
y en su genio sombrío escrutaremos  
de esas extrañas fábulas el fin:  
sus diabólicas noches de Walpurgis,  
en que la esfinge clásica palpita,  
y los goces de Fausto y Margarita<sup>95</sup>  
en los valles poéticos del Rhin.

Venid y rodeadme; el labio mío  
mueve el hada gentil de la armonía,  
venid y olvidaréis del largo día  
el trabajoso y áspero afanar:<sup>100</sup>  
venid, y templaré con fácil mano  
de mi laúd las cuerdas tembladoras;  
son cántigas de amor, dulces doloras  
las que van a surgir de mi cantar.



Ya rasga Cintia la discreta sombra<sup>105</sup>  
sobre su coche de luceros rojos,  
brindando a los oídos y a los ojos  
de la noche el misterio encantador;  
    el laurel plateado por sus rayos,  
la flor que su corola balancea,<sup>110</sup>  
el escondido arroyo que serpea  
y el canto del parlero ruiseñor.

El torrente que zumba allá a lo lejos  
y que en profundos antros se despeña,  
dejando entre las grietas de la breña<sup>115</sup>  
las espumas que hierven en tropel;  
    las aguas del movable y manso río  
que ondula con murmullo placentero,  
el canto del alegre gondolero  
que rema reclinado en su bajel.<sup>120</sup>

El arpa del doncel enamorado  
que pulsa al pie de la moruna reja,  
la que el viento arrebata, dulce queja,  
de la amada en los brazos de su amor.  
    Los crímenes, los duelos, las orgías,<sup>125</sup>  
los placeres del rico licencioso;  
cuantos rumores turban el reposo  
y giran sin descanso en derredor.

De estos ecos confusos, yo la clave  
tengo en el arpa que mi mano hiere;<sup>130</sup>  
y en tanto que en los mares el sol muere  
y la luna se empieza a levantar,  
    yo entre la brisa que el clavel perfuma,  
y el rumor de las olas sosegadas,  
mis leyendas de silfos y de hadas<sup>135</sup>  
me complazco tranquilo en descifrar.

Estas ofrezco, son pálidas flores  
que surgieron sencillas en la loma,  
si hay en su cáliz néctares y aroma  
se debe a quien sus pétalos cuidó;<sup>140</sup>  
    y entre el fuego de un ósculo ardoroso,  
entre sus hojas ámbar esparciendo,  
fueron al soplo de su amor creciendo  
y en su seno gentil las abrigó.

Tal vez alguna lágrima furtiva<sup>145</sup>  
se desliza en sus hojas perfumadas,  
recuerdos de otras dichas ya nubladas  
que al lago del olvido van a huir:  
    Expansión de un espíritu que lucha

en el revuelto mar de los pesares,150  
y que muestra sü alma en los cantares  
que en la apacible noche vais a oír.

¡Noche amiga, que cruzas el espacio  
consolando dolores y querellas,  
con tu manto de vívidas estrellas155  
y tu luna de tibio resplandor;  
tú que das tu reflejo a las espumas  
y recortas del monte la silueta,  
cubre el arpa doliente del poeta  
con tu opaca aureola de color!160  
Año 1868.

Graziella  
Nocturno

¡Qué puros eran sus ojos y qué cándidos sus  
labios!... ¡El hermoso lago de Nemi, que no arruga el menos soplo de  
viento, tiene menos transparencia y pureza! En aquella alma antes  
que ella se leían sus pensamientos: jamás sus párpados inclinados  
sobre sus bellos ojos, ocultaban su mirada llena de inocencia:  
ningún cuidado había dejado una arruga sobre su frente; todo en ella  
era alegría; y esa juvenil sonrisa, que más adelante espira en los  
labios con tristeza, flotaba siempre en los suyos como un hermoso  
arco iris en un día brillante.  
LAMARTINE

NÁPOLES(6)

Un paisaje no es más que un hombre o una mujer.  
¿Qué es Vaucluse sin Petrarca? ¿Qué es Sorrento sin el Tasso?

LAMARTINE

Entre purpúreos matices  
va declinando la tarde,  
bañando con luz dudosa  
las alamedas de Nápoles.

Con las sombras de la noche5  
empieza entre el humo a alzarse  
la luz roja del Vesubio,  
que se escapa de su cráter,  
y al bañar de los laureles  
el caprichoso ramaje,10  
les presta el tinte medroso  
de las visiones del Dante;

por matizar las espumas  
con una luz más brillante,  
va levantando su disco<sup>15</sup>  
la luna del hondo valle,  
y el reflejo del Vesubio,  
y las luces de la tarde,  
y los rayos de la luna,  
y la sombra de los sauces,<sup>20</sup>  
al colorar la campiña  
y confundirse y mezclarse,  
en un paisaje de hadas  
convierten aquel paisaje.

Allí en efecto, del lago<sup>25</sup>  
en la poética margen,  
alzó Armida su palacio  
de bronce, pórvido y jaspes;  
con pórticos de esmeralda  
y murallas de diamante,<sup>30</sup>  
guardadas por cancerberos  
de triples y ardientes fauces;  
allí sobre frescas rosas,  
a la sombra de los árboles,  
en los brazos de Reynaldo<sup>35</sup>  
gozaba torpes afanes,  
dándole néctar de olvido  
en vaso de ámbar brillante,  
y caricias saturadas  
de vértigos sensuales;<sup>40</sup>  
allí pintó Rafael  
sus delicadas imágenes,  
bebiendo en su Fornarina  
la inspiración a raudales;  
allí los sombríos cuadros<sup>45</sup>  
y las estatuas gigantes,  
del cincel y la paleta  
brotaron de Miguel Ángel;  
allí Virgilio y Petrarca,  
y Ariosto, el Tasso, y Dante,<sup>50</sup>  
hallaron en sus láüdes  
cántigas inimitables.

Por eso al pisar sus prados,  
por eso al cruzar sus valles,  
la inspiración a torrentes<sup>55</sup>  
se derrama por el aire.

Por eso tienen sus noches  
melancólicos celajes,  
y sus crepúsculos nácar,  
y ópalo y rosa sus tardes.<sup>60</sup>

## LOS PESCADORES

La lucecilla del pescador, que boga entre la  
bruma, despide rayos menos dulces que su mirada.  
Lamartine

Hay en la isla de Prócida  
una rústica cabaña  
que sufre inmóvil la saña  
del desatado huracán;  
cuyo pie bañan las olas<sup>5</sup>  
cuando la tormenta zumba,  
y el ronco trueno retumba  
y se enrojece el volcán.

A su puerta, de una lámpara  
a la lumbre misteriosa,<sup>10</sup>  
se ve la imagen graciosa  
de la Madonna del mar;  
y en ella buscan refugio  
los sencillos pescadores,  
que llevan frutos y flores<sup>15</sup>  
como ofrendas a su altar.

Cuando el golfo se embravece  
en círculo se arrodillan,  
y su triste frente humillan  
ante la Madre de Dios:<sup>20</sup>  
y cuando viene el Domingo  
y el sol sin nubes riela,  
al son de la tarantela  
van de las mozas en pos.

Almas que sólo han sufrido<sup>25</sup>  
las tormentas de los mares,  
se burlan de los pesares  
cuando pasa el vendaval:  
y entre la bruma guiando  
su pobre y frágil barquilla,<sup>30</sup>  
hacen de su lucecilla  
su máspreciado fanal.

En la cabaña de Prócida  
hay una perla escondida,  
joya buscada, querida<sup>35</sup>  
por su belleza y valor:  
es la hermosa Graziella,  
hija del anciano Bempo,  
que del golfo en otro tiempo  
fue el más ágil pescador.<sup>40</sup>

El cielo arrancó dos soles  
para que fueran sus ojos,  
y puso en sus labios rojos  
los matices del clavel:  
y en sus negras trenzas ébano,45  
y en su rostro nieve y rosa,  
y en su cintura de diosa  
lo flexible del laurel.

Sin embargo, en su mirada  
melancólica, perdida,50  
se adivinaba una vida  
de sentimiento y de amor:  
sed ávida de esos goces  
que nuestros sueños embargan,  
y nuestra existencia amargan55  
con supreciado sabor.

Ella amaba, sí, y amaba  
con esa pasión tan ciega,  
que a ser nuestra idea llega  
fija, continua, tenaz;60  
idea que finge un foco  
de abrasadores placeres,  
que salta santos deberes  
como obstáculo fugaz.

Adora al apuesto César,65  
el pescador más garrido  
que las redes ha tendido  
sobre las olas del mar.

Por eso mira en la tarde  
venir las pequeñas flotas,70  
como blancas gaviotas,  
las márgenes a ganar.

Hace tres tardes, que en vano  
vienen las blancas barquillas  
de Prócida a las orillas,75  
puesto que no viene él:

él, que tal vez en los brazos  
de otra rival más dichosa,  
en la noche silenciosa  
se reclina en su bajel.80

Todo el amor lo disculpa,  
y a fe que motivo tiene  
si el joven César no viene,  
según la niña gentil:

que su anciano padre Bempo,85  
con sus amores tirano,  
le negó altivo su mano  
cediendo a consejo vil.

Por eso bañada en lágrimas  
desde que la aurora asoma,90  
ruega a su buena Madonna  
porque el olvido la dé:  
pero está fresca la herida  
y ella cuida de tocarla.  
¡Cómo, pues, ha de olvidarla95  
cuando le falta la fe!

Así las horas se pasan,  
nada a la niña consuela,  
no viene la blanca vela  
de su joven pescador.100  
Y muere triste la tarde,  
y la noche va cayendo;  
y el agua sigue corriendo  
sin consolar su dolor.

## LA VUELTA

Aquí estoy aguardando en una peña,

a que venga el que adora el alma mía.  
CAROLINA CORONADO

- I -

Ya el pabellón de estrellas  
tendió la noche por el ancho espacio,  
y la pálida luna  
consolando querellas  
asomó sobre el monte; ya las flores5  
salpicaron las sombras con perfumes,  
y callaron los vientos,  
y durmieron las olas,  
y se escucharon claras a lo lejos  
de Nápoles las dulces barcarolas.10

Inmóvil Graziella  
en la orilla del mar, triste miraba  
aquel cuadro nocturno; el pensamiento  
de la niña volaba  
y a su César llegaba,15  
que tal vez en su góndola mecido,  
por otro labio amante acariciado,  
daba ingrato al olvido

las penas de su pecho lacerado.

La luna cariñosa<sup>20</sup>  
besábala en la frente,  
y el agua perezosa  
se arrastraba a sus plantas lentamente:  
mas ¡ay! llagas de amores  
sólo las cura el dedo que las hizo;<sup>25</sup>  
por eso a sus dolores,  
inútil el hechizo  
es de la mar, los astros y las flores.

De repente, a lo lejos,  
enmedio de las olas,<sup>30</sup>  
surgió una lucecilla vacilante  
que, como fuego fatuo, sobre el agua  
trémula se mecía;  
y a un golpe de las ondas se ocultaba,  
y a otro golpe de mar aparecía.<sup>35</sup>

Suspensa quedó ella  
al ver aquella chispa en lontananza,  
para la niña, estrella  
del cielo encantador de la esperanza;  
como queda el viajero<sup>40</sup>  
perdido en los desiertos arenales,  
al rojo brillo de lejana hoguera,  
si oye el áspero aullar de los chacales.

La luz al fin avanza,  
y con ella una vela<sup>45</sup>  
que impulsa una barquilla,  
que va dejando con su leve quilla  
sobre las olas espumosa estela.

La joven lanzó un grito,  
y se inclinó en la roca<sup>50</sup>  
agitando gozosa su pañuelo:

la barca que miraba  
era la de su amante que tornaba.

¡Era su César! sí; no hay marinero  
tan apuesto cual él; de sus cabellos<sup>55</sup>  
los rizos vagan al remar; sus ojos  
brillan más que el lucero que ríela  
(como dice su hermosa Graziella.)

- II -

Salta en tierra el mancebo; enloquecido  
ante los pies se humilla de la hermosa,<sup>60</sup>  
y ella al verlo rendido,  
del suelo le levanta cariñosa.

-¿Por que, por qué mis duelos  
con ausencias duplicas? le repite:  
¿No ves cómo mis ojos<sup>65</sup>  
van perdiendo aquel brillo

que tú adorabas tanto  
cuando no conocimos el quebranto?  
¡Tres veces esta luna  
no te ha visto a mi lado,70  
tres noches con mis lágrimas  
esta desierta margen he regado!...  
¿Dime, César, tal vez otras caricias  
hallaste, tal vez otros  
brazos te habrán ceñido?75  
¡Dímelo por mi afán, dueño adorado!  
¿Por qué en tres noches largas no has venido?  
-Graziella, la Madonna  
del Mar sabe que sólo  
te adoro a ti: ella sabe80  
que eres mi sueño, mi salud, mi alma;  
la virgen que mis lágrimas ahuyenta.  
Por tí suspiro sobre el mar en calma,  
sólo de ti me acuerdo en la tormenta:  
pero ¿por qué tu padre85  
crüel hiere mi pecho, por qué niega  
tu mano al que te adora  
y por tu amor como cobarde llora  
y ante sus pies arrepentido llega?  
¡Condenarme a pasar la corta vida,90  
esta vida que dura un soplo leve,  
lejos de tu regazo, es una herida  
que sólo Bempo a hacérmela se atreve!...  
¡Injusta tiranía!... Graziella,  
quise probar el vaso del olvido95  
y juré no volver, busqué un calmante  
del vicio entre los brazos  
y bebí la cicuta de la ausencia;  
¡insensato! encontrarlo no he podido,  
y vuelvo arrepentido a tu presencia.100  
¡Ay! era tan amargo  
el bárbaro brebaje,  
que he preferido en mi delirio largo  
soportar de tu padre el fiero ultraje.  
-¡César, bien sabe el cielo105  
que como a ti mi corazón desgarrar  
la tiránica orden!  
¿Pero qué medio resta a nuestro duelo?  
-Sólo hay un medio fácil  
que nuestro amor proteja, mi barquilla110  
amarrada allí está; reina el silencio  
y la luna está pálida y dormida:  
¡Ven, Graziella, ese cielo  
a goces y placeres nos convida!  
En mi barca mecidos,115  
enmedio de las olas,



la copa del placer apuraremos;  
y al rumor de los remos  
tú cantarás ardientes barcarolas,  
o en mis brazos soñando<sup>120</sup>  
descansarás, mientras esté pescando.  
Del Vesubio en la falda  
vive un viejo y austero cenobita,  
que mañana en su ermita  
nos unirá ante Dios. ¡Ven, por las horas<sup>125</sup>  
que a tu lado pasé cogiendo flores,  
por la benigna anciana  
que en tiempos protegió nuestros amores!  
¡Por tu buena Madonna,  
que a los amantes plácida perdona!<sup>130</sup>

- III -

Atónita cual pobre corderilla,  
que encontró al escapar por el otero  
en vez de mansa oveja  
el cauteloso lobo carnicero,  
la tentadora queja<sup>135</sup>  
oyó la niña al joven marinero,  
sin saber, vacilante,  
qué contestar a su gallardo amante.

Quiso hablar y su labio  
se negó a formular lo que sentía;<sup>140</sup>  
bajó los negros ojos,  
su mejilla encendieron los sonrojos  
y en delirio liviano  
al pescador abandonó su mano.

Éste la asió y su boca<sup>145</sup>  
abrasó aquella piel tersa y süave,  
cuyo dulce contacto  
su pecho hizo latir; enloquecido  
las súplicas dobló; trémula, triste,  
ella osó resistir, pero fue en vano.<sup>150</sup>  
¿Quién esquiva el chocar de las pasiones  
cuando obedecen al amor tirano?

Sin fuerzas, reclinada  
en el brazo de César, cariñosa  
hacia la imagen de la Virgen guía<sup>155</sup>  
sus inseguros pasos;  
César la sigue, unidos se arrodillan  
y se eleva una férvida plegaria  
en aquella explanada solitaria.

Sobre su pobre albergue,<sup>160</sup>  
en el que duerme Bempo descuidado,  
triste lanza su última mirada;  
y «¡adiós, padre, perdóname!...», repite  
sobre la dura roca arrodillada.

Una lágrima ardiente<sup>16</sup>  
rodó por su mejilla,  
por la nevada frente  
pasó la blanca mano, y temblorosa  
se dejó conducir a la barquilla.

## EL LAGO

Hubiéramos querido perdernos así, no en un mar  
que tiene orillas, sino en un firmamento que no las tiene.

## LAMARTINE

César llegó con su preciosa carga  
dejándola caer en blando lecho,  
y apagando la lámpara de proa  
largó las velas y tomó los remos.

Rápido como pájaro marino<sup>5</sup>  
el frágil barco se alejó, el paterno  
hogar de Graziella abandonando  
al impulso apacible de los vientos.

Y a las ráfagas tibias de la luna  
internándose fue en el claro espejo<sup>10</sup>  
de las aguas del lago, conducido  
por el ágil y apuesto gondolero.

Ya no se ve manchar el horizonte  
el humo de la choza, y a lo lejos,  
la luz de la Madonna sus matices<sup>15</sup>  
misteriosos y rojos va perdiendo.

En el golfo internados, ya no rema  
el pescador con tan gentil denuedo,  
y ora deja vagar libre la nave,  
ora deja flotar los largos remos.<sup>20</sup>

Pronto en torno no ven más que las aguas  
que ondulan con susurro placentero;  
¡de esta noche de goces misteriosos  
sólo serán testigo el mar y el cielo!

Parece que las olas sosegadas,<sup>25</sup>  
cómplices de esta lucha del deseo,  
clavan la barca, o mécenla süaves,  
a la argentada luz de los luceros.

Graziella suspiró al abrir los ojos,

alzando su mirada al firmamento,30  
inclinándose débil en la barca  
cual si sufriera doloroso vértigo.

«-¿Quién me ha traído aquí? trémula dice:  
Mi César junto a mí? ¡deliro o sueño!...  
-¡No sueñas, no; soy yo! responde el joven35  
sellándola los labios con un beso.

»¡Tu César, que te adora con locura,  
que exhalará por ti su último aliento,  
si cuando Dios en el altar nos vea  
nos recibe crüel tu padre Bempo.40

»¡Trémulos al besarme están tus labios,  
tiembla tu brazo al enlazar mi cuello,  
no temas, que la sombra de la noche  
nos envuelve en su manto de misterios!

»¡Qué hermosa estás! no temas, vida mía,45  
esa luz que colora nuestro lecho  
es un rayo indiscreto de la luna  
que descende envidiosa a sorprendernos.

»-¡Ay! la buena Madonna a los ingratos  
niega su protección; César, mis ruegos50  
atiende, torna a casa de mi padre,  
su santa bendición le pediremos.

»-¿Qué temes, cuando tienes por escudo  
todo el candente amor que hay en mi pecho,  
toda la fe que encierra mi cariño,55  
toda la adoración que te profeso?

»¿Qué temes, cuando Dios que nos contempla  
sabe que he prometido amarte ciego,  
cuanto se puede amar sobre la tierra,  
cuanto puede adorarse allá en el Cielo?60

»Ya cerca de mí estás, la frente mía  
templa el calor süave de tu seno,  
y me envuelve en su atmósfera olorosa  
el aura perfumada de tu aliento.

»La vida es leve soplo, Graziella;65  
¿por qué, pues, si tan rápido huye el tiempo,  
no apuramos la copa embriagadora  
que en nuestros labios el amor ha puesto?

»Pronto estas horas de placer y amores

se hundirán en el mar de los recuerdos,70  
como el sol entre nácares y espumas  
cuando ya a dar su luz a otro hemisferio.

»¡Ven, enlaza mi mano con tu mano,  
y acaricia mi frente con un beso;  
confúndanse en un alma nuestras almas75  
y palpiten unidos nuestros pechos...!

»¡Qué! ¿lloras Graziella? ¡de tu frente  
se escapan destrenzados tus cabellos!  
¡Tiembla tu mano como débil lirio  
que se mece a las ráfagas del cierzo!80

»No luches más, tu corazón te dice  
que tu César de amor está muriendo;  
¿sufres acaso al escuchar mis súplicas?  
¿Por qué otra vez tus lágrimas sorprendo?»

Como la palma que el Simoun azota85  
en la sábana ardiente del desierto  
sacude su ramaje vacilante  
hasta que al fin rodando viene al suelo;

Así la hermosa niña, en ruda lucha  
con su deber, su amor y sus deseos,90  
resistía a las súplicas de César,  
lágrimas copiosísimas vertiendo.

Pero ¿qué no consigue de su amada  
un amante gentil que doble el ruego,  
si sólo tienen su deber por valla,95  
y sólo tienen por testigo el cielo?

Pronto aquellas dos almas laceradas  
en una sola alma se fundieron,  
y se unió al susurrar del oleaje  
el misterioso son de un dulce beso...100

## LA TEMPESTAD

Ni un pliegue de esas olas denunciará a los  
indiferentes el lugar en que dos cuerpos se habrán sumergido  
abrazándose bajo las ondas, desde donde dos almas habrán subido  
reunidas al eterno éter. ¡Ningún ruido quedará de nosotros sobre la  
tierra, más que el pliegue de la ola que se cerrará para siempre!

LAMARTINE

- I -

¿Por qué vuelan tan rápidas las horas  
del placer, y al dolor ceden la vía?  
¿Por qué dejan sus gasas tentadoras  
y se envuelven en túnica sombría?  
¡Oh! tan fácil ¡oh dicha! te evaporas,<sup>5</sup>  
y te apagas, fanal de la alegría,  
como pliegue fantástico de bruma  
o copo blanco de ligera espuma.

César y Graziella, enloquecidos  
por caricias y sueños tentadores,<sup>10</sup>  
se reclinaban de gozar rendidos  
en una pobre manta de colores;  
sobre las ondas móviles mecidos  
contábanse su afán y sus temores,  
interrumpiendo en su amoroso exceso<sup>15</sup>  
la narración tranquila con un beso.

En su éxtasis ardiente enajenados  
la plática sabrosa prosiguiendo,  
no ven que el cielo escalan los nublados  
y dobla el lago su continuo estruendo;<sup>20</sup>  
ni que en tristes celajes enlutados  
la blanca luna ya desapareciendo,  
en tanto que a lo lejos se lamenta  
el pájaro que anuncia la tormenta.

Un vaivén de la barca, que impelida<sup>25</sup>  
por el viento zozobra, los despierta;  
César al punto su peligro olvida,  
mas por su amante teme y está alerta.  
Por grados sube el agua enfurecida  
hasta bañar de espuma la cubierta:<sup>30</sup>  
llora la niña, César la consuela;  
¿qué fue de tus placeres, Graziella?

Ya estalló el huracán: de furia lleno  
alza la ola que iracundo hostiga,  
y hasta que vuelve al turbulento seno<sup>35</sup>  
a elevarse en pirámide la obliga;  
retiembla el monte al retumbar el trueno,  
las nubes el relámpago castiga,  
y el cráter del Vesubio, allá a lo lejos,  
da a las sombras sus fúnebres reflejos.<sup>40</sup>

César oye zumbiar sobre su frente  
aquella tempestad, que se desata  
rodando por la atmósfera imponente  
como breña por ronca catarata;

cercano el riesgo inevitable siente<sup>45</sup>  
y de acorrer a Graziella trata,  
mientras en torno suyo el oleaje  
dobla sus broncas voces de coraje.

Enciende con trabajo la linterna  
que cubre de los vientos en la quilla,<sup>50</sup>  
ase el timón, y rápido gobierna  
con su débil apoyo la barquilla;  
trascurre un hora indescriptible, eterna,  
Y en vano busca la lejana orilla,  
que a su impotente cólera parece<sup>55</sup>  
que el golfo inmenso ante sus huellas crece.

Si a derramar sus ráfagas brillantes  
tornara aquella luna sosegada,  
no hallaría a los ávidos amantes  
bebiéndose la vida en la mirada;<sup>60</sup>  
César tiende sus manos vacilantes  
por sostener el cuerpo de su amada,  
que sobre el negro piélago se asoma  
y en el fondo del barco se desploma.

Si Dante apercibiera desde el monte<sup>65</sup>  
aquella escena de dolor eterno,  
soñara ver la barca de Caronte  
remolcando las almas al infierno;  
o vagar en el fúnebre horizonte  
las fantásticas sombras del averno,<sup>70</sup>  
mezclando sus irónicos acentos  
al rumor iracundo de los vientos.

Cual débil costa de flexible paja  
que pescador solícito tejía,  
sobre las anchas ondas sube y baja<sup>75</sup>  
la barca al fondo de la mar sombría;  
su frágil casco el oleaje raja  
doblando del peligro la agonía,  
que es inútil velamen y timón,  
y allá vaga a merced del Aquilón.<sup>80</sup>

César cerca de sí mira la muerte  
batir regocijada el torvo vuelo,  
y en su furia se queja de la suerte  
apostrofando con desdén al Cielo;  
sobre la frente de su amada vierte<sup>85</sup>  
agua del mar, y en su continuo duelo  
cubre de ardientes ósculos los ojos  
que dieron antes a la luna enojos.

Como la mustia rosa se alza en mayo  
al bañarla el rocío en la alborada,90  
deja Graziella su letal desmayo  
a la intensa impresión del agua helada;  
de la linterna al moribundo rayo  
atónita dirige la mirada,  
y junto al joven ante Dios se humilla,95  
y cruzadas las manos se arrodilla.

-César, le dice con tranquilo acento  
que la fe de los mártires pregona,  
alza tu voz conmigo al firmamento,  
pediremos auxilio a la Madonna;100  
el término fatal cercano siento,  
pero en morir contigo galardona  
la Virgen mi dolor; pronto enlazados  
seremos por las ondas arrastrados.

César, une tu voz a la voz mía,105  
ten esperanza en el que el mar enfrena,  
si juntos nos sorprende la agonía  
sabré esperarla con la faz serena;  
tal vez la barca encallará vacía  
de nuestra playa en la dorada arena,110  
y al verla los gallardos navegantes  
sollozando dirán ¡pobres amantes!

Como el nervudo atleta, que rendido  
sobre la dura arena se reclina,  
por tantas emociones abatido115  
César, doliente la cabeza inclina;  
pronto del negro piélago el rugido  
una plegaria dominó, divina,  
que escucharon gozosos los querubes  
desde sus lechos de purpúreas nubes.120

- II -

Dominus illuminatio(7) mea etc.

Salmo XXVI

Cual si aquel cántico triste  
que la muerte presagiara  
al firmamento se alzara  
del Noto al ronco rumor,  
y Dios oyera las voces125  
de aquellos dos desgraciados,  
comenzaron los nublados

a rasgarse en derredor.

De aquella negra mortaja  
entre los rotos girones,130  
brillantes constelaciones  
comenzaron a asomar:

La mano de la Esperanza  
se posó en los elementos,  
y los iracundos vientos135  
dejaron tranquilo el mar.

El rayo olvidó la encina  
que tal vez amenazaba,  
y el trueno que retumbaba  
a sus cavernas rodó:140

Dejo el relámpago súbito  
su luz pálida y medrosa,  
y el alba de nieve y rosa  
el horizonte bordó.

Escaparon las tinieblas145  
y los peligros huyeron,  
pronto los náufragos vieron  
a Prócida blanquear,  
que, como tierna paloma  
que en céspedes dormitaba,150  
allá a lo lejos se alzaba  
sobre la orilla del mar.

A su clemente Madonna  
nuevas plegarias alzaron,  
y allá la barca impulsaron155  
sin velamen ni timón,  
de su yerro arrepentidos  
y con creces castigados,  
a pedir arrodillados  
del viejo Bempo el perdón.160

Por la tormenta bravía  
destrozada la barquilla,  
tarda en tocar a la orilla  
de los remos a pesar;  
mas por el viento arrullados165  
al fin las rocas asaltan,  
y en tierra ligeros saltan  
cerca del paterno hogar.

LA BENDICIÓN



- I -

En la cabaña de Prócida  
los pescadores conversan,  
ante la Virgen del Mar,  
Iris de la costa aquella.

Lleno está el altar de flores<sup>5</sup>  
y lámparas y candelas,  
y en redor arrodillados  
grupos de jóvenes rezan.

No están los rostros alegres,  
aunque pasó la tormenta,<sup>10</sup>  
y se mecen las barquillas  
tranquilas en la ribera.

Inequívoca señal  
de que alguna indócil pena  
a aquellas sencillas gentes<sup>15</sup>  
con duras garras aqueja.

En efecto, aquella noche  
despareció Graziella  
de la cabaña de Bempo,  
sin que donde es ida sepan.<sup>20</sup>

Allí está el anciano padre  
con la faz triste severa,  
su dolor inconsolable  
velando a los que le observan.

En vano la buscó triste<sup>25</sup>  
por el bosque y la ribera,  
y llevó el eco su nombre  
rodando de breña en breña.

En vano los pescadores,  
la débil loma deshecha,<sup>30</sup>  
en el golfo se internaron  
requiriendo la doncella.

Los amigos officiosos,  
ante tan amarga pena,  
cercan al anciano Bempo<sup>35</sup>  
rogando por Graziella;  
por eso están todos tristes,  
por eso no se consuelan,  
aunque ven huir las nubes  
y esparcirse las tinieblas.<sup>40</sup>

- II -

A volver van a sus redes  
los ágiles pescadores,  
que ya las luces del día  
bajan del lejano monte.

Ante la Madonna dicen<sup>45</sup>  
sus últimas oraciones,  
y se despiden de Bempo,

hasta la próxima noche;  
al salir, miran los árboles  
rotos por los aquilones,50  
que se destacan desnudos  
como fantasmas enormes.

Y a su Madonna bendicen  
contemplando el horizonte,  
que los matices del alba55  
bordan de tibios colores.

Ya el primer grupo salía  
por la vereda del bosque,  
cuando ven a Graziella  
venir seguida del joven.60

De su impaciente alegría  
en el lógico transporte,  
corren hacia la cabaña  
llamando al anciano a voces.

Y la dulce y fausta nueva65  
de boca en boca recorre  
el ámbito de la estancia  
sembrando grato desorden.

Apenas creyó el anciano  
la inmensa dicha que oye,70  
y en su báculo apoyado  
dejó su sillón de roble,  
y seguido de sus deudos,  
por el camino del bosque  
guió la trémula planta75  
hacia donde están los jóvenes.

- III -

Apenas al buen anciano  
apercibe Graziella,  
cuando a sus pies se arrodilla  
y humilde sus plantas besa.80

Lágrimas ardientes bañan  
sus mejillas de azucena,  
que al deslizarse a su seno  
parecen lluvia de perlas.

Las manos dirige al cielo85  
y los ojos a la tierra,  
y a su alabastrina espalda  
huyen de pavor sus trenzas.

De pie y con la frente baja  
el pescador detrás de ella,90  
el fallo adverso o propicio  
del airado Bempo espera.

Sin formular una frase  
la niña pálida y trémula  
quiere romper el silencio95

y sus palabras se niegan.

Que la mirada de un padre  
al hijo culpable hiela,  
y teme al adusto anciano  
la culpable Graziella.100

Al fin, después de un instante,  
a sus ansias hora eterna,  
puede desatar los lazos  
que aprisionaban su lengua,  
y levantándose triste,105  
y asiendo a su amante César,  
que dócil ante las plantas  
del anciano se prosterna,  
en voz alta, entre sollozos  
su crimen de amor confiesa,110  
interrumpiendo con lágrimas  
la narración de sus penas.

Oyó trémulo el anciano  
hasta el colmo de su afrenta,  
sin que calmara su cólera115  
su resignación inmensa;

y cuando tocaba el término  
la llorosa Graziella,  
y quiso buscar asilo  
en la protección paterna,120  
rechazándola el anciano,  
aunque el corazón le cuesta,  
y siente helarse la sangre  
que circula en sus arterias,  
con voz sombría les dice,125  
acentuando las letras,  
señalándola a los grupos  
que silenciosos la cercan:

-«¡Ved, honrados pescadores,  
la que fue mi Graziella!130  
¡Ved la que mancha las canas  
que brotan en mi cabeza!

»Báculo de mi vejez  
soñé en mis duelos que fuera;  
hoy es el puñal que rasga135  
con punta infame mis venas.

»Su madre vertiendo llanto  
me dijo en su hora postrera:  
¡Bempo, Dios a sí me llama,  
vela tú por Graziella!140

»Yo te crié en las virtudes  
y te enseñé a ser honesta;  
¿qué has hecho de aquella honra,  
de tu madre sacra herencia?...

»Y tú, joven insensato,145

que con mentidas promesas  
arrastrastes al abismo  
a esta perjura doncella,

»si esperas mi bendición,  
en vano joven la esperas,150  
que al que me robó la honra  
no diré bendito seas.

»¡Aún puedo vengar agravios  
aunque mi mano está trémula;  
si esto tu cólera incita,155  
aquí un anciano te espera!

»¡Que, vive Dios, que la vida  
tanto a mi dolor le pesa,  
que cortar su frágil hilo  
ni crimen ni agravio fuera!160

»Que un sacerdote os bendiga  
y que la suerte os proteja,  
pero ¡por esa Madonna!  
no piséis jamás mi puerta.

»¡No quiero bajo mi techo165  
los que tejieron mi afrenta,  
que me basta su recuerdo  
para amargar mi existencia!...»

Esto dice el pobre anciano  
con voz airada y severa,170  
haciendo un supremo esfuerzo  
que concluye con sus fuerzas.

Y cual si la última frase  
robara las que le restan,  
se desplomó entre los brazos175  
de los deudos que le cercan.

La réplica rencorosa  
se heló en los labios de César,  
que el rencor en la desgracia  
no cabe en las almas buenas.180

Y acorriendo al pobre anciano,  
unido con Graziella,  
aquellas honradas canas  
con amargo llanto riegan.

Pronto solícitos buscan185  
una cama de hojas secas,  
y cuidadosos colocan  
al anciano sobre ella,  
emprendiendo silenciosos,  
por la más próxima senda,190  
el camino de la choza  
donde hoy el dolor se alberga.

Hay una Virgen que vela  
por el pobre pescador,  
María del Mar se llama  
y es hermosa como un sol.  
ROGELIA

¿Qué hay en la choza de Bempo  
el anciano pescador,  
donde hace tan poco tiempo  
habitaba el sufrimiento  
y se albergaba el dolor?5

Al lucir el nuevo día  
sus poéticos albores,  
parece que la agonía  
se ha trocado en alegría  
y las lágrimas en flores.10

De la Madonna el altar  
llenan violetas y lirios,  
y entre arcadas de azahar,  
se ven las luces brillar  
de lámparas y de cirios.15

Todo ríe en derredor,  
el monte, el prado, las olas,  
la barca del pescador  
con su toldo de color  
y sus blancas banderolas.20

Prócida entera se apresta  
entre goces a cruzar  
de la playa a la floresta;  
Es la celebrada fiesta  
de la Madonna del Mar.25

No son las doncellas parcas  
en traer frutos y flores,  
y hasta de extrañas comarcas,  
abandonando sus barcas,  
bajan hoy los pescadores.30

Estos llegan entonando  
venecianas barcarolas,  
unos bajan conversando,  
otros se acercan pulsando  
sus cítaras españolas.35

Que en este día el pesar

de sus pechos se destierra,  
y procuran olvidar  
las borrascas de la mar  
y los duelos de la tierra.40

Como flores de color  
cubren las estrechas sendas  
del día al primer albor,  
conduciendo con fervor  
a la Virgen las ofrendas.45

Por el declive del monte  
bajando van las doncellas  
en grupos de formas bellas,  
como allá en el horizonte  
aparecen las estrellas.50

No lucen rubís ni plata,  
ni terciopelos ni tules;  
mas unen en mezcla grata  
con las faldas de escarlata  
corpiño y medias azules.55

En el caprichoso enlace  
de sus trenzados cabellos  
el céfiro se complace,  
y el sol que entre nieblas nace  
deja sus rayos en ellos.60

Hasta el prado se alborozaba  
bajo su alfombra de flores,  
y en que lo huellen se goza;  
que hoy descienden a la choza  
las hadas de los amores.65

Pronto músicas sonoras  
hacen resonar los vientos,  
y las bellas pescadoras  
forman danzas tentadoras  
al son de los instrumentos.70

En sus caprichosas danzas  
los jóvenes las persiguen,  
y las mutuas confianzas  
a las dulces esperanzas  
entre los amantes siguen.75

Todo a los goces se apresta  
en aquel feliz hogar,  
y en la playa y la floresta;

que es la celebrada fiesta  
de la Madonna del Mar.80

## CONCLUSIÓN

Lectora, si por mi dicha  
con estas páginas velas,  
y apuras hasta las heces  
de mis nocturnas leyendas,  
criticarás el olvido<sup>5</sup>  
en que dejé a Graziella,  
y en tu impaciente deseo  
motejarás al poeta.

Yo dócil a tus enojos  
bajo humilde la cabeza,<sup>10</sup>  
y vuelvo a tomar el arpa  
y a herir sus cansadas cuerdas,  
para que de aquellas cuitas  
el grato término sepas,  
si por fortuna en tu pecho<sup>15</sup>  
hallaron eco sus penas:

Bempo a fuerza de cuidados  
cobró la salud que anhela,  
y a César y Graziella  
concedió su bendición:<sup>20</sup>  
Volvió a nacer la alegría  
en aquel hogar dichoso,  
y el anciano generoso  
fijó el día de la unión.

Por eso Prócida entera<sup>25</sup>  
a dobles goces se apresta  
en la celebrada fiesta  
de la Madonna del Mar.

Que hoy las bodas se consuman  
de los jóvenes amantes,<sup>30</sup>  
y han de jurar ser constantes  
ante su sagrado altar.

Por eso doblan las músicas,  
las candelas y las flores,  
y se escapan los amores<sup>35</sup>  
en las alas del placer:

Por eso los pescadores  
descienden a la ribera  
con sonrisa placentera  
sus dádivas a traer.<sup>40</sup>

Allí está la hermosa niña  
junto a su gallardo amante,  
ostentando en su semblante  
su inmensa felicidad:

Y allí está el anciano Bempo<sup>45</sup>  
en su sillón reclinado,  
de sus años olvidado,  
imagen de la bondad.

En torno danzan los jóvenes  
o conversan bulliciosos,<sup>50</sup>  
tal vez tejiendo envidiosos  
sueños para el porvenir:

Y en tanto, nace el crepúsculo  
y se levantan las brumas,  
y el sol baja a las espumas<sup>55</sup>  
en celajes de zafir.

Lector, si al declinar alguna tarde  
de Prócida visitas la ribera,  
y subes a la rústica cabaña  
donde aún la Madonna se venera;<sup>60</sup>  
verás una doncella y un mancebo  
en el banco de roble de su puerta,  
que saldrán officiosos a ofrecerte  
solícitos su cántaro y su mesa.

Sus simpáticos rostros ilumina<sup>65</sup>  
la misteriosa luz de la tristeza:  
Son los hermanos huérfanos de Prócida,  
hijos del pescador y Graziella.

Todas las tardes, cuando el sol desciende,  
ante la Virgen por sus padres rezan,<sup>70</sup>  
y van a visitar sus pobres tumbas  
que cubren los cipreses de la huerta.  
Año 1870

Hojas secas : poesías  
Benito Más y Prat  
Marco legal

Una noche ante Écija  
Meditación

¡Tranquila noche! del Genil sonante



oigo lejanas murmurar las ondas,  
y el céfiro adormirse suspirante  
de las olivas en las verdes frondas.

Bajo el silencio, de reposo germen,<sup>5</sup>  
bajo los rayos que la luna envía,  
soñando dichas, descuidados duermen,  
los que pasaran afanoso el día.

¡Écija también duerme! sosegada,  
velándola sus torres altaneras,<sup>10</sup>  
del Síngilis tranquilo rodeada,  
cercado de olivares y praderas.

¡Salve, rica ciudad! patria querida,  
emporio un tiempo de comercio y gloria,  
mi inquieta mente lánzase atrevida<sup>15</sup>  
a hendir las sombras de tu regia historia.

Sonar oigo los remos turdetanos,  
y entre las ondas argentadas miro  
los estrechos läudes fenicianos  
con gondoleros de la rica Tiro;<sup>20</sup>

que, desplegando las tendidas velas,  
cambian adornos de coral y ágata,  
púrpuras rojas y preciosas telas  
por gruesas barras de luciente plata.

Ese sonar de trompas y alegría,<sup>25</sup>  
ese crujir de carros y armaduras,  
esas de deslumbrante pedrería,  
magníficas, bordadas vestiduras,

son de César triunfante las legiones  
que entran cuando despunta la mañana,<sup>30</sup>  
en anchos y apretados escuadrones,  
en su colonia firma astigitana.

Ese inmenso rumor y gritería  
es de la entusiasmada muchedumbre,  
que los juegos olímpicos veía<sup>35</sup>  
del sol poniente a la postrera lumbre;

o del nervioso atleta que sacude  
sus músculos de acero comprimidos,  
y vuelve, y torna, y a la lucha acude  
del público a los rudos alaridos.<sup>40</sup>

Esos arcos y altísima techumbre

que sostienen anchísimos pilares,  
esas ricas en oro y clara lumbre  
lámparas suspendidas a millares;

esos de bronce y jaspe y plata y oro,45  
ídolos y labrados ornamentos,  
ese danzar y deleitoso coro  
de garzones y dulces instrumentos.

Esas columnas de oloroso incienso  
que se evaporan en el éter vano,50  
son del regio, magnífico e inmenso  
templo, erigido al temeroso Jano.

Los siglos pasan... suena en mis oídos  
el choque del alfanje y el almete,  
los godos escuadrones son batidos55  
a orillas del funesto Guadalete.

De la ecijana trompa en la muralla  
escucho el ronco son bramando fiero,  
y el postrero rumor de la batalla  
en que el poder hispano sucumbiera.60

Cual al conjuro de hechicera maga  
aparecen palacios encantados,  
alzarse miro ante mi vista vaga  
arábigos alcázares calados.

¡Vedlos! de clara luna a los reflejos65  
se cuentan los esbeltos miradores,  
adornados de tersos azulejos,  
que elevan los espléndidos señores.

En sus moriscas y marmóreas salas  
lucen pebetes y orientales pomas,70  
y entre damascos y preciadas galas,  
búcaros frigios esparciendo aromas.

Escuchad... esos lánguidos cantares  
son de las incitantes prisioneras,  
al pie de los aromos y azahares75  
en el harén cercado de palmeras.

El grato son de guzlas y añafiles,  
el eco vivo de la alegre zambra,  
suena en alcázar de columnas miles,  
copia pequeña de la grande Alhambra.80

Y envueltos en los blancos alquiceles,

al pie moruno de las verdes rejas,  
con selanes de lirios y claveles,  
cuentan amantes sus sentidas quejas...

Écija, la cesárea, la romana,85  
gime postrada por extraña mano:  
del fenicio la perla turdetana  
brilla en el almaizar del africano.

Y pasan siete siglos de cadenas  
hasta que el rayo de la luz febea90  
baña en torres, alcázares y almenas  
el cristiano pendón que altivo ondea.

La Biblia con sus místicos fulgores  
eclipsa del Corán la luz sombría,  
y lanza sus divinos resplandores95  
la Cruz, donde la luna relucía.

Ya miro a los cristianos caballeros  
hacer piafar los nobles alazanes;  
en los peligros siendo los primeros  
y en los amores siendo los galanes.100

Ya las cañas corriendo delirantes,  
ya mil trovas ardientes entonando,  
ya luciendo en las justas elegantes,  
ya en plácidos festines volteando.

El palenque contemplo engalanado105  
de ricas en colores vestiduras,  
y el anchuroso circo enarenado  
de campeones lleno y armaduras.

Ya el agudo clarín llama a la liza  
y tiemblan las amantes hechiceras,110  
mientras el viento revolando riza  
sobrevestas, divisas y cimeras.

La liza acaba: el vencedor gallardo  
ante la bella póstrase de hinojos,  
que temblorosa cual naciente nardo115  
baja encendida los hermosos ojos.

Y entre suspiros que la leve brisa  
lleva indiscreta hasta el amante oído,  
cíñese el premio con galana risa,  
de perlas y zafiros circuido...120

Todo es amor y donosura y gloria,

todo riqueza y esplendor aduna,  
mas de esta regia y placentera historia,  
-¿Quédannos(8) restos o memoria alguna?

- II -

¿Dónde están los regios baños125  
de la orgullosa sultana,  
que al colorar la mañana  
el eunuco perfumó,  
con sus paredes de jaspe  
y sus mil caños de oro,130  
por donde el cristal sonoro  
bullendo se derramó?

¿Dónde los ricos harenes  
con hamacas y alhamíes,  
habitados por huríes135  
imágenes del placer:  
Con sus pintados jardines,  
con sus fuentes y sus flores,  
do alondras y ruiseñores  
se vienen a guarecer?140

¿Dónde la ardiente morena  
de negros, árabes ojos,  
de labios leves y rojos,  
de mórbida y tersa tez;145  
que envuelta en el blanco manto  
cuando la tarde caía,  
con su amante departía  
desde el moruno ajimez?

¿Dó la preciosa mezquita150  
donde el musulmán oraba  
cuando el mudden lo llamaba  
desde el alzado alminar?  
¿Dónde el arabesco alcázar  
de almenados torreones,155  
y los bravos escuadrones  
regidos por Ben-Azar?

¿Qué fue del altivo imperio  
que al león aprisionara,  
y que a la Europa asombrara160  
con su gloria y esplendor?  
¡Qué fue de sus trovadores!  
¡Qué fue de sus caballeros!  
¡Qué fue de tantos guerreros!  
¡Qué fue de tanto valor!165

Cayeron cual Herculano,  
Pompeya, Creta y Palmira,  
que el tiempo que raudo gira  
sólo tiende a devastar:  
y a su soplo gigantesco<sup>170</sup>  
volaron cual seca hoja  
que ronco huracán arroja  
entre las ondas del mar.

Mas, cual de la sabia Atenas  
y la grandiosa Nínive,<sup>175</sup>  
el recuerdo siempre vivo  
de su gloria y su poder:  
que de rüinas y escombros  
mil recuerdos se deslizan,  
que su pasado eternizan<sup>180</sup>  
en los fastos del saber.

¡Duerme, coqueta andaluza,  
en tu lecho reclinada,  
entre llores, arrullada  
por el sonante Genil!<sup>185</sup>  
Entre prados de esmeralda,  
entre verdes olivares,  
entre bosques de azahares  
que riza el aura sutil.

Duerme en tanto que despierto<sup>190</sup>  
sueño en tus horas pasadas,  
en tus glorias decantadas  
y en tu perdido esplendor;  
duerme, que la clara luna  
envuelve tu sombra vaga,<sup>195</sup>  
cual el traje de una maga  
de alabastrino color.

Duerme bajo el cielo bello  
andaluz, puro, gracioso,  
que el sol llena primoroso<sup>200</sup>  
de plata y oro y rubí:  
por la mañana de nácar,  
al medio día azulado,  
por la tarde arrebolado,  
y por la noche turquí.<sup>205</sup>

No mires que de mis ojos  
llanto amargo se desprende,  
mientras que la aurora tiende  
su celaje de arrebol;  
y despierta, que ya el alba<sup>210</sup>

gotas de aljófares llora,  
mientras risueño colora  
tus altas torres el sol.  
Año 1867

¡Más allá!  
Nocturno

Miro el valle andaluz lleno de flores  
donde huyó para siempre mi niñez,  
donde arrullaron mis primeros sueños  
las brisas perfumadas de la fe;  
donde un nombre, por grande incomprendible,<sup>5</sup>  
mi madre me enseñó a balbucear,  
y digo al evocar aquellas horas:  
¿Por qué no ha de existir un más allá?

Veo morir cuanto nace en torno mío,  
y nacer cuanto acaba de morir;<sup>10</sup>  
flujo y reflujo del Océano ronco  
que ha de envolverme en su oleaje al fin.  
Veo los seres dejar a nuevos seres  
el espacio que acaban de ocupar,  
y digo al sondear tanto misterio:<sup>15</sup>  
¿Es posible que exista un más allá?

Veo nacer el crepúsculo, vertiendo  
sus lágrimas de aljófara en la flor,  
y extenderse en las sábanas azules  
la deslumbrante clámide del sol,<sup>20</sup>  
contemplo a la viajera de la noche  
por campos de luceros caminar,  
y digo al abarcar el firmamento:  
¡Qué claro debe ser el más allá!

Oigo rodar el trueno, retumbando<sup>25</sup>  
al lucir el relámpago veloz,  
y mugir a las ondas turbulentas  
al empuje del áspero Aquilón.  
Miro el cielo cubierto por el manto  
lóbrego de la aciaga tempestad,<sup>30</sup>  
y digo meditando tristemente:  
¡Qué oscuro debe ser el más allá!

Tengo en mis brazos trémula y rendida  
la imagen seductora del placer;

en leve copa de cristal purpúreo<sup>35</sup>  
liban mis labios su sabrosa hiel.

Bajo el velo de un mórbido regazo  
siento un foco de vida palpitar,  
y digo en la embriaguez de los sentidos:  
¡No es posible que exista más allá!<sup>40</sup>

De una mujer en los azules ojos  
veo reflejarse el virginal amor,  
cual se refleja en el tranquilo lago  
la limpia estrella que precede al sol.

Su espíritu y mi espíritu se anegan<sup>45</sup>  
en un éxtasis puro y celestial;  
la avidéz de este goce no se sacia...  
¿Es que debe saciarse más allá...?  
Año 1871

## Una nube Oriental

-Ayer, ingrata Zulema,  
cuando fuimos a Bib-rambla,  
yo a vencer moros al circo  
y tú moras en las gradas,  
vi que al mirarte Gazul,<sup>5</sup>  
cuando en el palenque entraba,  
la rosa de tus mejillas  
se trocó en purpúrea dalia.

Ya sabes quién es Gazul,  
aquel zegrí que en las zambras<sup>10</sup>  
bravea vistiendo seda,  
y tiembla al ceñir la malla;  
el que por coger tu guante  
en el patio de la Alhambra,  
le crucé ante sus amigos<sup>15</sup>  
con mi manopla la cara.

No frunzas, Zulema, el ceño  
porque he leído en tu alma  
lo que a tu dueño le velas  
con tu sonrisa taimada;<sup>20</sup>  
que el color de las mejillas  
no en vano niña se cambia,  
y lo que ocultan los labios  
lo dice a veces la cara.

Y no digas que es mentira,<sup>25</sup>  
que sospecho que me engañas,  
y ante esta sola sospecha

tiembla mi alfanje en la vaina.

Que he jurado por Alá,  
si su aliento te profana,<sup>30</sup>  
suspender vuestras cabezas  
de los garfios de esa plaza.

Ayer al cruzar las calles  
de leve arena doradas,  
que el apacible Genil<sup>35</sup>  
al nacer las nieves baña,

hallé un selam primoroso  
formado de flores varias  
con las letras de tu nombre  
en una cinta azulada.<sup>40</sup>

Ese ramo es de Gazul,  
que sus pensamientos ata  
con una cinta de celos  
para que mejor te plazcan.

Pero ¡ay de el, si se convierte<sup>45</sup>  
esa cinta perfumada  
en un sangriento dogal  
que le oprima la garganta!

Cura que jamás espere  
bajo tu ajimez el alba,<sup>50</sup>  
ni lleve tu cifra al brazo  
cuando se jueguen las cañas.

Y cura que ni aun en sueños  
su nombre a tu labio salga,  
que en mi pecho está dormido<sup>55</sup>  
el áspid de la venganza.-

Esto dijo Abenamet  
mesando su luenga barba  
y llevando entre sus dedos  
los crespos rizados de rabia.<sup>60</sup>

Mas un beso de Zulema,  
que riendo le escuchaba,  
sobre un diván de Damasco  
muellemente reclinada,  
como el sol corta las nubes<sup>65</sup>  
cortó la duda en su alma,  
y serenose su frente  
que la tormenta anunciaba.

Pronto en el mórbido seno  
de la indolente sultana,<sup>70</sup>  
dobló Abenamet la frente  
con tranquila confianza.

Y el humo de los pebetes  
de la magnífica estancia,  
envolvió el amante grupo<sup>75</sup>  
en sus nieblas perfumadas.

Año 1871



A la luz de mi lámpara  
Nocturno

Lasciate ogni speranza.

DANTE

Otro día cayó por Occidente  
del crepúsculo al último reflejo,  
como los que pasaron por mi daño,  
se lleva otra ilusión de mis deseos.

¡Bien venidas, tinieblas de la noche,<sup>5</sup>  
que venís a traer sombra y silencio,  
y os revolvéis en torno de mi lámpara  
danzando a su tenaz chisporroteo!

¡Bien venidas... imágenes hermosas  
lanzasteis otras veces en mis sueños<sup>10</sup>  
ahora que no me cerca nada grato,  
qué me podéis traer sino tormento!

Yo ese presente de dolor y lágrimas  
que venís a traer, sumiso acepto,  
he sido tan feliz que apuré el néctar;<sup>15</sup>  
réstame la cicuta y el ajenjo.

¡Ay del que el vaso de la vida apura  
con insaciable labio en poco tiempo!  
¡Ay del que penetrar pródigo ansía  
de un arcano insondable los secretos!...<sup>20</sup>

La vida es esa lámpara que oscila  
cubierta por cristal frágil y terso,  
que guarece a su llama de los aires  
dejándole a la luz espacio abierto.

Rompe el vidrio de verla codicioso<sup>25</sup>  
la mano de un rapaz loco y travieso,  
y aquella luz que ha poco deslumbrara,  
la mata un soplo de importuno viento.

Así todas mis gratas ilusiones,  
como débiles luces se perdieron;<sup>30</sup>  
dejando el corazón en las tinieblas  
al romper el cristal de los misterios.

Y así, a la luz opaca de mi lámpara,  
cuando mi ávida sed de goces siento,  
me complazco en mover polvo y ceniza<sup>35</sup>  
que es lo que resta del antiguo fuego.

De este montón de trémulas pavesas  
se alzan algunas veces los recuerdos,  
arrastrando las clámides de nácar  
con que en los lagos del olvido dieron.<sup>40</sup>

Y desfilan con formas encantadas  
del foco de mi lámpara surgiendo,  
con lánguido vaivén girando en torno,  
como el tropel de huríes de los cuentos,  
las primeras caricias de mi madre,45  
que mi cuna meciera sonriendo;  
la primera amapola que a mi paso  
se ofreció, al escapar tras un insecto;  
el son de la campana melancólica  
que nos llamaba por la tarde al templo,50  
y la elevada cúpula, que alzaba  
la voz de las plegarias al Eterno;  
la impresión religiosa que en mi ánimo  
hizo brotar la noche y el silencio,  
al contemplar el globo de la luna55  
deslizarse por campos de luceros;  
la imagen que en sus ráfagas de plata  
descendió de la bóveda del cielo,  
envuelta en leve túnica, a mis ansias  
con labio de claveles sonriendo;60  
el descompuesto cuadro de la orgía  
en que lucha el espíritu y el cieno,  
y ávido busca el corazón caricias,  
y pábulo el placer y los deseos;  
las notas de la alegre serenata65  
en que dicen amor los instrumentos,  
al sorprender a la dormida virgen  
que se reclina en el velado lecho,  
todo en torno de mí gira y se mueve  
de la luz a los pálidos reflejos,70  
movido por la mano caprichosa  
que evoca el torcedor de los recuerdos.  
A mi pesar entonces surge el llanto,  
y van a aquella edad mis pensamientos,  
y a aquellas alegrías mis pesares,75  
y a aquellas esperanzas mis deseos.  
En vano por matar dichas pasadas  
¡que nunca vuelven dichas que se fueron!  
sigo del Dante el paso tenebroso,  
o las fábulas bélicas de Homero.80  
En vano es que medite con el Fausto  
de las ciencias ocultas los misterios,  
o que con Milton cruce el paraíso,  
por la divina maldición desierto;  
o suba con el Tasso a tierra santa85  
tras el pendón del bravo Godofredo,  
explorando las selvas encantadas  
que habitaba el gigante Briareo;  
en vano es que en arábigas leyendas  
penetre en el alcázar opulento,90

de arcos moriscos y calados pórticos  
velados por damasco y terciopelo.

Siempre la realidad vierte a tocarme  
con su inflexible y descarnado dedo,  
y al quemarse el aceite de mi lámpara<sup>95</sup>  
conozco que a mis lágrimas me vuelvo.

La oscuridad siniestra me rodea,  
no distingo en redor ni un sólo objeto,  
y al velarme las páginas del libro  
me descubre la sombra de mis duelos.<sup>100</sup>

Entonces, de luchar desfallecido,  
húmedos de dolor los ojos cierro,  
y abandono la frente sobre el brazo  
y el golpe triste de las horas cuento,  
hasta que el ángel del reposo amigo<sup>105</sup>  
sus perezosas alas va tendiendo,  
y restaura mis miembros fatigados  
con su copa de plácido beleño.  
Año 1869

La luna de primavera

A...

- I -

Del vespertino celaje  
a la vislumbre postrera,  
ríela en el oleaje  
y se quiebra entre el ramaje  
la luna de primavera.<sup>5</sup>

¿Ves, Lola?... su disco sube  
por detrás de aquel otero,  
no lo mancha ni una nube;  
yo contemplándolo estuve  
desde el opuesto sendero.<sup>10</sup>

Hiende las húmedas brumas  
su lumbre que se dilata;  
y al matizar las espumas,  
finge góndolas de plumas  
deslizándose entre plata.<sup>15</sup>

Bajo su diáfano velo  
de húmedo y flotante tul,  
se desliza el arroyuelo,  
copiando del claro cielo  
el melancólico azul.<sup>20</sup>

Y entre la alfombra tendida  
junto al río y la pradera,  
la florecilla escondida  
contempla ansiosa de vida  
la luna de primavera.25

Todo a su fulgor acrece,  
todo a su luz se levanta;  
el árbol sus frondas mece,  
la rosa en su tallo crece,  
el ave en su nido canta.30

El césped cubre los prados  
y los musgos la montaña;  
ni en los palacios dorados  
hay más lujosos bordados  
que en la mísera cabaña.35

Hay pórticos de esmeralda,  
pabellones de jazmines,  
y sobre estrados de gualda,  
alcatifas de carmines  
puestas del monte en la falda.40

Sobre las cuales triscando  
corre la tímida oveja  
cuando el sol va declinando,  
y el pastor marcha, entonando  
alguna rancia conseja...45

¡Qué hermosa, Lola, es la vida  
en esa estación primera  
aromática y florida!  
¡A cuántos goces convida  
la luna de primavera!50

- II -

Ya las primeras nieblas del otoño  
envolvieron los árboles del bosque,  
bajando a lo profundo de los valles  
y subiendo a lo alto de los montes.

Ya huyeron las pintadas golondrinas55  
en alegre bandada a otras regiones;  
ya en el prado no triscan las ovejas  
ni nacen entre céspedes las flores.

Lola, pasó la hermosa primavera,  
la estación de la luz y los amores;60

ya no gime aromática la brisa  
ni los pájaros cantan en el bosque.

La luna que rodaba por la esfera  
más opaca en sus ráfagas tornose,  
y en el triste crepúsculo aparece,<sup>65</sup>  
y entre nubes plumizas se recoge.

La efoliación da ramas al torrente,  
que ronco muge y desbordado corre,  
arrastrando en sus ondas tiernos álamos  
y batiendo los troncos de los robles.<sup>70</sup>

Espiraron las tardes del estío  
con sus nubes de trémulos colores,  
cual las notas del arpa de los silfos  
al escapar las horas de la noche.

Pasaron como pasan las imágenes<sup>75</sup>  
que forjaron los sueños seductores,  
como pasa el recuerdo de un paisaje  
que viéramos por mágico resorte.

Como pasan los goces de la vida  
cuando acaba la edad de los amores<sup>80</sup>  
y la verdad desnuda se presenta  
a deshacer las gratas ilusiones...

- III -

Miento, Lola, que a las nieves  
suceden otra vez flores,  
y vuelven los cien colores<sup>85</sup>  
de la pasada estación;  
y vuelven las golondrinas  
a anidar en los jardines,  
y vuelven los colorines  
a entonar nueva canción;<sup>90</sup>

y vuelve ese sol ardiente  
que dora la verde espiga,  
y vuelve la enana hormiga  
sus acopios a empezar:  
y vuelven los arroyuelos<sup>95</sup>  
que saltan de piedra en piedra,  
mojando la verde yedra  
y murmurando al saltar.

Mas si una ilusión querida  
el corazón abandona,<sup>100</sup>  
es herida que se encona

y no cesa en su dolor:  
herida que en vano toca  
el dedo de la esperanza,  
para la que no se alcanza<sup>105</sup>  
bálsamo consolador.  
Año 1867

¡Horas que huyen!  
Nocturno

Miro en redor de mí y hallo la sombra,  
nada me resta ya:  
¿Por qué pasan las horas tan ligeras  
y no vuelven las horas que se van?

Como antes surgen las purpúreas flores<sup>5</sup>  
y hay en el cielo nubes de arrebol,  
lanza la estrella trémulos fulgores,  
nace la luna, y se levanta el sol.  
Tras su nido la dócil golondrina  
vadea el ancho mar;<sup>10</sup>  
da el árbol frutos, néctares la abeja;  
¡y no vuelven las horas que se van!

¡Corred, horas, corred, no sois aquellas  
que envidiaron mis noches de placer!  
Ya os lo dirían si volvieran ellas...<sup>15</sup>  
¡Pero, inútil afán, no han de volver...!  
Pasa el placer como en oscura noche  
relámpago fugaz;  
guía al sepulcro el hilo de la vida,  
¡¡y no vuelven las horas que se van!!<sup>20</sup>  
Año 1868

Al sueño

La vida es sueño.  
CALDERÓN

¡Sueño, ser misterioso,  
que mis párpados cierras y acaricias,  
turbando mi reposo  
con tu corte de imágenes ficticias!

¿Por qué la sombra pueblas<sup>5</sup>  
de tus engendros vanos,  
y te envuelves en gasa de tinieblas,  
y se pierde la ciencia en tus arcanos?  
¿Por qué la inmensa cripta de los tiempos  
dócil te presta sus dolientes sombras<sup>10</sup>  
y sus fantasmas rojos,  
y al mísero mortal punzas y asombras  
haciendo que desfilen a sus ojos?  
¿Por qué traes de la mano al duro lecho  
nuestras más deliciosas ilusiones,<sup>15</sup>  
y haces que lata sin cesar el pecho  
al choque de encontradas sensaciones?  
¿Qué fuerza te hace dueño del espacio?  
¿Qué Silfo te acompaña,  
vertiendo el triste insomnio en el palacio<sup>20</sup>  
y el bálsamo tranquilo en la cabaña?  
He allí al sabio fisiólogo abismado  
en estudiar tu misteriosa esencia,  
páginas enigmáticas revuelve  
con la avidez sin freno de la ciencia;<sup>25</sup>  
su lámpara que oscila  
por el viento azotada,  
alumbra su mejilla descarnada  
y su ardiente pupila:  
Ya tu dedo le toca,<sup>30</sup>  
un bostezo se escapa de su boca,  
dobla en el brazo la cabeza inerme  
lucha con tu sopor y al fin... se duerme.  
Entonces tú te burlas de su ciencia  
y ciñendo su sien de adormideras,<sup>35</sup>  
le llevas extasiado y afanoso  
en pos de tus fantásticas quimeras;  
los más torpes engaños  
apura, como un tierno adolescente  
sin recordar la nieve de los años,<sup>40</sup>  
y tal vez frunce al despertar el ceño  
porque huyen las mentiras de su sueño.  
En vano es que el mortal en su locura  
pugne por sondearte y comprenderte:  
¿Quién hay que huella la colina oscura<sup>45</sup>  
que está cerca del valle de la muerte...?  
Mi espíritu me dice que tu yugo  
se extiende a la materia solamente.  
¿Quién sabe si la vida de las almas  
será un sueño de luz eternamente!<sup>50</sup>  
¡Antes que el sueño último acaricie  
nuestra sien dolorida  
con su beso de hielo,  
cuántos color de cielo

se habrán desvanecido en nuestra vida!55  
Un tiempo, yo soñaba  
en un mundo de suave transparencia,  
donde se deslizaba  
fugaz mi adolescencia,  
como ese río que hacia el mar camina60  
besándole los pies a la colina.  
Aquel globo de luz tenía sus soles,  
sus trémulos ejércitos de estrellas,  
sus mañanas espléndidas y bellas,  
y sus tardes teñidas de arboles.65  
A mi paso surgían  
gloria, amistad y amores,  
como lascivas flores  
que para mí en la tierra se mecían;  
y desperté: y los fáciles placeres70  
en duelos se trocaron;  
las hadas en mujeres  
falsarias, cuyos brazos  
impúdicos tendieron torpes lazos;  
la gloria en negro infierno75  
de envidia, y los amigos  
en cáfila alevosa de enemigos.  
Y ya la aurora que al nacer asoma  
coronada de nácar sobre el monte,  
y la tarde que cae80  
tiñendo de arbol el horizonte,  
triste fue para mí; y el limpio lago  
y la arboleda umbría,  
y el valle delicioso  
donde daban las aves su armonía,85  
como al venir las nieblas del otoño  
de brumas se cubrieron,  
y las hojas cayeron,  
y las aves callaron sus amores,  
y en el celaje azul palidieron90  
las matizadas nubes de colores.  
Desde entonces camino por la tierra  
llena de duelo eterno;  
cual el proscrito errante,  
que lleva sobre el alma como Dante95  
todo el peso insufrible del Infierno.  
¡Y aquel sueño fatal, aún aparece  
a turbar de mis noches el sosiego,  
y como fatuo fuego  
si vuelvo a despertar se desvanece!100

\*\*\*

¡Sueño, yo te perdono! Tú no sabes  
todo el mal que me has hecho.  
¿Qué más pudiste hacer que de risueñas



imágenes cercar mi triste lecho?  
Si el hombre en su locura<sup>105</sup>  
quiere hallar realidades  
en las dichas soñadas,  
¿a quién se queja de su daño cierto  
cuando el engaño conoció despierto?  
Sigue, huésped nocturno, tu carrera,<sup>110</sup>  
y déjame rendido,  
con tu copa de dulce adormidera,  
descansar en la gruta del olvido.  
Puesto que árbitro eres  
de pesares y goces<sup>115</sup>  
que con el alba escaparán veloces,  
llega, llega a las plumas  
donde vela el tirano,  
y dile que en el mármol de su pórtico  
duerme su pobre hermano;<sup>120</sup>  
dile que es la grandeza de la vida  
movediza pirámide de arena,  
y que el manto de perlas y oro lleno  
suele hacerse girones en el cieno.  
Di a la hermosa mujer que en limpia luna<sup>125</sup>  
cubre sus formas de crujiente seda,  
y sus trenzas de flores;  
que cuando el tiempo rueda  
y siembra hilos de plata en los cabellos  
no brillan las diademas sobre ellos;<sup>130</sup>  
que el nardo perfumado  
marchito cae a su contacto helado.  
¡Mas no llesves al lecho  
de la casta doncella  
tu cohorte de sombras tentadoras<sup>135</sup>  
ni tus mentiras de color de fuego;  
no levantes la gasa misteriosa  
que ante el abismo de los goces tiende  
la débil inocencia;  
déjala dormitar sobre la blanda<sup>140</sup>  
pluma, y la limpia sábana de holanda.  
Si ha de venir la luz, si ha de tocarse  
la helada realidad cuando amanezca,  
¿por qué dichas traer? Si sólo es humo  
que la brisa del alba ha de llevarse<sup>145</sup>  
la blanca aparición que en la penumbra  
sobre el ardiente foco se destaca,  
¿por qué alzar en el alma una armonía,  
que ha de apagarse al despuntar el día?  
Deja, deja al poeta<sup>150</sup>  
siempre en tus brazos descansar soñando  
y no le esquives nunca tu beleño,  
déjale con sus mitos conversando

puesto que sabe que la vida es sueño,  
y antes que vea su ilusión perdida,155  
si anhelas que despierte,  
enlaza el breve sueño de su vida  
con el eterno sueño de la muerte.  
Año 1871

Luz y sombra  
Nocturno

Cuando te vi y te amé por vez primera,  
soñé con ansia loca  
acariciar tu rubia cabellera,  
tener mis labios cerca de tu boca.  
Realizose aquel sueño del deseo5  
en los primeros hálitos de amor.  
¡Y desde entonces afligido veo  
cuán cerca del placer está el dolor!

Cuando lejos de ti suspiré un día  
mis lágrimas saltaron,10  
nadie las enjugaba en mi agonía  
y en su acíbar mis horas empaparon.  
Arrastrome la lava del deseo  
y ansioso conseguí volverte a ver,  
y desde entonces resignado veo15  
cuán cerca del dolor está el placer.  
Año 1867

Noche triste  
Nocturno

Y el tiempo escapará con sus fugitivas  
realidades, cuya rápida existencia mide él mismo.  
LAMENNAIS

Estoy cerca de ti, tu blanca mano  
oprimo entre las mías con delirio;  
todo un mundo de goces e ilusiones  
en tus purpúreos labios adivino.  
De tus hermosos ojos los destellos5

vienen a herir candentes a los míos,  
mientras tu puro seno se conmueve  
del corazón al trémulo latido.

¿Qué más felicidad? Tuya es mi alma,  
como es tuya la dicha que ahora libo,<sup>10</sup>  
como es tuya mi vida y mi esperanza,  
como es tuyo este amor por quien respiro.

¿Por qué tristes mis ojos te contemplan,  
a ti, germen de plácidos delirios?

¿Por qué amargura de mis labios brota<sup>15</sup>  
cual brotan ondas del revuelto río?

¿Por qué fúnebres ecos dolorosos  
las tenues brisas traen a mis oídos?

¿Por qué esa luna que las nubes rasga  
no da a mis tristes horas luz ni alivio...?<sup>20</sup>

¿No soy feliz? ¿No miro en esos ojos  
todo un cielo de amor y de cariño?

¿No leo en las frases que tu labio dice  
un tesoro de fe para conmigo...?

¿Qué tengo? ¿qué me falta? ¿qué deseo?<sup>25</sup>

¿Por qué triste me quejo del destino,  
contemplando esos rayos que se quiebran  
en las hermosas ondas de tus rizos...?

¡Bello presente! porvenir dorado...  
Mas ¡ah! perdona, porvenir he dicho,<sup>30</sup>  
esa es la frase que mi sueño ahuyenta,  
por eso sólo a mi pesar me aflijo.

¡Horas del porvenir, no más ciñáis  
de fúnebre crespón los sueños míos;  
dejadme una esperanza bienhechora<sup>35</sup>  
que calme mi ansiedad y mi martirio!

Ya vislumbro tal vez en lontananza  
la cadena del bárbaro destino,  
que crüel me separa de tus brazos  
despreciando mi llanto y mi delirio.<sup>40</sup>

De nuestras noches de placer y amores  
sólo recuerdos quedarán perdidos;  
como la luz de la tranquila tarde  
al asomar el astro vespertino.

¡Oh! el llanto en vano asomará a mis ojos,<sup>45</sup>  
en vano el pecho me dará suspiros,  
que hasta los labios subirán ahogados  
para ser en su fuego consumidos.

¡Horas del porvenir! por descifraros,  
por ver lo que guardabais escondido,<sup>50</sup>  
diera las horas de intranquila duda  
en que muriendo en mis insomnios vivo.

Año 1866

A...  
Serenata

La pálida luna se quiebra en tu reja  
la noche nos brinda balsámica gasa,  
allá sobre el río se escucha el suspiro  
del pobre barquero que guía su lancha.

El céfiro mueve las flores del carmen,<sup>5</sup>  
las aves nos dicen sus quejas en cántigas,  
el claro arroyuelo se quiebra entre guijas,  
fingiendo cambiantes y espejos de plata.

¿Me quieres, hermosa...? acerca tus labios,  
que secos los míos por ellos se abrasan,<sup>10</sup>  
¡un beso tan sólo...! y por un solo beso  
te diera mi plectro, mi vida, mi alma.

Di, ¿qué nos importa que el mundo se empeñe  
corriendo incansable en pos de fantasmas?  
Amémonos siempre, que amor es el néctar<sup>15</sup>  
del triste destierro que Dios nos señala.

¿Qué brinda la tierra que no sea mentido?  
¿Qué brinda este mundo que no sea una farsa?  
¿Qué goce encontraste que no esté cercado  
de vastos abismos, de luto y de lágrimas?<sup>20</sup>

¡Ven...! toquen tus rizos mi pálida frente,  
apoya en mi seno tu rostro de nácar;  
soñando delicias nos halla la noche,  
soñando delicias vendrá la mañana.

Yo bebo en tus labios los sueños de rosa,<sup>25</sup>  
que en torno a mi lecho sonrén y vagan;  
yo aspiro en tu aliento los tenues perfumes  
que traen en sus pliegues las trémulas auras.

¡Cuán bella es la noche, cuán bella es la vida!  
Contempla ese cielo, contempla esas ráfagas<sup>30</sup>  
de luz apacible, que dan las estrellas  
tranquilas bañando la bóveda sacra.

¿No ves cuál sonrén los lirios azules  
al ver que los huella tu cándida planta?  
¿No ves a los peces venirse a la orilla<sup>35</sup>  
dejando por verte su lecho de lamas?

¡Oh! ven, que tus rizos perfumen mi frente,  
apoya en mi seno tu rostro de nácar;  
soñando delicias nos halla la noche,  
soñando delicias vendrá la mañana.<sup>40</sup>

Año 1866

## Nocturno

### Herschell os contará cuántas estrellas

pasan fugaces en la noche umbría;  
adónde va la nebulosa vía,  
y adónde paran su carrera ellas.  
Oda a la Inteligencia.

- I -

¿Qué fugitivas chispas luminosas  
lucen y pasan, rápidas brillando  
cual la estela fosfórica que deja  
la góndola al cruzar el Adriático?

¿Son mundos que han llegado a su apogeo<sup>5</sup>  
y el soplo del Señor los ha lanzado  
por el ámbito inmenso del vacío  
a hundirse en los abismos del pasado?

¿Son estrellas que buscan otro cielo,  
o ejército falaz de fuegos fatuos,<sup>10</sup>  
que vagan por las sábanas azules  
llevándoles sus luces a otros astros?

¿Son vírgenes que cruzan con sus lámparas  
los etéreos alcázares velados,  
o esperanzas que huyeron de la tierra<sup>15</sup>  
y a la mansión de luz se refugiaron?

¿Quién marcará la esencia de esos globos  
que cruzan por el campo dilatado  
donde mora la luna! ¿quién el término  
sabe donde sus órbitas hallaron!<sup>20</sup>

¡Oh, con qué melancólica amargura  
veo cruzar esas chispas el espacio,  
despareciendo en la celeste bóveda  
como ilusión de los primeros años!

Mi ávida vista su camino sigue,<sup>25</sup>  
la imperceptible estela rastreando,  
creyendo en loco afán que ha de seguir las  
hasta el fin que el Señor les ha marcado.

Pero desaparecen en las sombras  
como la flecha que escapó del arco;<sup>30</sup>  
¿quién las podrá seguir en su camino!  
Allá van en la atmósfera rodando...

¡Mirad aquel lucero! brilla fijo  
como piedra preciosa en regio manto,  
suspendiendo la vista con sus ráfagas<sup>35</sup>  
y vertiendo la copia de sus rayos.

¡Qué luces! ¡qué cambiantes y matices  
que las tintas del iris envidiaron,  
lanza aquel débil átomo perdido  
en el mar insondable del espacio!<sup>40</sup>

Su brillo melancólico suspende  
a la tímida virgen que, soñando  
en sus noches de amores, hacia el cielo  
dirige la mirada suspirando.

En él encuentra plácidos recuerdos<sup>45</sup>  
y ante él derrama el abundoso llanto,  
creyendo que desciende de su foco  
el consuelo que buscan sus quebrantos.

A él confía los goces que ambiciona  
y se olvida del lecho no tocado,<sup>50</sup>  
por conversar con el lucero hermoso  
que su pálida frente está besando.

¡Qué dulces confianzas! ¡qué suspiros!  
¡Qué tiernas quejas del amante ingrato  
dice la niña al trémulo lucero<sup>55</sup>  
que parece escucharlas extasiado!

Tanto teme la hermosa que se oculte  
y que luzca la aurora teme tanto,  
que suplica a la noche que no huya  
y al sol que no abandone el Océano.<sup>60</sup>

Mas ¡oh dolor! cuando en su luz se mira,  
como la adelfa en el tranquilo lago,  
huye el lucero por la azul techumbre  
rápido como súbito relámpago.

En vano sigue con dolientes ojos<sup>65</sup>  
la hermosa virgen el brillante rastro...  
¡Allá desapareció en el horizonte  
su confesión de amores despreciando!

Huyó como su bien, como sus goces,  
como las horas de sus tiernos años;<sup>70</sup>  
¡sin escuchar sus dolorosas cuitas,  
sin recoger las perlas de su llanto!

¡Ay! hasta las estrellas  
desprecian al cuitado  
que pasa desvelado<sup>75</sup>  
las horas de la noche en la inquietud.

¡Ay! hasta las estrellas  
que moran en el cielo,  
tienen para su duelo  
inconstancia, desdén e ingratitude.<sup>80</sup>

Estrellas o ilusiones  
brillan sólo un momento,  
hojas que lleva el viento  
entre sus alas rápidas al mar;  
con sus radiantes luces<sup>85</sup>  
deslumbran nuestra alma,  
y róbannos la calma  
apenas han cesado de brillar.  
\*\*\*

Estrellas que fugaces  
corréis por el espacio,<sup>90</sup>  
cual globos de topacio  
entre velos diáfanos de tul:  
Decidme ¿dónde vais  
rápidas por la esfera?  
¿Qué término os espera<sup>95</sup>  
en el inmenso pabellón azul?

Como lluvia de plata  
huir os vi veloces,  
así huyeron mis goces,  
así mis tristes horas huirán:<sup>100</sup>  
¡Pasan, pasan las horas!  
¡Corren, corren los años!  
¡Y vienen los engaños  
y las estrellas plácidas se van!  
Año 1869

En el Adriático  
Barcarola

- I -

La luna va iluminando  
la solitaria ribera;  
veneciana batelera,

acércame tu bajel:

Que quiero, viendo la estela<sup>5</sup>  
que deja sobre las olas,  
escuchar tus barcarolas  
reclinándonos en él.

Boga, boga,  
batelera,<sup>10</sup>  
la ribera  
abandona sin tardar;  
mueve aprisa  
el frágil remo,  
que no temo<sup>15</sup>  
en tu esquife naufragar.

Al perderse sobre el lago  
tus cántigas sensüales,  
sus palacios de corales  
dejan los genios del mar;<sup>20</sup>  
y tritones y nereidas,  
en grupos voluptuosos,  
se detienen silenciosos  
a ver tu esquife pasar.

Los reinos baten las olas<sup>25</sup>  
al impulso de tu brazo,  
y tu mórbido regazo  
hace el cansancio mover;  
de esa ondulación tranquila  
un raudal de goces brota.<sup>30</sup>  
¡Deja que beba una gota  
de ese raudal de placer!

¡Oh, qué noche tan hermosa!  
¡Cómo la brisa taimada  
por tu aliento saturada<sup>35</sup>  
viene mi frente a orëar!  
¡Cómo el tranquilo Adriático  
tus contornos celestiales  
en sus móviles cristales  
se complace en reflejar!<sup>40</sup>

Allá a lo lejos, Venecia  
alza sus torres agudas,  
cual grupo de sombras mudas  
perdidas en el azul.

Cuyos ojos relucientes,<sup>45</sup>  
en las tinieblas brillando,  
van de chispas salpicando  
de la bruma el denso tul.



Allí se agitan pesares,  
promesas, citas, desvíos,50  
estocadas, amoríos,  
decepciones y dolor:  
Aquí, bajo el cielo mudo,  
sólo tu canto resuena,  
que el mar se apaga en la arena55  
para escucharte mejor.

Boga, boga,  
batelera,  
la ribera  
abandona sin tardar;60  
mueve aprisa  
el frágil remo  
que no temo  
en tu esquife naufragar.

- II -

Nada turba nuestra dicha,65  
deliciosa veneciana;  
tarda la fresca mañana,  
la noche mediando va:  
Sean testigos las estrellas  
de nuestro amoroso lazo;70  
toma en arras este abrazo,  
en él mi dádiva está.

¡Dejas inmóvil el remo,  
callas, tiemblas, te sonrojas;  
sobre ese abismo deshojas75  
de tu prendido la flor!

En tus pupilas azules  
candentes símbolos leo,  
¡fingiéndote está el deseo  
las delicias del amor!80

¿Qué sopor voluptuoso  
a enervar tu ser empieza?  
¿Sobre el seno la cabeza  
dejas lánguida inclinar?

Un sueño de amor abrasa85  
tu frente calenturienta,  
¡ven, que yo ese sueño sienta  
también mi frente abrasar!

¿Qué te importa que a lo lejos  
se alcen torres y atalayas,90  
y faros, puertos y playas

esperen nuestro bajel?  
¿Qué te importan las ciudades  
donde los hombres habitan,  
ni los cuidados que agitan<sup>95</sup>  
el cieno del mundo aquel?

Sobre estas frágiles tablas  
se mece el placer, hermosa;  
esa luna silenciosa  
reina de la soledad,<sup>100</sup>  
bendice nuestros amores,  
y por mostrársenos grata  
con pabellones de plata  
decora la inmensidad.

Esta copa cristalina<sup>105</sup>  
que ardiente licor encierra,  
los fantasmas de la tierra  
hará en torno aparecer;  
y sobre el mar transparente  
se alzarán regios alcázares,<sup>110</sup>  
que perlas, coral y nácares  
ostentarán por doquier.

Bálsamo de los recuerdos  
son sus gotas olorosas;  
en blando lecho de rosas<sup>115</sup>  
nuestro esquife trocará:  
y como el ave marina  
huye al divisar la vela,  
el dolor que te desvela  
temeroso escapará.<sup>120</sup>

Rubí, cristal y topacio,  
en delicioso conjunto,  
veré unidos en un punto  
de la ardiente libación:  
y con el húmedo raso<sup>125</sup>  
de tu boca de ambrosía,  
vendrás a sellar la mía  
en amorosa expansión:

¡Ya en el marfil de tu mano  
la copa candente veo!<sup>130</sup>  
¡Ya las auras del deseo  
rasgan tu casto cendal!  
¡Ya eres mía! como el río  
es del mar donde se arroja,  
como la trémula hoja<sup>135</sup>  
es del ronco vendaval.

¿Qué es el mundo sin placeres?  
¿Qué es la vida sin amores?  
¡Triste cadena de flores  
sin perfumes ni color!140  
Cauce sin linfa ni juncos,  
carmen sin fresas ni pomas,  
espesura sin palomas,  
cítara sin trovador.

Bebe, bebe, veneciana,145  
apuremos nuestra orgía  
antes que comience el día  
el celaje a iluminar.

Que si nos hiere el hastío,  
tendremos para consuelo150  
sobre nuestra frente el cielo  
y a nuestras plantas el mar.  
Año 1871

## Misterio Meditación

¿Sabéis lo que es misterio? el ser incomprensible  
que manda a los relámpagos la atmósfera cruzar,  
el que las aguas vuelca del rápido torrente  
y enciende los luceros y enfrena el ronco mar.

El que los rayos lanza sobre la añosa encina5  
o la derriba al soplo del súbito aquilón,  
el que de azul colora la bóveda del cielo  
o cuando rueda el trueno la cubre de crespón.

El que los astros cuelga de etéreas techumbres,  
y al día y a la noche da luces y color;10  
y plumas a las aves, y espigas a los campos,  
y a los naranjos frutos y a las acacias flor.

El que vistió la rosa con traje de escarlata,  
el que empapó en perfumes su cáliz virginal,  
el que las piedras nutre con átomos de oro15  
y el fondo de los mares con nácar y coral.

Misterio es el principio y el fin de cuanto nace,  
lo que el espacio oculta tras el brillante sol,  
lo que sin tregua impulsa la máquina del mundo,

lo que sin tregua escapa del sórdido crisol.20

\*\*\*

¿Sabéis lo que es misterio? es la mirada  
de la mujer que nuestro sueño evoca,  
la perla de sus ojos arrancada  
y el beso perfumado de su boca.

La gasa pudorosa y trasparente<sup>25</sup>  
que vela el suave armiño de su pecho,  
la atmósfera aromática y candente  
que se respira en torno de su lecho.

¿Sabéis lo que es misterio? es el suspiro  
de la virgen que sueña en los amores,<sup>30</sup>  
que no ha cruzado aún en torpe giro  
por sus valles de ortigas y de flores.

La inocencia fugaz que se evapora  
como el agua de un búcaro en el fuego,  
al tocar una boca tentadora<sup>35</sup>  
en el delirio de inocente juego.

Es el último adiós de dos amantes  
que separa un revés de la fortuna,  
los pliegues de esas nieblas ondulantes  
y los trémulos rayos de esa luna.<sup>40</sup>

Lo que encierra esa bóveda estrellada  
con sus nubes y vagas auréolas,  
lo que oculta esa sábana azulada  
entre el vaivén violento de sus olas.

¡Misterio! ese es el silfo que me inspira<sup>45</sup>  
cuando en la noche lloro mis querellas,  
y acaricio las cuerdas de mi lira  
a la argentada luz de las estrellas.

La llama de mi lámpara que oscila,  
por su invisible espíritu azotada,<sup>50</sup>  
hiere con sus cambiantes mi pupila  
en un marco de fuego trasformada.

Y al avanzar sus ráfagas medrosas  
hasta tocar los ángulos oscuros,  
graba de luz imágenes hermosas<sup>55</sup>  
al deslizarse por los pardos muros.

Son las escenas que el misterio vela  
y que sólo la luna ha vislumbrado,  
cuando en la noche plácida riela

en el mar perezoso y sosegado.60

La primera de amor rápida hora  
que cayó en el torrente del olvido,  
pasada en confianza halagadora  
en unos brazos mórbidos mecido.

La reja de la joven andaluza65  
por un rayo de luna iluminada,  
cuando el mancebo enamorado cruza  
y la encuentra en los hierros reclinada.

Su primer beso ardiente, que se escapa  
en las trémulas alas de la brisa,70  
menos discreto que la fiel sonrisa  
que ocultaron los pliegues de la capa.

La despedida tierna y amorosa  
que apresura la luz del nuevo día,  
que va eclipsando estrellas presurosa75  
y sembrando rumores y alegría.

El festín a la luz de las estrellas  
bajo silvestres bóvedas de parras,  
donde se vacían copas y botellas  
al descompuesto son de las guitarras.80

La góndola de ocultos pabellones  
donde entonando va sus barcarolas  
la veneciana, en blandos almohadones  
con su amante mecida por las olas.

¡Misterio! ¡Tu existencia es un enigma85  
que nuestra mente a comprender no alcanza;  
tú eres un goce puro, y un estigma,  
un foco de maldad y una esperanza!

Entre tus pardas nieblas silenciosas  
se forjan las obscenas bacanales,90  
se tejen emboscadas alevosas,  
y se hunden hasta el pomo los puñales.

En tu sombra velaron Mesalinas  
sus lascivas torpes mascaradas,  
donde iban las romanas libertinas95  
de pudor y vestidos despojadas.

Y allí de Venus en las vivas llamas  
la pléyade de jóvenes ardía,  
apurando en los brazos de las damas

el asqueroso vaso de la orgía.100

En ti Lucrecia Borgia se ocultaba  
para anegarse en loco desenfreno,  
y a sus amantes cándidos, llenaba  
la copa de placer y de veneno.

Y a las aguas del Tíber silencioso<sup>105</sup>  
que por la Roma de Trajano gimen,  
entregaba con brazo cauteloso  
las palpitantes pruebas de su crimen.

¡Misterio! en él se escapan los veloces  
ensueños que acarician al poeta,<sup>110</sup>  
en él se unen las extrañas voces  
al salterio doliente del profeta.

Con sus velos oculto mi quebranto  
y mis recuerdos sin cesar devoro;  
en el misterio mis amores canto,<sup>115</sup>  
en el misterio mis dolores lloro.  
Año 1870

La campana

Nocturno

EL TOQUE DE AGONÍA

Una sola voz, la voz lejana de una campana de  
lugar, vibraba en la tranquila atmósfera.

Y decía:

¡Acordaos de los muertos!

Y en la fascinación de sus ilusiones, parecióle aquel hombre que  
la voz de los muertos, débil y vaga, se mezclaba con esta voz aérea.

LAMENNAIS

¿Qué medroso rumor el duelo vierte  
y sembrando el terror en torno corre?

¡Es el fúnebre toque de la muerte  
que vibra en la campana de la torre!

Sus compasados golpes,<sup>5</sup>  
lentos como el dolor, van retumbando  
medrosos de eco en eco,  
a la alcoba recóndita llevando  
su son doliente y seco.

Allí al esposo que en los brazos duerme<sup>10</sup>  
de la joven esposa,

a la virgen que en sábanas de espuma  
halla sueños de rosa,  
les dice con metálico lamento  
que en la cámara cóncava retumba:15  
    «¡Esta voz que os despierta con el viento  
es la voz inflexible de la tumba!  
    »Mi lengua no se cansa  
un día y otro día  
de repetir el fúnebre tañido,20  
dichoso el que descansa  
bajo el ciprés doliente,  
porque su nombre olvido  
como él olvida al mundo eternamente.  
    »Cuando roba la rápida guadaña25  
un ser al pobre mundo,  
mis átomos de bronce se estremecen;  
y herida por el golpe que me agita,  
todo mi ser palpita,  
y alzo mi voz cuando otras enmudecen.30  
    »¡Riquezas, poderíos  
que sembráis en el mundo necia guerra  
y engrosáis la corriente de los ríos  
con el inútil llanto de la tierra!  
    »¡Próceres ambiciosos35  
que salpicáis el rostro del mendigo  
con el lodo que esparce vuestro coche!  
¡Magnates orgullosos  
que en silenciosa orgía  
dejáis correr las horas de la noche40  
y os dormís descuidados con el día!  
    »Cuando la voz lejana  
llegue a vuestros espléndidos retiros,  
y os sorprendan los últimos suspiros  
que da por el que muere la campana,45  
    »recordad que también las negras alas  
tiende la muerte sobre el áureo techo  
que cubre regias galas;  
recordad que también su hálito frío  
penetra en sus templados pabellones,50  
y cruza sus inmensas antesalas  
y llena sus magníficos salones.  
    »Si oís mi acento al espirar la tarde  
lúgubre retumbar en lontananza,  
derramad una lágrima siquiera,55  
¡contemplad en la esfera  
esa aguja que avanza,  
y abandonad conmigo la esperanza!»  
    Esto dice con fúnebre tañido  
el toque pavoroso de agonía:60  
Al escucharlo, el trémulo latido

nos dobla el corazón, sube a la frente  
la niebla del pesar, y al pecho herido  
se inclina la cabeza tristemente.

Cuando tranquilo el corazón reposa<sup>65</sup>  
y el ánimo en los goces distraemos,  
de la vida en el tálamo de rosa  
por los objetos caros no tememos;  
Átropos la tijera misteriosa  
mueve, y entonces tristes comprendemos<sup>70</sup>  
cuánto es frágil el vaso de la vida,  
cuánto es corta su senda fementida.

Ved esa limpia cámara sencilla  
donde dos almas contristadas oran  
al pie del pobre lecho de un anciano;<sup>75</sup>  
aun sonrío la joven  
bajo el plácido albor de la esperanza,  
aunque la anciana su mirar sombrío  
sobre la frente del enfermo lanza.

El colorín parlero<sup>80</sup>  
su cántiga en la verde pajarera  
no cesa de entonar; el sol poniente  
deja caer su sonrosado rayo  
sobre la pobre estancia,  
y las hijas poéticas de Mayo<sup>85</sup>  
esparcen en los tiestos su fragancia.

Parece que la vida  
vierte el búcaro bello  
de luz y de armonía;  
sólo en la triste anciana hay un destello<sup>90</sup>  
de mortal inquietud y de agonía.

Tal vez bajo fatal presentimiento  
Su triste frente inclina,  
y antes que avance el último momento  
su corazón de esposa lo adivina;<sup>95</sup>  
no así la joven, que en la vida apenas  
ha dado el primer paso;  
y duda que sus horas tan serenas  
tengan tan triste fin, tan negro ocaso.  
Mas ¡oh dolor! la muerte revolando<sup>100</sup>  
sobre el paterno lecho,  
cumple el triste presagio de la madre  
arrebatando la existencia al padre...

Como antorcha que apaga  
el azote del Noto,<sup>105</sup>  
huye de allí la plácida alegría  
al ver el hilo de la vida roto.  
El colorín parlero  
calló la voz suave,  
el punzante perfume de la muerte<sup>110</sup>  
ahogó los de las flores;



y reinaron las lágrimas y el duelo  
bajo el techo feliz de los amores.

Cubierta con la adelfa del quebranto  
la pálida mejilla<sup>115</sup>  
donde su ardiente huella graba el llanto;  
en desorden las trenzas  
sobre la espalda mórbida,  
y revuelta la gasa de su seno  
que ahora de amargo tósigo está lleno,<sup>120</sup>  
sobre el lecho se arroja  
del espirante anciano  
la huérfana doliente,  
y ase con mano trémula su mano  
y besa con amor su helada frente.<sup>125</sup>

Pronto el golpe fatal le deja inerte,  
y róble la luz a su pupila  
la misteriosa niebla de la muerte.

Y la llorosa joven,  
y la doliente anciana<sup>130</sup>  
que pierden la razón y la energía,  
oyen el lento son de la campana  
que lanza el triste toque de agonía.  
Retuércense los brazos,  
sollozan la postrera despedida,<sup>135</sup>  
y ciñen al cadáver con abrazos  
queriendo darle con sus pechos vida.

Y en tanto allá a lo lejos  
la campana retumba,  
recordando que pronto, a los reflejos<sup>140</sup>  
del nuevo sol se cerrará otra tumba.

\*\*\*

Pero basta de lágrimas, las cuerdas  
de mi doliente arpa,  
de ciprés melancólico ceñida,  
ronca suena en el canto de la muerte<sup>145</sup>  
porque dejó las flores de la vida.

Allá en bosque lejano y apartado,  
de misteriosos sauces circüido,  
de adelfas costeadado,  
en céspedes tendido,<sup>150</sup>  
deslízase el arroyo del olvido.

Empapemos allí la sien ardiente  
para volver a hallar nuestra alegría;  
hasta que zumbe en torno nuevamente  
El toque funeral de la agonía.<sup>155</sup>

2 de noviembre de 1869

A una lágrima  
Nocturno

¡Cuánta amargura, lágrima preciosa,  
en tu nítido seno va escondida!  
¡Cuántos recuerdos de pasados goces!  
¡Cuántos recuerdos de pasadas dichas!  
¡Oh, corre, corre, de mis ojos huye,<sup>5</sup>  
surca mi rostro, quema mi mejilla,  
que el peso amargo de sus hondas penas  
al oprimido corazón alivias!

En tu globo diáfano se encierra,  
mezclada con tu esencia cristalina,<sup>10</sup>  
el raudal de amargura que la suerte  
derramó sobre el lago de mi vida.

Lago en cuya serena superficie,  
que no arrugo ni un soplo de la brisa,  
se copiaba la luz de las estrellas<sup>15</sup>  
y los matices de la tarde estiva.

Donde brotaban dulces ilusiones  
matizando sus márgenes floridas,  
donde el hada gentil de la esperanza  
sus encantadas formas sumergía.<sup>20</sup>

Por eso aunque eres hija de mi duelo  
y cual piedra preciosa, cristalina,  
quiero que te evapores en la hoguera  
que los pesares en mi pecho avivan.

Porque al verte serena deslizarte<sup>25</sup>  
dejándome escaldada la mejilla,  
de verme débil el rubor me enciende  
y el sueño no descende a mis pupilas.

¡De mí mismo en la sombra me avergüenzo,  
si te viera correr el mundo un día,<sup>30</sup>  
cómo te señalara despiadado  
con su burlona y bárbara sonrisa!

¡Pero, no, no ha de ser! cuando el sol luzca  
te cubrirá la máscara tupida  
del fingimiento, y aunque el mundo observe<sup>35</sup>  
mi triste faz, la encontrará tranquila.

¡Oh! que es la vida matizada senda  
que a nuestros ojos sus encantos brinda,  
con alfombra de céspedes cubierta  
y entoldada con bóvedas floridas.<sup>40</sup>

Pero oculta los áspides malignos  
bajo su pabellón de clavellinas,  
y cubre con espléndidos tapices  
el punzante aguijón de sus ortigas.

Do quiera tiendo los cansados ojos<sup>45</sup>  
cuando mi planta sus senderos pisa,

hallo eriales de arenoso suelo  
cual el viajero en la desierta Libia.

Las imágenes falsas que a mi lado  
en confusión voluptuosa giran,<sup>50</sup>  
se evaporan riendo poco a poco  
como el humo que escapa de la pira.

Triste es el sol que en el Genil ríela,  
triste es el valle que la flor matiza,  
y triste, en fin, como mi amarga pena<sup>55</sup>  
la clara noche de apacible día.

Un tiempo fue cuando el oscuro mundo  
miré velado en fulgoroso prisma;  
¿Dónde se fueron sus tranquilas horas?  
¿Dónde volaron sus dichosos días?...<sup>60</sup>  
¡Cuánta amargura, lágrima preciosa,  
en tu nítido seno va escondida!  
¡Cuántos recuerdos de pasados goces!  
¡Cuántos recuerdos de pasadas dichas!  
Año 1868

Ecós de un calabozo  
Versión libre de Lamennais  
EL MENDIGO

¿Quién a mi patria volverá mi paso?  
¡A sus valles risueños  
donde el sol es tan bello en el ocaso  
y tan gratos los sueños!  
¡Donde a la sombra de sus verdes pinos,<sup>5</sup>  
bajo el césped rizado,  
el arroyo con pasos cristalinos  
susurra sosegado!  
Entre mi patria y yo, muros de hierro  
y abismos insondables<sup>10</sup>  
abrieron con las puertas del destierro  
aquellos miserables.  
Pobre hijo infeliz de la montaña,  
sin hogar ni trabajo,  
sufro de aquellos próceres la saña,<sup>15</sup>  
trémulo y cabizbajo.  
Dijéronme con ceño los tiranos:  
-¿Con qué pasas la vida?  
-¡Con el duro trabajo de mis manos,  
mas no encuentro acogida!<sup>20</sup>  
-¿Cuál es tu hogar? -¡El mundo! -¿Dónde moras?  
-¡Donde me halla la luna!  
Como no luzco telas brilladoras

no hallo casa ninguna.  
-¿Que no tienes hogar? ¿Que andas errante<sup>25</sup>  
por la senda del mundo?  
¡La cárcel te dará techo bastante,  
miserable vagabundo!  
¡Sí! allí te mezclarás a tus iguales  
que por sus valles gimen;<sup>30</sup>  
¡allí te enseñarán los criminales  
los senderos del crimen!-

\*\*\*

¡Hipócritas malvados, que os llamáis  
discípulos de Cristo,  
¿dónde en esas doctrinas que acatáis<sup>35</sup>  
tal rigor habéis visto?  
¿Qué, forjó Dios las cárceles oscuras  
y el potro del tormento?  
¿Qué, niega vengativo a sus criaturas  
la luz del sol y el viento?<sup>40</sup>  
¡Pastores de mi patria, que dichosos  
vivís en pobre abrigo,  
y cedéis vuestro albergue generosos  
al prócer y al mendigo!  
Ante vosotros uno es el pechero<sup>45</sup>  
y el que ostenta blasones;  
el de ropaje rico, caballero,  
y el que viste girones.  
¡Cuán dichosas las horas de mi infancia  
corrieron y los años,<sup>50</sup>  
donde se alzaba la sencilla estancia  
cerca de los rebaños!  
¡Cuál rodaban mis libres pensamientos  
en aquella ribera,  
y se alzaban en alas de los vientos<sup>55</sup>  
a la azulada esfera!  
Allí escuchaba al mirlo melodioso  
quejarse tiernamente,  
y despeñarse con afán ruidoso  
el rápido torrente.<sup>60</sup>  
¡Ay, cuándo, cuándo volveré mi paso  
a mis valles risueños,  
donde el sol es tan bello en el ocaso  
y tan gratos los sueños!  
¿Veis aquel punto débil que navega<sup>65</sup>  
en mares de topacio?  
Es el aguila rauda que despliega  
su vuelo en el espacio.  
¡Ay, ella sí que es libre! ¿Quién gobierna  
su poderosa vuelo?...<sup>70</sup>  
También el oso es libre en su caverna,  
y el insecto en el suelo.

También sobre las rocas solitarias  
es libre la gamuza,  
y playas, costas y ciudades varias<sup>75</sup>  
libre el pájaro cruza.  
Sólo el pobre, proscrito eternamente  
en bárbaro destierro,  
halla a su paso débil y doliente  
un límite de hierro.<sup>80</sup>  
Año 1871

La hoguera de los recuerdos  
Romance

Aprended flores de mí  
lo que va de ayer a hoy...

Ya con su rojiza lengua  
me incita el indócil fuego,  
a que en sus llamas sepulte  
mis amorosos secretos.

Murmurando está de mí<sup>5</sup>  
con tenaz chisporroteo,  
porque me ve vacilar  
hacinando mis recuerdos.

En perfumado montón  
ante mis ojos contemplo,<sup>10</sup>  
epístolas y retratos  
de mis amantes que fueron.

Allí está la hermosa Elvira,  
mi cándido amor primero,  
con sus ojos melancólicos<sup>15</sup>  
y su tornéado cuello;

allí está la alegre Concha,  
velando el mórbido seno  
con las enlazadas crenchas  
de sus hermosos cabellos.<sup>20</sup>

Allí están, en fin, Amparo  
y Estrella, que es el lucero  
que el desamparo de Amparo  
consoló con sus destellos.

¡Ay, cuántas noches de luna...<sup>25</sup>  
y relámpagos y truenos,  
pasé diciéndoos amén  
sumiso como un cordero!

No os he vuelto a ver jamás,  
y si os vi, ya no me acuerdo.<sup>30</sup>

¡Ay, quién pensara que fuese  
tan fácil veleta el tiempo!...

Todas me dejaron algo  
en el lago del deseo,  
las que no dejaron más<sup>35</sup>  
fue... porque dejaron menos.

Por eso yo al abrasar  
mis amorosos trofeos,  
no es extraño que suspire,  
porque al fin, las naves quemamos.<sup>40</sup>

He aquí sus cartas, sus cifras,  
las trenzas de sus cabellos,  
ora rubias como el oro,  
ora cual la sombra negros.

Recuerdos vivos, palpables,<sup>45</sup>  
y no cual otros recuerdos,  
que concluyen con el alba  
o se escapan con el viento.

En todas esas epístolas  
de caracteres diversos,<sup>50</sup>  
donde con mano de nieve  
ardiente lava vertieron,  
ramilletes de mentiras,  
en cada línea tropiezo,  
y aunque con otras mayores<sup>55</sup>  
yo cambié pliego por pliego.

De aquellas horas de niño,  
que amenizó el ídem ciego,  
entre incrédulas sonrisas  
tal vez me place el recuerdo.<sup>60</sup>

Si yo fuera aún discípulo  
de aquel filósofo tierno  
que en contemplación cruzaba  
los jardines de Academo,  
diría en idéntico trance,<sup>65</sup>  
llevando la mano al pecho,  
y oprimiendo esas epístolas  
con ademán romancesco:

Y es este tu bien ¡oh tierra!  
y es este el amor ¡oh cielos!<sup>70</sup>  
¿Y es esto lo que da vida?  
¿Y lo que da muerte es esto?

Mas como ya tengo escamas  
a fuerza de ver anzuelos,  
y sólo guardo ceniza<sup>75</sup>  
de la hoguera de otro tiempo,  
voy hacinando en el polvo  
aquellos rancios recuerdos,  
y el fogón va poco a poco  
filosofando con ellos.<sup>80</sup>

Ved cuál arden las promesas  
de la niña de ojos negros,  
que jugó con mis palabras  
como lázaro con ciego.

Ella fue mártir por mí,85  
y yo por ella confeso;  
me dijo que era su vida,  
y se casó con un negro.

Ved cómo el fuego devora  
de Emilia el mentido fuego;90  
hasta consumé por ésta  
el crimen de hacerle versos.

Mirad cuál vuela en cenizas  
el rizo de sus cabellos;  
todo se lo devolví95  
menos la trenza y los besos.

Ya se consume en las llamas  
de Amparo el billete tierno,  
que me cerraba la reja  
y me abría el aposento.100

Ya sólo un negro residuo  
queda de aquel lindo cuerpo,  
los labios que me abrasaron  
están a su vez ardiendo.

Poco a poco desaparece105  
de la noble Aldonza el ceño,  
que por no tener escudo  
me largó un tajo tremendo.

Por un águila caudal  
entregó el suyo a un mostrenco;110  
hoy sólo le queda el pájaro,  
pues que le voló el dinero.

En fin, de tantas bellezas  
como viven o murieron,  
y que ocuparon su página115  
en el libro de mis sueños,

resta sólo, si contemplas  
la hoguera de mis recuerdos,  
humo en torno de mi frente  
y cenizas en el viento.120

Año 1869

La ninfa del valle

Balada

- I -

¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña

la gruta que formé por si venía?  
C. CORONADO

Hay una ninfa gentil  
que se mece en la laguna  
cuando aparece la luna  
en los valles del Genil.

Allí mora recogiendo<sup>5</sup>  
las pintadas florecillas,  
o risueña entretejiendo  
los juncos de sus orillas.

Ella acorre a las doncellas  
y es de los amantes báculo,<sup>10</sup>  
ella es árbitra y oráculo  
de garzones y de bellas.

Hijos son de la experiencia  
sus consejos, en que es parca,  
y por eso en la comarca<sup>15</sup>  
la apellidan La Prudencia.

Y a fe que tienen razón  
y tal nombre ha menester,  
que prudente debe ser  
el que enfrena una pasión.<sup>20</sup>

Jamás con su voz süave  
desvanece la esperanza,  
pero advierte la asechanza  
con acento triste y grave.

Que cuerda sabe advertir<sup>25</sup>  
los escollos del pesar,  
sin que acabe por llorar  
el que mira sonreír.

- II -

El crepúsculo espirando  
está las sombras tendiendo,<sup>30</sup>  
y una niña sonriendo  
va por el monte bajando.

A esperar viene al que adora  
cerca de la sacra linfa,  
donde la hechicera ninfa<sup>35</sup>  
alcázar de espumas mora.



Que hay junto un bosque de aromas  
con pabellones fragantes,  
donde se van los amantes  
a arrullar con las palomas.40

La vio la ninfa bajar  
hacia el bosque encantador,  
y dijo al verla avanzar:  
«Querrá consejos de amor.»

Mas aunque cabe las flores45  
la ninfa esperando estuvo,  
a decir cuitas de amores  
la niña no se detuvo.

Con indecible amargura  
la llama, y con voz suave,50  
porque ya el término sabe  
adonde va su locura.

Diciendo con triste acento,  
que en las montañas resuena,  
«¡ay del que fía en el viento55  
y alza castillos de arena!»

Oyó la niña indecisa  
aquella voz dolorosa,  
y entre sus labios de rosa  
murió la dulce sonrisa.60

Pero en su amante impaciencia,  
por los placeres vencida,  
no atendió la voz sentida  
del hada de La Prudencia.

- III -

El crepúsculo naciendo65  
va las sombras levantando,  
y una zagala subiendo  
va por el monte llorando.

Ya no esperará al que adora  
cerca de la sacra linfa,70  
donde la hechicera ninfa  
alcázar de espumas mora;

que sordo a gratos favores  
y con ella fermentado,  
ha dado ingrato al olvido75  
sus imprudentes amores.

Por eso triste y llorosa  
va marchitando la pena  
en su frente la azucena  
y en su mejilla la rosa.<sup>80</sup>

Por eso el aura sutil  
lleva este inútil lamento:  
«¿Por qué no escuché el acento  
de la ninfa del Genil?»  
Año 1870

### Nieblas de otoño

Melancólicas<sup>(9)</sup> nieblas  
que vais tendiendo  
tenue manto de gasa  
sobre ese cielo.  
¡Ay, cuánto placen<sup>5</sup>  
mi pecho cuitado  
vuestros encajes!

Yo no sé lo que siento  
cuando a la tierra  
al morir el verano<sup>10</sup>  
bajan las nieblas,  
y con las luces  
pasajeras del alba  
los valles cubren.

Sus húmedas caricias<sup>15</sup>  
son mis placeres,  
y cuando a acariciarme  
rápidas vienen,  
su hálito fresco  
en el ambiente esparce<sup>20</sup>  
gratos recuerdos.

Al reflejar los rayos  
del sol poniente,  
en ese opaco velo  
de turbios pliegues,<sup>25</sup>  
de luz y sombra,  
cuadros fantasmagóricos  
la brisa forma.

Una imagen divina,  
hada del aire,30  
flota allá en el espacio  
con áureo traje;  
y el éter cruza,  
reclinada en su lecho  
de leve bruma.35

Aquí se ve una ermita,  
y allí una fuente,  
más lejos una góndola  
que el lago mece;  
en este lado,40  
un alcázar morisco  
de estuco y mármol.

Cual las rápidas sombras  
de un cosmorama,  
brillan y desaparecen45  
en lontananza;  
bajan y suben,  
o tornan a las aguas  
de donde surgen.

¡Ay! cuando yo vagaba50  
por la pradera  
niño, miré a mi paso  
surgir las nieblas  
y fui a alcanzarlas,  
por gozar los encantos55  
que me brindaban.

Ante mi paso iban  
huyendo siempre,  
¡alcázares de aire,  
quién los detiene!60  
Jamás mi planta  
pudo tocar sus atrios  
ni sus arcadas.

Fui joven y un fantasma  
más engañoso,65  
que esas móviles nieblas  
que ven mis ojos,  
surgió a mi paso  
en órbitas de fuego  
áureo girando.70

También corrí hacia el mundo  
ávido y ciego;

mas sólo hallé amargura,  
dolos y duelos:  
¡Ay, como siempre!75  
¡Alcázares de aire,  
quién los detiene!

Hoy al mirar las nieblas  
doy un suspiro;  
tributo de un recuerdo80  
que va, al olvido;  
lago sereno  
cuyas olas pesadas  
no agita el viento.

¡Nieblas de otoño húmedas!85  
¡Sombrío otoño!  
Que implacable deshojas  
robles y chopos:  
Tus pardas nubes  
en sueños melancólicos90  
al triste sumen.

Es cierto que los iris  
de tus mañanas,  
tienen pocos matices  
de ópalo y grana;95  
y tus crepúsculos  
extienden en el cenit  
celajes turbios.

Pero en cambio ¡cuán dulce  
melancolía100  
rebotan esas tardes  
dulces, tranquilas!  
¡Postrer suspiro  
que en los brazos de otoño  
lanza el estío!105

Mira, niña, esas hojas  
que se desprenden  
de las ramas sin jugo  
que las sostienen;  
¡Cómo suspiran!110  
al azote del viento  
que las agita!

Mira cuál entre el polvo  
ruedan crujiendo;  
¡a dónde irá la hoja!115  
que arrastra el viento!...

Las hojas secas,  
como las esperanzas  
son de la tierra.  
Año 1870

Melancolía  
A un amigo

Ignorada de sí yazga mi mente  
y muerto mi sentido;  
empapa el ramo para herir mi frente  
en las tranquilas aguas del olvido.  
LISTA

Alga perdida sobre el mar del mundo,  
no sé dónde me arrastra el huracán;  
aquí estoy con las olas de mi suerte  
luchando sin cesar.

¿Qué quieres ¡ay! de tu infeliz amigo,<sup>5</sup>  
juguete como tú del Aquilón?

¿Por qué necio pretendes en tinieblas  
hallar rayos de sol?

¿Quieres que diga cantigas suaves  
que mis sienes circunden de laurel?<sup>10</sup>

¿Quieres que pulse el arpa de los sueños  
que vi desaparecer?

¡Ay! déjame vagar sin emociones  
por la margen florida del Genil;  
sobre las aguas, de llorar cansado,<sup>15</sup>  
mi cítara rompí.

Ya no suena en mi oído el postrer eco  
que en el lejano valle levantó,  
ni viene a herir mi pecho dolorido  
su última vibración.<sup>20</sup>

Pobre estoico sin fe, sin esperanza,  
me deslizo en la escéptica Babel,  
sobre el plano inclinado de la duda,  
sin mañana ni ayer.

En vano en torno mío se suceden<sup>25</sup>  
las galas de la fértil creación,  
y se abrazan los cielos y la tierra  
en ósculos de amor.

En vano pasan en ardiente giro  
blancas apariciones ante mí,<sup>30</sup>  
tendiéndome risueñas y livianas  
sus brazos de marfil.

Ya no encienden el mármol de mi boca

sus incitantes labios de coral;  
¡la atmósfera de fuego y ambrosía<sup>35</sup>  
no puedo respirar!  
Acaso si en el cielo de mi vida  
surgiera el ángel del primer amor  
y en la vacía copa de mis goces,  
dejara una ilusión,<sup>40</sup>  
cuando la tarde triste y melancólica  
en nuestros valles declinando va,  
y el día con las sombras de la noche  
se complace en luchar;  
Otra vez a las pobres golondrinas<sup>45</sup>  
que van de estos lugares a partir,  
y miran silenciosas las cabañas  
donde anidar las vi;  
con las tiernas endechas de mi arpa  
pudiera en su viaje detener,<sup>50</sup>  
que a ellas dije mis tristes confidencias  
cuando amores canté.  
¿Mas cuándo vuelve a su desnuda rama  
el fruto seco y la marchita flor?  
¿Cuándo vuelve a brillar en nuestro cielo<sup>55</sup>  
la perdida ilusión!  
¡Ríos que sorbe el mar del desengaño  
son los fáciles sueños del placer,  
jamás sus olas limpias y azuladas  
podrán retroceder!<sup>60</sup>  
¡Ya no puedo cantar! deja a tu amigo  
vagar por las riberas del Genil;  
¡sobre las aguas, de llorar cansado,  
mi cítara rompí!  
Año 1871

### Un nocturno de Beethoven

Dulce y grato...  
Como el recuerdo que en el alma deja  
la voz de la mujer que hemos querido.  
ESPRONCEDA

- I -

¡Un nocturno alemán! ¿oís? la mano  
que despierta esa fácil melodía,  
al herir el armónico piano,  
hiriendo va a la vez el alma mía.

Las notas que se pierden en el viento<sup>5</sup>  
tienen la melancólica amargura  
de ese voluptuoso sentimiento  
que inspira una amorosa calentura.

Y al vibrar en la atmósfera tranquila  
entre el misterio de la noche en calma,<sup>10</sup>  
una lágrima sube a la pupila,  
dulce tributo que le rinde el alma.

Venid, los que juzgáis pobre y estrecho  
el nublado horizonte de la vida,  
los que prestáis abrigo en vuestro pecho<sup>15</sup>  
a una grata ilusión desvanecida:

Beethoven os dará bálsamo blando  
que calme vuestras cuitas con sus gotas,  
las cuerdas del dolor irán saltando  
a cada golpe de sus dulces notas.<sup>20</sup>

El pasado surgiendo a vuestros ojos  
rodado de mágicos reflejos,  
ocultará entre flores sus abrojos  
como un rosal que vemos desde lejos;

y en esos melancólicos sonidos<sup>25</sup>  
que sólo el alma a descifrar alcanza,  
la imagen hallarán vuestros sentidos  
de un recuerdo, un placer, o una esperanza.

Hay siempre un punto en nuestra edad primera,  
perpetuo santuario de armonías,<sup>30</sup>  
punto perdido en la falaz ribera  
donde se estrellan los postreros días.

En él, grato concierto es el presente  
y el porvenir sonido melodioso;  
en él es la existencia, trasparente<sup>35</sup>  
arroyo que susurra cadencioso.

Armonía incitante es el acento  
de la mujer que nuestro sueño evoca,  
el primer ardoroso juramento  
que sella con el fuego de su boca.<sup>40</sup>

El foco de placer que brinda el mundo  
en la dorada copa de los goces,  
la cántiga falaz del vicio inmundo  
y de la gloria las mentidas voces.

- II -

Yo recuerdo que en uno de esos días<sup>45</sup>  
de mi primera edad punto dichoso,  
vibrar oí esas dulces melodías  
de un festín en el vértigo engañoso.

Una mujer sobre mi brazo iba  
reclinando su brazo peregrino,<sup>50</sup>  
trémula flor que se dobló lasciva  
al impulso de ardiente torbellino.

Su mórbido regazo levantaba  
tal vez un imposible devaneo;  
en su pálida frente se pintaba<sup>55</sup>  
la misteriosa huella del deseo.

No sé por qué se unió nuestro destino  
entre el delirio de la noche aquella;  
¡ay, nunca, nunca hubiese en mi camino  
impreso el sello de su leve huella!<sup>60</sup>

Envueltos en atmósfera candente  
por una senda de fragantes flores,  
templamos ambos nuestra sed ardiente  
en el vaso falaz de los amores.

Pero tanto los goces escanciamos,<sup>65</sup>  
que al apurar un día hasta las heces,  
el hastío fatal saboreamos  
en vez del néctar dulce de otras veces.

En aquellos momentos silenciosos  
en que dejaba su bullicio el día,<sup>70</sup>  
escuchábamos ambos silenciosos  
ese nocturno henchido de armonía.

Y al sentir desgarrado nuestro pecho  
por el punzante arpón de la amargura,  
abandonamos el amigo techo<sup>75</sup>  
que cubrió protector nuestra ventura.

¡Ay, de esa tierna música el conuento,  
recuerdos de otras horas encerraba!  
Ella evocó el crüel remordimiento,  
y ella por siempre, en fin, nos separaba.<sup>80</sup>

Nuestro placer fue nube pasajera  
que en el celaje azul se desvanece,  
estrella que despunta allá en la esfera



y cruzándola rauda desaparece;

lámpara que se apaga al soplo leve<sup>85</sup>  
de la brisa sutil del desengaño,  
planta sin jugo sobre suelo extraño,  
gota de agua que cayó en la nieve.

Por eso si esa música tranquila  
vibra en las horas de la noche en calma,<sup>90</sup>  
una lágrima sube a mi pupila,  
dulce tributo que le rinde el alma.

Y la presión süave de la mano  
que despierta esa fácil melodía,  
al herir, el armónico piano<sup>95</sup>  
toca y hiere a la vez el alma mía.  
Año 1869

## Noche andaluza

### Romance

Diz que hay noches en el Bósforo  
melancólicas, serenas;  
diz que son color de nácar  
las de Nápoles y Grecia.

Diz que las noches veladas<sup>5</sup>  
por las brumas escocesas,  
como el arpa de Ossian  
tienen misteriosa esencia.

Bello será ver la luna  
remontándose en la esfera<sup>10</sup>  
sobre el cráter del Vesubio,  
o las aguas de Venecia.

Bello será en las rüinas  
de la desolada Atenas,  
en la silenciosa noche<sup>15</sup>  
meditar sobre una piedra.

Bello será de la Escocia,  
sobre las nieves eternas,  
ver quebrarse los destellos  
de las pálidas estrellas.<sup>20</sup>

Pero ni la noche itálica,  
ni la clara noche griega,  
ni las veladas del Bósforo,  
ni las noches escocesas,  
podrán jamás competir<sup>25</sup>

en luz, misterio y belleza,  
con las noches andaluzas,  
con las noches de mi tierra.

¡Venecianos, que miráis  
vuestras góndolas ligeras<sup>30</sup>  
deslizarse entre la espuma  
al fulgor de las estrellas!

Que al son de las barcarolas  
que entonan las bateleras,  
os adormecéis tranquilos<sup>35</sup>  
sobre las ondas inquietas;  
que encerráis el Adriático  
en vuestras calles estrechas,  
y tenéis regios alcázares  
que en sus aguas se contemplan;<sup>40</sup>

¡venid a mi Andalucía,  
del Genil a la ribera,  
y decidme si esas noches  
son como las noches éstas!

Mirad la pálida luna,<sup>45</sup>  
aquí tímida doncella,  
que, velada en blancos tules,  
a gratas nupcias se apresta.

Sobre los floridos valles  
su luz de nácar destella,<sup>50</sup>  
platëando las espigas  
que dora el sol de la Bética.

Y en el sombrío olivar,  
y en la frondosa alameda,  
con su corte de luceros<sup>55</sup>  
entre los árboles juega.

Contemplad en las veladas  
en que termina la siega,  
los haces de mies dorada  
esparcidos por las eras;<sup>60</sup>

en cuyos tendidos llanos  
la segadora morena,  
con voz sentida graciosa  
entona unas malagueñas;  
oíd la alegre guitarra<sup>65</sup>  
en que el andaluz puntea  
las encantadas canciones  
de este país predilectas;

y decidme si gozasteis  
el encanto de sus rejas,<sup>70</sup>  
sus nocturnos amoríos,  
sus trovas y sus endechas;

si las bellas venecianas  
tienen la sal de sus bellas,  
o si las noches de Italia<sup>75</sup>

son como las noches éstas.

¡Oh! ¡clara noche andaluza,  
que con tus blancas estrellas  
de la virgen de mis valles  
el sueño tranquilo velas!80

Yo, que en tus horas amigas  
hallé balsámica esencia,  
con que perfumar los duelos  
y acallar amargas penas;

de la cítara del bardo,85  
pulsando las febles cuerdas,  
canto a la luz de la luna  
tu misterio y tu belleza.

Año 1869

### Un búcaro de flores

#### ROSA

De mi búcaro exijo, reina rosa,  
que corones la blanca porcelana.  
¿Qué flor habrá que osada y jactanciosa  
luce con tu belleza soberana?...  
Tú, que el valle andaluz bordas vistosa5  
y saturas de esencias su mañana,  
ven a lucir tus plácidos colores  
en este humilde búcaro de flores.

#### VIOLETA

Perdóneme el jazmín y la azucena  
si antes de asir sus cálices henchidos  
de bálsamo y espuma;  
busco otra flor más cándida y honesta,  
por débil, por sencilla, por modesta;5  
aunque se oculte bajo el césped frío  
que corona de gotas de rocío  
el alba al despuntar por la floresta.  
Que la modestia y la humildad son raras,  
y como tales caras;10  
y pues ella se oculta en pobre suelo,  
sobrándole perfume y terciopelo,  
mucho debe valer para el poeta  
la odorífera y tímida violeta.

#### NARDO

Nardo oloroso, huésped del alcázar,  
por la bella aristócrata buscado,  
para lucir entre sus rubias crenchas

o prenderte en el mórbido regazo;  
que sólo en el vaivén de los festines<sup>5</sup>  
abres galán tu cáliz perfumado,  
por ver tus blancas hojas reflejadas  
en un mar de diamantes y topacios;  
que de la cita tierna y amorosa  
eres el fácil símbolo nevado,<sup>10</sup>  
en ese tierno idioma de las flores  
que hablan en el harem del africano:  
Si yo tuviera púrpura de Tiro,  
o cámaras espléndidas de mármol,  
donde brillara el suave terciopelo<sup>15</sup>  
y las blandas alfombras de Damasco;  
al pasar junto a ti te arrancaría  
de ese florido y elegante ramo.

Mas ¡qué puede vivir el regio huésped  
de su templada atmósfera apartado,<sup>20</sup>  
en medio de los lirios campesinos,  
en la rústica arcilla de este vaso!

#### SENSITIVA

Ven, tierna y delicada sensitiva,  
a ornar mi vaso con tus leves ramas.  
¿Por qué no has de brillar entre las rosas,  
cuando el pudor y el sentimiento encarnas?...

¡Pliegas esquivas tus sutiles hojas,<sup>5</sup>  
te inclinas mustia, triste me rechazas,  
crees que del hombre el ardoroso beso  
quemará tus hojuelas de esmeralda!...

¡Sí, es cierto, pobre flor, tú lo presientes!  
Esas fáciles flores tus hermanas<sup>10</sup>  
que abren su cáliz al primer amante  
y sus perfumes dan al que las aja,  
duran tan sólo lo que dura el soplo  
que sus despojos al torrente arrastra,  
lo que las tibias tintas del crepúsculo,<sup>15</sup>  
lo que las luces pálidas del alba.

#### LIRIO

Pobre lirio campesino,  
el de las hojas moradas,  
el de pétalos de mirra,  
el de tallo de esmeralda;  
deja las ásperas rocas<sup>5</sup>  
donde la brisa embalsamas,  
y trueca por mi aposento  
tu ribera solitaria.

Bien sé que a los artesones  
prefieres las pobres cañas,<sup>10</sup>  
y al jardín más delicioso

la altura más escarpada;  
y que es más dulce y tranquila  
de tus lagunas el agua,  
que el espejo que te ofrecen<sup>15</sup>  
los estanques del alcázar.

Mas no temas si mi mano  
de tu pradera te arranca,  
que el oro y el terciopelo  
no brillan en mi morada.<sup>20</sup>

Pues sólo el pobre poeta  
puede rendir a tus plantas,  
un laúd que te acaricie  
y un jarro de porcelana.

### AZAHAR

De una rama siempre hojosa  
ramo odorífero bello,  
que, como pléyade airosa,  
tornas en cielo a la hermosa  
que te enlaza en su cabello;<sup>5</sup>

del árbol mas seductor  
flor preciada por aromas,  
que escuchas al ruiseñor  
y oyes las quejas de amor  
que se dicen las palomas;<sup>10</sup>

¡ven, serás acariciada  
en mi búcaro de arcilla,  
y no llores desolada  
por tu Alhambra<sup>(10)</sup> de Granada  
ni tu alcázar de Sevilla!<sup>15</sup>

¿Qué tienes ya que buscar  
en sus amenos jardines  
aromático azahar,  
si no los mora Alhamar  
ni sus nobles paladines?<sup>20</sup>

Un tiempo tus blancas flores,  
cual diminutas estrellas,  
trepando a los miradores,  
espiaban los amores  
de las esclavas doncellas.<sup>25</sup>

O las termas perfumando,  
de las desnudas hermosas  
las formas acariciando,  
se iba tu esencia mezclando  
a la del lirio y las rosas;<sup>30</sup>

mas hoy que el alegre coro  
no suena en ardiente zambra  
al son de adufe sonoro,  
ni cruza el adusto moro  
por los patios de la Alhambra(11);35

hoy que en el Betis no flota  
ningún arábigo esquife,  
ni la damasquina cota  
brilla junto a la marlota  
bordando el Generalife,40

abandona, flor preciada,  
del Darro la verde orilla,  
y no llores desolada  
por tu Alhambra(12) de Granada  
ni tu alcázar de Sevilla.45

#### JAZMÍN

Blanco jazminillo,  
cuando te contemplo  
siento que mis labios  
tiemblan de deseo.

Tú que eres de Flérida5  
hermano gemelo,  
por leve, por cándido,  
por dulce y por bello,  
sabrás por qué corre  
por mis venas fuego,10  
cuando por tus formas  
las tuyas recuerdo.

Es verdad que acaso  
te vence su cuello,  
su mano süave,15  
su redondo seno;  
mas es diferencia  
de tan poco peso,  
que quien siempre os goce  
sólo ha de saberlo.20

Ven, pues, a mi vaso,  
que junto a mi lecho  
coloco las flores  
que evocan recuerdos;  
para que si vagan25  
en torno los sueños,  
estén saturados  
con su grato incienso.

#### CLAVEL

Clavelillo encarnado  
de terciopelo,  
espuma de roja  
sangre de Venus;  
ven a mi vaso,<sup>5</sup>  
te contaré la historia  
de aquellos labios.  
Aquellos labios rojos  
como tus hojas,  
que ayer viste risueños<sup>10</sup>  
sellar mi boca,  
hoy... ¡hado impío!  
se acercan a otros labios...  
¡Ya no son míos!  
¿Es verdad que no crees<sup>15</sup>  
tanto perjurio,  
y dices que esos labios  
no son los suyos?  
¡También un tiempo  
duda consoladora<sup>20</sup>  
guardó mi pecho!  
Mas, cuando el sol caía  
la otra vegada,  
al cruzar por la fuente  
de la montaña,<sup>25</sup>  
¡vi!... ¿no adivinas  
lo que vieron mis ojos  
sin que lo diga?...  
Hoy al mirar tu clámide  
color de fuego,<sup>30</sup>  
espuma de la roja  
sangre de Venus,  
vengo a decirte  
de esos arteros labios  
la historia triste.<sup>35</sup>

#### ADELFA

Amarga flor encendida,  
oprobio de los jardines,  
que desprecias los jazmines  
y amas el triste ciprés;  
que pasas la breve vida<sup>5</sup>  
en el campo funerario,  
dando sombra al solitario  
césped que nace a tus pies.

Flor sin bálsamo ni aromas,  
cuya corola vistosa<sup>10</sup>  
no busca jamás la hermosa  
ni el apuesto trovador;

que nunca ofrecida fuiste  
por la mano perfumada,  
como dádiva sagrada<sup>15</sup>  
en una noche de amor;

que jamás los regios búcaros  
bordaste con tus colores,  
como las livianas flores  
del cortesano vergel.<sup>20</sup>

¡Ven entre el jazmín y el nardo  
a lucir en mi aposento,  
que también tienen asiento  
las flores tristes en él!

Imagen del infortunio,<sup>25</sup>  
en ti misma te consumes,  
y das en vez de perfumes  
tósigo y sombra fatal.

El colorín te desprecia,  
te esquiva la mariposa,<sup>30</sup>  
y la abeja laboriosa  
huye al verte a su rosal.

¡Desheredada del valle,  
yo que comprendo tu angustia,  
vengo de tu frente mustia<sup>35</sup>  
la amargura a contemplar!

Y a ofrecerte en este búcaro  
de esencia y colores lleno,  
un sitio fresco y ameno  
y un doloroso cantar.<sup>40</sup>

### SIEMPREVIVA

No me cerquéis de pámpanos  
cuya esmeralda viva  
encienda mis deseos  
en báquicas orgías;

no sensuales lotos<sup>5</sup>  
de la abrasada India,  
sobre el desnudo seno  
me traigan esas ninfas;

no me brinden jazmines  
en sus formas lascivas,<sup>10</sup>  
ni coloradas rosas  
me den en sus mejillas.

¡Cercad, cercad mi lecho,  
de pobres maravillas,  
de boj y de romero,<sup>15</sup>  
de mirlos y de olivas!

Mas, si queréis que sea



la dádiva cumplida,  
y que la ofrenda acepte  
con placentera risa,<sup>20</sup>  
¡decid a aquella ingrata  
que mi deseo esquiva,  
y busca en otros brazos  
las fáciles caricias,  
que vuelva a mi regazo<sup>25</sup>  
como un tiempo solía,  
y que mi frente orne  
de eterna siempreviva!  
Año 1869

Tercera parte  
Dedicatorias  
Un sueño de Allan Kardec o El mundo de los espíritus  
Fantasía espiritista  
Dedicada a mi querido amigo Francisco Monsalve

Y si, lector, dijeres ser comentario,  
como me lo contaron te lo cuento.(13)

Visión primera  
El opio

Es un alcázar de mármol  
de arábiga arquitectura,  
que en las márgenes de un lago  
alza sus leves agujas.  
Allí la Metempsicosis<sup>5</sup>  
el sabio Kardec estudia,  
y espectros, sombras. y espíritus  
evoca, emplaza y conjura.  
Que ha soñado dar al mundo  
una creencia profunda,<sup>10</sup>  
clave infalible y osada  
de filosóficas dudas.

En un kiosco chinesco,  
que se alza en medio de estufas  
en que crecen de los trópicos<sup>15</sup>  
árboles, flores y frutas,  
el opio de Kouang Tchcou  
en su larga pipa fuma,  
el profeta Allan Kardec

junto a Fátima la turca.20

Cansados están de goces  
en las vigiliass nocturnas,  
por eso Allan torna al opio  
y ella la cítara pulsa.

Una lámpara del Cairo25  
con luz indecisa alumbra,  
aquella secreta cámara  
que doble misterio oculta.

Y a sus apacibles ráfagas  
se ve la mezcla confusa30  
de objetos heterogéneos  
que aquella cámara aduna.

Aquí jarrones chinescos,  
allí alcatifas morunas,  
al lado estatuas de Grecia,35  
más lejos pieles de Rusia.

Pebeteros de Turquía,  
ánforas de Siracusa,  
y almohadones de Damasco,  
y escaños regios de púrpura.40

Cubren los góticos arcos  
toledanas colgaduras,  
y los delicados muros  
voluptuosas pinturas.

Allí los pinceles ágiles45  
pintan las gracias desnudas,  
ciñendo a Venus la gasa  
con que las suyas oculta.

Aquí se ven a las náyades  
nadando en blancas espumas,50  
y acechando a los mancebos  
que se bañan en el Turia.

Más allá, el templo de Chipre  
ostenta sus fiestas lúbricas,  
y sus pórticos plagados55  
de cortesanas impuras.

En este lado, de Rímini  
la desventurada adúltera,  
deja que el gentil Paolo  
ciña su leve cintura.60

En aquél, ardientes goces  
copian las veladas turcas,  
y en el opuesto, Lucrecia  
el dulce Falerno apura.

Éste es el retrete oculto65  
donde Allan Kardec oculta  
los encantos de sus ocios  
y el foco de sus venturas;  
que son, su Fátima bella,

y el opio letal que fuma,70  
cuando de goces cansado  
llama al Delirio en su ayuda.

Todas las noches, después  
que explora rancias lecturas,  
y va de la tierra al cielo,75  
y el Alfa y la Omega busca;  
torna al oculto retrete,  
cansado de hacer figuras  
y símbolos misteriosos  
con el compás de la duda;80  
y hallando más placentero  
el regazo de su turca,  
que los misterios de Eleusis  
y las egipcias lecturas,  
deja a Platón y a Pitágoras,85  
con sus páginas enjutas,  
y la avidez del espíritu  
con la materia subyuga.

Es cerca de media noche,  
y como una planta mustia,90  
dobla Allan Kardec la frente  
sobre su diestra insegura.

La sangre por sus arterias  
con dificultad circula,  
y ya sostener no puede95  
la larga pipa en que fuma.

El opio que le consume  
a sus sentidos ofusca,  
y sus párpados se cierran  
con el sello de la angustia.100

Fátima le está mirando  
con indecible amargura,  
y calla su bandolín  
que ya el profeta no escucha.

Aún por algunos instantes105  
Kardec con el sueño lucha,  
y signos incoherentes  
y extrañas frases murmura.

Que cuando el opio lo vence  
y su cerebro se ofusca,110  
los misterios del espíritu  
creo encontrar en su locura.

Pronto sobre las rodillas  
de la fácil hermosura,  
dobló Kardec la cabeza115  
que en su letargo fluctúa.

Y en su fantástico sueño  
vio al Delirio, que en la luna,  
descendiendo hasta su cámara

le acarició con ternura.120

Visión segunda

Los espíritus

- I -

Viste el Delirio túnica flotante  
de sueños imposibles salpicada,  
y por cinto, la venda que al amante  
ciega ante los encantos de su amada;  
lleva tras sí el Hipogrifo de Atlante<sup>5</sup>  
que ágil cruza la bóveda azulada,  
con jaeces de armiño y escarlata,  
y freno y riendas de brillante plata.

Toca de Allan Kardec la roja frente  
y lo arranca del seno de su hermosa;<sup>10</sup>  
Allan su sangre enardecida siente  
y alzar los ojos hasta el ángel osa:  
Éste, empuñando mágico tridente  
y subiendo en la bestia monstruosa,  
hace al profeta que a la grupa monte<sup>15</sup>  
y se apreste a cruzar el horizonte.

Pronto cual humo que a buscar el viento  
por cúpula calada se evapora,  
el Hipogrifo deja el aposento  
como rápida garza voladora;<sup>20</sup>  
del alcázar se alejan al momento  
subiendo hasta los campos de la aurora,  
guiados por la luz de las estrellas,  
que allá brillan cual pálidas centellas.

Ya el alto monte y la escarpada sierra<sup>25</sup>  
no apercibe del sabio el ojo humano;  
despareció cual átomo la tierra  
con su faja iracunda el Océano;  
ya están donde los vientos se dan guerra,  
ya los luceros tocan con la mano,<sup>30</sup>  
ven de Saturno el misterioso anillo,  
y de las siete pléyades el brillo.

Suspendido Kardec y ya repuesto  
de su sorpresa, le pregunta al guía  
el fin que en conducirlo se ha propuesto<sup>35</sup>  
por la celeste y nebulosa vía;  
oyolo el genio con gracioso gesto,  
y acogiendo indulgente su porfía,  
así le habló con mesurada frase,

haciendo al monstruo que su vuelo tase:40

«Kardec, yo vengo a mostrarte  
los secretos del espacio,  
que hasta ahora inútilmente  
te afanaste en descifrar;  
»yo vengo a abrirte los pórticos<sup>45</sup>  
del mundo de los espíritus,  
y ante tu genio profético  
sus misterios a rasgar.

»Las súplicas de la sombra  
que a tus vigiliat preside,<sup>50</sup>  
alcanzó del Ser Supremo  
este increíble favor;  
»Y obedeciendo sus órdenes,  
monté en mi rápido Hipogrifo  
y te arranqué de tu cámara<sup>55</sup>  
obedeciendo al Señor.

»Por eso dejas la tierra  
y surcas el horizonte,  
y escalas las altas nubes  
y tocas la esfera azul.<sup>60</sup>  
»Pronto del planeta Júpiter  
los transparentes alcázares  
verás, donde los espíritus  
tienen hamacas de tul.

»Pronto verás a tu lado<sup>65</sup>  
grupos de genios fugaces,  
que cruzan el vago viento  
como los rayos del sol;  
»Y van envueltos en clámides  
de leve sustancia aérea,<sup>70</sup>  
llenando el éter diáfano  
con destellos de arbol.

»Son espíritus errantes  
que surgen como palomas,  
de los mundos transitorios<sup>(14)</sup><sup>75</sup>  
donde van a reposar;  
»y suben hasta las pléyades,  
y bajan hasta el Océano,  
y pueden sin ningún término  
por la atmósfera cruzar.<sup>80</sup>

»Tu humana vista no puede,  
sin que yo la venda rasgue,  
contemplar estos prodigios

de la celeste región;

»Pero mi mano benéfica<sup>85</sup>  
se va a posar en tus párpados  
y el mundo de los espíritus  
surgirá a mi invocación.»

Esto al decir, la mano del Delirio  
tocó los ojos de Kardec, que atento<sup>90</sup>  
a la plática extraña, no halló frases  
que formular al misterioso genio.

Súbita luz hiriendo su pupila  
como la llama de voraz incendio,  
torbellinos de púrpura y de oro<sup>95</sup>  
hizo rodar con vívidos reflejos.

Ante aquella erupción de luz etérea  
deslumbrado quedó por un momento,  
cual el que mora oscuro calabozo  
y por primera vez contempla a Febo.<sup>100</sup>

Mas poco a poco el luminoso núcleo  
se fue en áureas columnas extinguiendo,  
y a la luz su pupila amaestrada  
pudo el sabio medir el firmamento.

- II -

Y vio rodar en sus órbitas<sup>105</sup>  
globos de luz misteriosos,  
y vio mundos luminosos  
en el espacio correr;  
y vio la máquina extraña  
que hace girar los planetas,<sup>110</sup>  
y vio los rojos cometas  
brillar y desaparecer.

Apenas un punto había  
detenido la mirada,  
cuando a su vista asombrada<sup>115</sup>  
la atmósfera se pobló  
de un ejército de seres  
de forma tan prodigiosa  
y esencia tan misteriosa,  
como nunca vio ni oyó.<sup>120</sup>

Son sus cuerpos vaporosos  
de indescriptible hermosura,  
de transparencia tan pura  
como el más puro cristal;  
y sus formas encantadas,<sup>125</sup>  
del ser terreno trasunto,  
unen en un mismo punto  
lo humano a lo celestial.

Sobre sus frentes diáfanas  
lucen rojas auréolas,130  
que irradian la luz en olas  
más limpias que las del sol;  
    en cuyos marcos de fuego  
se dibujan sus contornos,  
como en los ardientes hornos135  
la silueta del crisol.

Visten túnicas flotantes  
de indescriptible blancura,  
plegadas a la cintura  
con cíngulos de coral;140  
    hechas de rayos de luna  
o de nubes de la aurora,  
cuando aun el sol no colora  
la ardiente puerta oriental.

Aunque no tienden el vuelo145  
cual los alados querubes,  
van reclinados en nubes  
como en tálamos de tul;  
    unidos en dulces grupos,  
en atmósfera de aromas,150  
como bandos de palomas  
sobre el horizonte azul.

Miró Allan Kardec atónito  
aquel ejército extraño,  
y víctima de un engaño155  
fantástico se creyó;  
    y a su intérprete volviendo  
la temerosa mirada,  
con voz trémula y turbada  
quiénes eran demandó.160

- III -

«Son, dijo el Delirio, ánimas  
que con trabajos profundos,  
y reencarnando en los mundos  
que a lo lejos ves brillar,  
    »a ser espíritus puros165  
llegaron, y ora el espacio  
llenan, soberbio palacio  
que les es dado habitar.

    »Sus envolturas etéreas,  
como el vidrio transparentes,170  
los órdenes diferentes

publican en su región;

»Aquellos que tú apercibas  
de más diáfana envoltura,  
tienen esencia más pura,175  
allegan más perfección.

»Ahora del astro del día  
descienden hasta la tierra,  
donde hacen continua guerra  
los espíritus del mal;180

»o asisten al llamamiento  
del trípode espiritista,(15)  
o el don de segunda vista  
dan a un crédulo mortal.

»Sus hechos están escritos185  
en el libro de la historia,  
y una página de gloria  
cada uno de ellos llenó;

»Tú sus nombres conocieras  
si yo te los relatara,190  
pero a una empresa más rara  
el destino te llamó.

»Vamos a cortar del cielo  
el brillante laberinto,  
de Júpiter el recinto195  
a tus ojos voy a abrir;

»¡Júpiter! mundo dichoso  
de los espíritus centro,  
pronto de sus muros dentro  
verás otro sol lucir.200

»Verás los valles de Julnius  
y sus cármes de rosas,  
con sus lunas misteriosas  
de diferente color;

»sus alcázares de ópalo,205  
de los aires suspendidos,  
donde están los escogidos  
espíritus del Señor.»

Así diciendo el Delirio  
hostigó al monstruo fogoso210  
y el camino nebuloso  
cortaron con rapidez;

y Allan Kardec vio a su lado  
pasar las constelaciones,  
como rápidas ficciones215  
que giraran a la vez.



Visión tercera  
El planeta Júpiter

Entre Saturno y Palas suspendido  
hay un globo de luz esplendorosa;  
allí al rápido monstruo ha detenido  
el Delirio con mano poderosa.  
Allan Kardec contempla sorprendido<sup>5</sup>  
aquella ardiente máquina asombrosa,  
que en su órbita radiante se recrea  
y entre cuatro satélites voltea.

«¡He aquí a Júpiter! dice el sabio guía  
al profeta neófito asombrado,<sup>10</sup>  
mansión de la delicia y la armonía  
que sólo a ti, mortal, se ha revelado;  
ven a gozar bajo la egida mía,  
de lo que tú jamás has contemplado;  
ven, rasgaré a tus ojos el misterio<sup>15</sup>  
que envuelve ese magnífico hemisferio.»

Dijo, y cual rudos témpanos de hielo  
que ruedan al profundo del torrente,  
cayeron presurosos desde el cielo  
sobre aquel globo inmenso y trasparente;<sup>20</sup>  
las bellezas extrañas de aquel suelo  
surgieron a sus ojos de repente,  
cual un paisaje de contorno vago  
a la medrosa evocación de un mago.

Quiso el genio al tocar aquel paraje,<sup>25</sup>  
para mejor satisfacer su intento,  
contemplar el espléndido paisaje  
cerniéndose cual aves en el viento;  
y antes de dar un término al viaje  
y de tomar sobre la tierra asiento,<sup>30</sup>  
hace a Kardec que en lontananza mire  
y tal portento embelesado admire.

Montañas ven de sorprendente altura  
como el cristal y el nácar transparentes,  
alamedas cubiertas de verdura<sup>35</sup>  
y salpicadas de abundosas fuentes;  
ríos que van al mar con tal dulzura  
que parecen láudes sus corrientes,

pulsados por el genio de las brumas  
que mora en sus alcázares de espumas.40

Allí hay una cascada que levanta  
al caer torbellinos de colores;  
aquí la vista con su brillo encanta  
un bosque de naranjos y de flores;  
más lejos una selva se adelanta,45  
albergue de parleros ruiseñores;  
en este lado plácidos jardines,  
morada de pintados colorines.

Como cisnes blanquean a lo lejos  
de raras poblaciones las moradas;50  
brillar se ven del sol a los reflejos  
sus infinitas cúpulas labradas;  
éstas son deslumbrantes como espejos,  
aquellas como láminas doradas,  
otras sus líneas de anchurosas calles55  
dejan bajar al fondo de los valles.

En una, cuyo radio portentoso  
hasta muchos kilómetros se aleja,  
y como en claro lago sol hermoso  
en el azul celaje se refleja,(16)60  
abate el vuelo el bruto monstruoso,  
dócil al conductor que lo maneja,  
y atónito Kardec mira a su planta  
prodigios tales y belleza tanta.

En un carmen de mirtos y de sauces65  
que parece guarida de las hadas,  
donde hay arroyos que en torcidos cauces  
arrastran sus corrientes sosegadas,  
vertiendo espuma las ardientes fauces  
por tan gigante ruta fatigadas,70  
paró el bruto, sus alas se plegaron,  
y el Delirio y el sabio desmontaron.

«¿Dónde estamos? Kardec pregunta al guía;  
¿qué ciudad es aquesta y cuál su nombre?  
¡Jamás soñó otra igual la fantasía75  
ni el insensato delirar del hombre!»  
«Es Julnius, la de justa nombradía,  
contestole el Delirio, no te asombre  
su magnífico pórtico, conmigo  
ven de este nuevo encanto a ser testigo.»80

Visión cuarta  
Julnius

La grande entrada está a la izquierda,

sobre la llanura; a la derecha el río, al  
Norte y al Mediodía los jardines.  
Controversia de COMETTANT

- I -

Penetraron los viajeros  
en la ciudad portentosa,  
cuando la aurora dudosa  
daba sus rayos postreros.

A su vista, deslumbrantes<sup>5</sup>  
se ofrecieron sus palacios,  
con cúpulas de topacios  
y columnas de diamantes.

Cuantas formas encantadas  
soñó enferma fantasía,<sup>10</sup>  
en sus extrañas moradas  
aquella ciudad tenía.

Arábigos embutidos,  
greco-romanas labores,  
cármenes, fuentes y flores,<sup>15</sup>  
y atrios de jaspes pulidos.

A realizar no alcanzara,  
nuestro artista más osado,  
la creación menos rara  
que allí el arte ha realizado.<sup>20</sup>

De mármol blanco y luciente,  
hay un gótico edificio,  
que se eleva en la vertiente  
de un horrible precipicio.<sup>(17)</sup>

Las aguas de sus arcadas<sup>25</sup>  
van entre espuma brotando,  
al fondo roncadas rodando  
entre las breñas tajadas.

Y da paso al atrio un puente  
con estribos tan extraños,<sup>30</sup>  
que hace cien miles de años  
que luchan con el torrente.<sup>(18)</sup>

Hay en la falda de un monte  
un alcázar tan calado,  
que parece tul alzado<sup>35</sup>  
ante el lejano horizonte.

Y con torres tan delgadas,  
porque la vista no tase,  
que para medir su base  
bastan dos o tres pulgadas.<sup>40</sup>

Más lejos un carmen cruza  
donde Julnius se recrea,  
que apenas diera su idea  
una hipérbole andaluza.

En fin, cuanto allí se encierra,<sup>45</sup>  
cuanto sostiene aquel suelo,  
no hay que encontrarlo en la tierra  
ni hay que buscarlo en el cielo.<sup>(19)</sup>

- II -

El estudio prolijo de nuestros animales, sus  
hábitos y caracteres especiales, atestigua suficientemente la  
realidad de la ascensión animal.

Los gatos se hacen vidrieros y plomeros, las zorras agentes de  
negocios, las jirafas modistas y los elefantes banqueros.  
OSCAR COMETTANT

Con entusiasmo profundo  
miró Kardec cuanto había,<sup>50</sup>  
preguntando ansioso al guía  
por los seres de aquel mundo.

Dóciles a su impaciencia,  
por invisibles poderes,  
vio grupos de extraños seres<sup>55</sup>  
desfilan a su presencia.

Mas tan sobrenaturales  
y de formas tan extrañas,  
que más parecen patrañas  
que criaturas racionales.<sup>60</sup>

Vio hipopótamos, leones,  
dromedarios y camellos,  
jirafas de largos cuellos  
y colosales cabrones.

Búfalos, tigres, chacales,65  
osos, hienas y lobatos,  
zorros y perros y gatos,  
y otros cien irracionales.

¡Pero marchando en dos pies  
y con ropajes y aliños!70  
Como aleluyas de niños  
copiando el mundo al revés.

Aquí se ve un elefante  
con paletot y sombrero,  
que es un déspota banquero75  
según su torvo semblante.

Allí vienen dos leones  
de frac y botón dorado,  
que parece que han dejado  
la cámara de sesiones.80

En este lado, conciertos  
forjan tres lobos togados,  
con cuatro zorros cubiertos  
de ropajes enlutados.

En el opuesto, con pláticas85  
altas y fines rastreros,  
conferencias democráticas  
da un chacal a los corderos.

Más allá, con faldas bellas  
y galoneadas gorras,90  
se adelantan dos doncellas  
que son sin disputa zorras.

Y, por último, con trajes  
caprichosos de Estambul,  
dos asnos de sangre azul95  
en extraños carruajes.

Frunció Allan el entrecejo  
ante aquel nuevo espectáculo,  
y dijo en son de consejo  
a su silencioso oráculo:100

«Si en este mundo ¡ay de mí!  
sólo goza el animal,  
¿qué tiene que hacer aquí  
el mísero racional?»

»Si el espíritu avanzando<sup>105</sup>  
va de región en región,  
¿dónde vamos progresando?  
¿Dónde está la perfección?

»¡Ay de la tierra cuitada!  
Que ha soñado en su locura,<sup>110</sup>  
que es el hombre la criatura  
por Dios mejor acabada.

»¡Necios, quieren explorar  
lo que no han de comprender!  
¡Sabios que queréis saber!<sup>115</sup>  
¿Por qué no sabéis dudar?»

- III -

La ciudad inteligente, la ciudad espiritual, el  
Julnius verdadero, no hay que buscarlo en la tierra sino en el aire.

Controversia de O. C.

La filosófica clave  
cerró el Delirio riendo,  
a Allan Kardec respondiendo  
con entonación süave:<sup>120</sup>

«En verdad, Kardec, que justa  
tu amarga pena sería;  
mas de esta ciudad augusta  
nada has visto todavía.

»Voy a explicarte el misterio<sup>125</sup>  
y las causas especiales,  
por qué ves irracionales  
en este hermoso hemisferio.

»Aun cuando, sabio profundo,  
habrás podido entender<sup>130</sup>  
que algunos suelen valer  
más que los hombres del mundo;

»aunque en gracia y donosura  
es prodigio el suelo éste,  
hay una Julnius celeste<sup>135</sup>  
que la vence en hermosura,

»sobre los llanos etéreos,

descanso de los querubes,  
mansión de luz y de nubes  
con alcázares aéreos.140

»Con esta ciudad se ajustan  
sus límites de tal modo,  
que los espíritus todos  
pueden bajar cuando gustan.(20)

»Que, como verás después,145  
es en demasía oscuro  
para un espíritu puro  
el espacio que aquí ves.

»Tanto en suma le aventaja,  
y tal la fama la exalta,150  
que es llamada ciudad alta  
por toda la ciudad baja.

»Allí pernoctan constantes  
las ánimas depuradas;  
allí tienen sus moradas155  
Milton, Ariosto y Cervantes.

»Que cuando rayos dorados  
lanza el sol en su apogeo,  
bajan a dar un paseo  
por estos fértiles prados.160

»Esta ciudad, pues, se adapta  
a las fieras y animales,  
al ascenso de los cuales  
no es aquella región apta.

»Así, pues, aun cuando cruces165  
por sus barrios más tranquilos,  
te encontrarás avestruces,  
panteras y cocodrilos.

»La pandilla más aleve,  
de más débil condición,170  
forman en esta mansión  
lo que se llama la plebe.

»Y la de mayor audacia  
y mejor rango dental,  
forma la clase social175  
que se llama aristocracia.

»Éstos oprimen a aquéllos,

y unidos tejen la guerra;  
fiel trasunto de la tierra,  
todo va por los cabellos.180

»Y hay clubs y revoluciones,  
y asonadas y motines,  
que promueven los mastines  
y aprovechan los leones.

»Mas siempre de tal manera185  
se arregla pandilla tal,  
que da el mando a una pantera  
o entrega el cetro a un chacal.

»Éstos, por mostrarse humanos,  
ocultan garras y dientes,190  
pero en viéndose potentes  
se tragan a sus hermanos.

»Que aunque algunas malas mañas  
perdieron al trasmigrar,  
la maña de devorar195  
es hija de sus entrañas.

»Casi siempre en estos globos,  
siguiendo de allá la ley,  
marcha a la oreja del rey  
un gabinete de lobos,200

»que hacen sabrosa prebenda  
de la arcas del erario,  
y agitan el incensario  
por no perder la merienda.

»En mala sazón hoy día205  
está aquí la cosa pública,  
porque unos quieren República  
y otros piden Monarquía.

»Que anda el Estado sin traba  
y lo rige cualquier mono,210  
desde que echaron del trono  
a una pantera de Java.

»Ya tú podrás comprender  
que en situación semejante,  
no habrá fiera ni rumiante215  
que se puedan entender.

»Así el orden está roto,



y en continua algarabía  
se levanta cada día  
un motín o un alboroto.220

»Ya sabes cuánto se encierra  
en esta Julnius raquíica,  
poco menos que la tierra  
esclava de la política.

»Ven a su centro conmigo,225  
que aún restan rarezas muchas,  
y de estas rastreras luchas  
te haré ser mudo testigo.»

- IV -

Calló el genio, y el profeta  
al escuchar los arcanos230  
que encierra en su doble aspecto  
aquel hemisferio extraño;  
aunque ávido de explorar  
no osó desplegar el labio,  
y dócil siguiendo al guía235  
fueron la ciudad ganando.  
Ésta, sus extensas líneas  
de calles abrió a su paso,  
con soberbios edificios  
y limpios adoquinados;240  
que aunque allí son animales  
los polizontes urbanos,  
se estima el ornato público  
y se cuida bien el tránsito.  
Un vaivén ronco y continuo245  
reina en aquel pueblo extraño,  
osos, monos y castores  
se ven pulular mezclados.  
Cada cual va a su negocio  
diligente y preocupado;250  
los chacales al alcázar  
a la oficina los gatos.  
No faltan monos imberbes,  
ni osos de pelaje cano,  
que atisben de alguna zorra255  
los incitantes encantos.  
Ni alguna hermosa jirafa,  
seguida de algún cervato  
que lleve en la sien la enseña  
de sus torcidos cuidados.260  
Éste, lleva al restaurant  
a un toro rollizo y manso,  
aquél va a jugar al golfo

con un zorro cortesano.  
El otro blondas y encajes,265  
en una tienda de mantos,  
regala a cierta lechuza  
que lleva asida del brazo;  
grandiosos escaparates,  
de objetos mil adornados,270  
elegantes joyerías  
y establecimientos varios;  
completan el panorama  
que aquel pueblo rico y vasto  
ante los ojos despliega275  
del profeta estupefacto.  
Los anuncios y los rótulos,  
trampas de necios incautos,  
como en las cortes de Europa  
están generalizados.280  
Aquí se lee en letras góticas  
y caracteres dorados:  
LA BUENA FE, sociedad  
cooperativa de asnos.  
Allí, LA AMIGA DEL POBRE,285  
sucursal de LOS FILÁNTROPOS,  
que presta, no a tanto el ciento,  
sino a ciento y pico el tanto.  
Más allá, LA EXACTITUD,  
LA VERDAD y EL DESENGAÑO...290  
que coronan los portales  
de talleres de calzados;  
EL MORO, almacén de vinos  
que es sin disputa cristiano,  
Y LA DICHA, pupilaje295  
para cualquier desdichado.  
Ya fijan a cruzar tranquilos  
la calle del Desengaño,  
calle poco pasajera  
pero curiosa del astro,300  
cuando una regia fachada,  
en cuyo pórtico ancho  
se leía en letras áureas  
CÁMARA DE DIPUTADOS,  
al curioso Allan Kardec305  
el Delirio señalando,  
díjole: «¡puedes pasar,  
la sesión está empezando!»  
Tan útil ofrecimiento  
aceptó gustoso el sabio,310  
seguro de que observaba  
sin que fueran a observarlo.  
Así, pues, siguió al Delirio,

que subió con fácil paso  
las anchas escalinatas<sup>315</sup>  
de limpio y brillante mármol.

- V -

En una anchurosa cámara  
del espléndido palacio,  
sobre elevadas tribunas  
y primorosos escaños,<sup>320</sup>  
los fieles representantes  
de la ciudad, contemplaron  
allí uncidos por el yugo  
poderoso del sufragio.  
De pie sobre su tribuna,<sup>325</sup>  
un tití de pelo lacio,  
urde con suma destreza  
un discurso diplomático,  
lleno de tanta hojarasca  
y en hipérboles tan vario,<sup>330</sup>  
que de seguro ni él mismo  
entiende lo que va hablando.  
Gran copia de frases huecas  
de no sé qué diccionario,  
lleva y trae el orador<sup>335</sup>  
desde el hocico hasta el rabo;  
cual cangilones de noria  
que van subiendo y bajando,  
siempre con la misma agua  
y siempre del mismo barro.<sup>340</sup>  
Importante la sesión  
debe ser, es que a los lados  
se ven nubes de curiosos  
pulular en los escaños;  
y allá sobre el banco azul<sup>345</sup>  
lucen fajas y entorchados,  
parte integrante aún en Julnius  
de los jefes del Estado.  
Preguntó Allan a un castor,  
que le ofreció su tabaco,<sup>350</sup>  
si aquella sesión tenía  
algún interés extraño.  
A cuya ociosa pregunta  
contestole el ciudadano:  
«¿Cómo? ¿no lo sabéis vos?<sup>355</sup>  
Hoy se elige candidato.»  
En efecto, a la sazón  
se resolvía el más arduo  
problema, que en todo mundo  
plantearan los mundanos.<sup>360</sup>  
Dar un jefe a la nación

recto, económico y sabio,  
que de una ciudad anárquica  
hiciera un feliz Estado.  
Un oso blanco del Polo<sup>365</sup>  
imponen por candidato,  
los pilotos que dirigen  
aquel esquife monárquico;  
y aunque un tigre y una hiena,  
un jabalí y un alano<sup>370</sup>  
dádivas distribuyeron  
y por reinar maquinaron,  
como el oso es oficial  
cuenta con grandes soldados,  
y ha de ser el vencedor<sup>375</sup>  
en el duelo diplomático.  
Con los hombres-alimañas  
Kardec familiarizado,  
encuentra muy natural  
todo cuanto está pasando.<sup>380</sup>  
Y como en la tierra ha visto  
ha tiempo idénticos actos,  
presiente ya el desenlace  
sin ver el último cuadro.  
En este punto, en efecto,<sup>385</sup>  
el tití de pelo lacio  
quiso hacer la apoteosis  
de su Polar candidato.  
Ponderó las cualidades  
del presunto soberano,<sup>390</sup>  
trajo de sus ascendientes  
por las raíces el árbol,  
y casi se disponía  
a probar que su oso blanco  
era más recto que Minos<sup>395</sup>  
y más valiente que Orlando,  
cuando pidiendo la venia  
los parciales del alano,  
con ominosos denuestos  
su voz melosa apagaron.<sup>400</sup>  
Silbaron los de la izquierda,  
replicaron los del banco  
azul, y tembló la cámara  
en los cimientos dudando.  
Era un infernal tumulto<sup>405</sup>  
en que sonaban mezclados  
distintos nombres a coro  
en el diapasón mas alto.  
Aquí ruge por palabra  
un león republicano,<sup>410</sup>  
gruñe allí un legitimista,

rebuzna allá un reaccionario.  
El presidente sacude  
tremendos campanillazos,  
llama al orden, nadie escucha,415  
el orden se está peinando.  
En fin, un lobo de Úbeda  
que trasmigró hace diez años,  
muy conocido en la cámara  
por su aullido extraordinario,420  
gritó: «¡a votar! ¡a votar!  
Y como torrente rápido,  
corrieron hacia las urnas  
tigres, chacales y gatos.  
Procediose al escrutinio425  
con lógica, resultando  
por diez y seis aleluyas  
elegido el oso blanco.  
Habló un toro y dijo «Mu»  
le replicó un papagayo(21),430  
y protestaron en forma  
un castor y un leopardo.  
Hubo la de Roncesvalles,  
zorros alzaron el gallo,  
y una lluvia de dicterios435  
cayó sobre el candidato.  
Estalló al fin la tormenta  
que se estaba condensando,  
y entre un vendaval de injurias  
y otro de campanillazos,440  
se levantó la sesión.  
Eran las seis menos cuarto.

- VI -

Yo disculpo fácil y sinceramente la glotonería de  
los hambrientos. Pero ¿cómo disculpar a nuestros ciudadanos que  
viven en los países más ricos de Europa, y que después de la cosecha  
y de la vendimia, teniendo repletos los graneros y llenas las  
bodegas, matan con igual furia hasta los pájaros que no tienen más  
que el sonido? Su ciego y salvaje frenesí atraviesa en un asador a  
los ruisseños, mata y pela tranquilamente al huésped de la casa, al  
pobre pardillo que ayer comía en la mano.  
MICHELET. (El pájaro)

Luego que Allan bajó la escalinata  
marmórea del palacio  
de las Constituyentes,445  
intranquilo y reacio  
por encontrarse entre tan fieras gentes,

dirigiose al Delirio,  
y pidiole su venia  
para dar algún punto de reposo<sup>450</sup>  
a examen tan prolijo y minucioso,  
en el café cercano,  
apurando dos copas mano a mano.  
Y aunque en viajes de magas y adivinos  
jamás se habló de viandas ni de vinos,<sup>455</sup>  
por ser cosa corriente  
mantenerse del aire aquesta gente,  
el Delirio a Kardec hace que coma  
porque no se parezca al ruin Mahoma,  
que vio los siete cielos<sup>460</sup>  
y los Elíseos campos donde moran  
las pálidas huríes  
regalo del Profeta,  
registrando hasta el último recinto,  
sin tomar ni siquiera una chuleta<sup>465</sup>  
con un sabroso trago de lo tinto.

Admitida por tanto  
la exigencia de Allan, en el Suizo,  
café allí de buen tono,  
sentáronse a una mesa,<sup>470</sup>  
servida, al parecer, a la francesa,  
donde en grata y amable compañía  
alegre multitud se reünía.  
Abrió la marcha la sabida sopa,  
tan clásica en Europa,<sup>475</sup>  
siguiéndola otros platos  
muy preciados en Julnius por los gatos,  
y otros muy delicados comensales  
que pagaban allí doce reales.

Esperaba Kardec, como hombre experto,<sup>480</sup>  
para dar jaque mate  
y plegar servilletas,  
un pollo con tomate,  
un biftek, un rosbiff o unas chuletas;  
mas notó ¡cosa extraña!<sup>485</sup>  
que contra el uso frívolo de España,  
y otras muchas naciones  
de la pícara Tierra,  
no se usaban en Julnius los jamones  
ni los guisos de carne de Inglaterra.<sup>490</sup>  
No con mucho alborozo  
interrogó con prontitud al mozo  
(que era un pulido mico  
de ojos saltones y sesgado hocico)  
si vedaban las leyes del planeta<sup>495</sup>  
el uso del biftek y la chuleta.  
No entendiendo estos nombres,

tan vulgares por dicha entre los hombres,  
huyó medroso el ente consabido,  
de pregunta tan súbita aturdido.500  
Mas un gato de Angola  
de crespos rizos y esponjada cola;  
gato gran literato,  
que por intuición espiritista  
adquirió el raro don de doble vista,505  
y escribió cierto viaje  
de Julnius a la Tierra,  
de cuyas mil ponderaciones sumas  
pudieran aprender Kart, Verne y Dumas,  
repúsole así al sabio,510  
moviendo altivo y con desdén el labio:  
«Extranjero, pues tal lo parecéis  
por ese extraño traje;  
sabed que es un ultraje  
a estas cultas naciones515  
pedir biftek, jamón ni salchichones.  
¿Vos creéis liso y llano  
comerse en picadillo a un ciudadano,  
según uso de un diablo de planeta  
en donde es ordinaria la chuleta?520  
¡Jamás incurrirá nuestra cocina  
en tan horrendo y ominoso vicio;  
fuera igual a poner la guillotina  
o a organizar de nuevo el Santo Oficio!  
¿Qué, no dio la feraz naturaleza525  
manjares exquisitos  
para saciar mundanos apetitos,  
sin que la fiera gente  
tenga que merendarse mutuamente?  
¡El pájaro sencillo,530  
el tierno corderillo,  
la graciosa ternera  
que vaga a su placer por la pradera!  
¿No tienen el derecho de la vida  
con la cual la natura les convida?535  
¡Oh costumbre malvada  
la de entregar la liebre y el cordero  
al cuchillo feroz del carnicero!  
¡Sabia filosofía,  
cuándo llegará el día540  
que señales los mundos con tu paso  
desde el oriente al encendido ocaso!  
\*\*\*  
Esto diciendo el gato,  
rompió en la mesa con estruendo un plato,  
y saludando con gentil donaire,545  
se fue con otros a tomar el aire.

Ante aquel aluvión de reflexiones  
ruborizose el sabio,  
y osando apenas desplegar el labio,  
atónito miró al celeste guía<sup>50</sup>  
que a su lado callaba, sonriendo  
cada vez que Kardec se sorprendía.

Alzáronse a tal punto los manteles,  
y trémulo y corrido,  
pagando el mutuo escote,<sup>55</sup>  
dejó el salón, del ángel precedido,  
en la ciudad tomando nueva vía  
cuando entre sombras espiraba el día.

## Visión quinta Noche

- I -

La noche sobre los valles  
tendiendo crespones va,  
y Julnius profusamente  
se comienza a iluminar.

Los reverberos eléctricos<sup>5</sup>  
pululan en la ciudad,  
que por inútil y turbio  
han suprimido allí el gas;  
y tiendas y escaparates,  
y cafés y restaurants,<sup>10</sup>  
un ejército de luces  
lanzan a la oscuridad.

Confundidos otra vez  
en aquel hirviente mar,  
cruzan Kardec y el Delirio<sup>15</sup>  
una vía principal.

Nada ha influido la sombra  
en su marcha habitual;  
el mismo flujo y reflujo,  
unos vienen y otros van.<sup>20</sup>

Que si Julnius con el sol  
tuvo mucho que admirar,  
es acaso más curiosa  
con la luz artificial.

Buscando pábulo el guía<sup>25</sup>  
del sabio al continuo afán,  
los cuadros más caprichosos  
le hace en torno contemplar.

Introdúcele con maña



en un regio lupanar,30  
donde en lujosos salones  
bailan zorras el can-can.

Le hace oír un conciliábulo  
en que predicán el mal,  
ciertas aves de rapiña35  
de hábito negro y talar.

Llévalo a un sucio garito  
donde ve poner a un as,  
por un alto dignatario,  
la encomienda y el collar.40

Y para saciar su sed  
de medir y de observar,  
lo hace que suba a un palacio  
y que baje a un hospital.

No satisfecho aún Kardec,45  
vio a lo lejos blanquear  
en un marco trasparente  
un cartelón teättral.

En él se incitaba al público,  
con la lógica usual,50  
en periodos rimbombantes  
a espaciarse y a pagar.

Y atendiendo el empresario  
al instructivo solaz  
que Terpsícore y Talía55  
a los pueblos cultos dan,  
en el regio coliseo  
titulado de Alhamar,  
sito en los campos Elíseos,  
afueras de la ciudad,60

estrenaba LAS CAMÁNDULAS,  
obra severa y moral...  
del género bufo puro  
tan sabroso al paladar.

Después de haberlo leído,65  
tornó el sabio a suplicar,  
si por acaso era tiempo  
que lo condujese allá;

puesto que los espectáculos  
de tan rara capital,70  
eran el único punto  
que le restaba observar,

accedió cual siempre el genio,  
y haciéndole atravesar  
las vías que han de llevarlos75  
hasta la puerta oriental,

llegaron a una plazuela  
de figura circular,  
donde otro nuevo prodigio

surgió a los ojos de Allan.80

- II -

Cual en noche de verano  
el horizonte tranquilo  
cruzan las exhalaciones  
rodando hasta el infinito,  
de aquella extraña plazuela<sup>85</sup>  
en el limitado círculo,  
vio luces ir y venir  
cruzándose en raudos giros.

Créelas Kardec, fuegos fatuos  
sobre la arena esparcidos,<sup>90</sup>  
o una lluvia pirotécnica  
de luminosos granizos.

Mas conoció al acercarse,  
por la ansiedad impelido,  
que era pura y simplemente<sup>95</sup>  
un centro de velocípedos.

En efecto, como en Julnius  
no hay carretelas ni tiros,  
porque el asno y el corcel  
son allí elegantes bípedos,<sup>100</sup>  
siendo las distancias largas  
y existiendo el jeroglífico  
de no poder acortarlas  
sin patente antagonismo,  
un orangután del Congo,<sup>105</sup>  
que transmigró el otro siglo,  
resolvió el arduo problema  
inventando el velocípedo.

A favor de esta gran máquina,  
a cuyo frente va fijo<sup>110</sup>  
un farol de luz eléctrica  
que hace fácil el camino,  
los habitantes de Julnius,  
seguros en los estribos,  
sobre la menuda arena<sup>115</sup>  
giran como torbellinos.

Con este célebre invento,  
tan útil como atrevido,  
no se ven bestias en coche  
ni ciudadanos en tiro.<sup>120</sup>

Y al aprender cada cual  
a remolcarse a sí mismo,  
cumplen un sabio precepto  
de las doctrinas de Cristo.<sup>(22)</sup>

El centro de la plazuela<sup>125</sup>  
lo ocupa un kiosco chino,  
donde se expenden y arriendan

a precio módico y fijo.

Y en torno de él, colocados  
con caprichoso artificio,130  
a disposición del público  
se eslabonan encendidos.

Es un efecto fantástico  
el que hace aquel laberinto,  
de seres que van y vienen135  
en un vértigo continuo.

Y al ver Kardec las jirafas,  
búfalos y cocodrilos,  
domar las delgadas ruedas  
y alzarse sobre el estribo,140  
obedeciendo a un arranque  
pavoroso y repulsivo,  
dudando lo que veía,  
guareciöse del Delirio.

Éste, siempre sonriendo,145  
exponiéndolo a un conflicto,  
le hizo acercarse al kiosco  
y asir un par de vehículos;  
y aunque el sabio no era práctico,  
previo oportuno ejercicio150  
logró hacer girar la máquina  
conservando el equilibrio.

Pronto sobre el suave plano  
del ondulante camino,  
que entre dos calles de abetos155  
muere en los campos Elíseos,  
firmes en sus aparatos  
y a la cabalgata unidos,  
rodaron rápidamente  
Allan Kardec y el Delirio.160

Visión sexta

Los campos Elíseos

Son el lugar máspreciado de Julnius: allí han  
construido el teatro, el circo, los estanques; sin que falten  
espléndidos salones, sombrosos laberintos, ni deliciosas calles de  
árboles.

- I -

Pronto de los ligeros velocípedos  
llegó la luminosa cabalgata,  
a dar vista a los mágicos jardines

que en los campos Elíseos se derraman.

Situados están al mediodía<sup>5</sup>  
en una vega deliciosa y llana,  
de vírgenes florestas circuida  
y por suaves alturas limitada.

¡Portentoso paisaje! Nunca el sabio  
soñó tan pintoresco panorama;<sup>10</sup>  
créelos Allan Kardec aquellos bíblicos  
mansión de los sagrados patriarcas.

Ansioso de medir tanto prodigio,  
aceleró el impulso de su máquina,  
que rodó cual trineo sobre témpanos<sup>15</sup>  
en las vertientes de la zona helada.

Y atropellando líneas de vehículos  
en el vértigo loco de su marcha,  
llegó, por fin, seguido del Delirio,  
de los jardines a la regia entrada.<sup>20</sup>

Allí, en otro kiosco que a la diestra  
de sus rejas de bronce se levanta,  
estación general de velocípedos  
donde los ciudadanos descabalgan,  
dejaron los ligeros aparatos<sup>25</sup>  
encomendados al celoso guarda,  
y unidos penetraron sin obstáculos  
en aquellos alcázares de hadas.

- II -

Ni los palacios que soñó Ariosto  
en las páginas bellas de su Orlando;<sup>30</sup>  
ni el alcázar que Armida la hechicera  
forjó para delicia de Reinaldo;

ni los pensiles que Amadís de Gaula  
y otros nobles andantes contemplaron,  
en las altas y heroicas correrías<sup>35</sup>  
que terminó el tullido de Lepanto,  
pudieran compararse ni aun en sueños,  
con los que el genio y el absorto sabio  
cruzan, y ven en torno dilatarse  
en el circuito del inmenso campo.<sup>40</sup>

Aunque la noche sus crespones tiende  
y el sol duerme en el lecho del ocaso,  
cuatro lunas de plácidos colores  
van por el horizonte despuntando.

La que sube del Norte es como el hielo,<sup>45</sup>  
la del Sur tiene el disco sonrosado,  
de brillante esmeralda es la del Este,  
la de Oeste de fúlgido topacio.

Cual si a favor de lentes colosales  
hicieran converger aquellos rayos<sup>50</sup>  
sobre un punto común, las mutuas luces

en el foco magnífico mezclando,  
de aquellos cuatro discos luminosos  
las ráfagas se mezclan en el plano  
del ameno pensil, con sus matices<sup>55</sup>  
de indescriptible claridad bañándolo.

Jamás pudieron encontrar las tintas  
que coloran y bañan este cuadro,  
Lorena, Rafael, Leonardo Vinci,  
Murillo, Juan de Juanes, ni Ticiano.<sup>60</sup>

Edificios, kioscos, cenadores,  
arboledas, cascadas, fuentes, lagos,  
estanques donde oscilan venecianas  
góndolas con vistosos entoldados;  
grutas que cercan verdes enramadas<sup>65</sup>  
y tranquilos arroyos van besando;  
todo lo tornasolan y lo cubren  
con sus cambiantes trémulos y extraños.

Perdidos en el dédalo de calles  
que conducen a circos y teatros,<sup>70</sup>  
o guían a lugares pintorescos  
del bullicio y las luces apartados;  
los misterios de aquel ameno sitio  
aparecen y surgen a su paso,  
arrancando sonrisas al Delirio<sup>75</sup>  
y exclamaciones de desdén al sabio.

Grupos ven deslizarse silenciosos  
por veredas ocultas caminando;  
parejas enlazadas dulcemente  
bajo grutas, kioscos y emparrados.<sup>80</sup>

Escenas amorosas y candentes,  
en que zorros, chacales y lobatos,  
dan sublime expansión a su apetito  
cogiendo el fruto del ajeno árbol.

Viendo el genio que hastían al profeta<sup>85</sup>  
los misterios de Venus, guía el paso  
por la calle siniestra al edificio  
a la musa Talía consagrado,

a tiempo que la tropa numerosa  
de aquellos caprichosos ciudadanos<sup>90</sup>  
bullía inquieta en el estrecho pórtico  
por presenciar el cívico espectáculo.

Pronto un dos de las cómodas butacas  
que se escalonan en su inmenso patio,  
dispuestos a observar lo que les cerca<sup>95</sup>  
el Delirio y Kardec se arrellanaron.

Y aprovechando el genio aquella tregua  
que da al espectador el entreacto,  
de aquel templo del arte los misterios  
enumeró con prontitud al sabio.<sup>100</sup>

«¿Ves, le dijo, este edificio

que la Tierra ha respetado,  
hasta que el genio francés  
pudo de cieno mancharlo?

»¿Ves este templo del arte,105  
cuyas lápidas honraron  
Tirsos, Vegas, Calderones  
y otros ingenios preclaros?

»¿Ves este gran monumento  
que se apellida Teatro,110  
donde crecen los laureles  
y hallan eco los aplausos?

»Pues helo aquí en nuestra Julnius  
demolido y mancillado,  
¡que a tal punto lo ha traído115  
de la moral el estrago!

»Antes en sonoro metro  
y sin inútil boato,  
se importaban de la Tierra  
las de aquellos clásicos.120

Y jamás sobre la escena  
dio una loba sus encantos,  
vestida de suripanta,  
a la vergüenza del astro.

»Hoy tan sólo está la gloria125  
en gasas, tules y talcos,  
y hay escenas que deslumbran,  
y hay actrices que dan asco,

»pues a trueque de causar  
hondo y lúbrico entusiasmo,130  
las fiestas griegas de Venus  
se exhiben en escenarios.

»Zorras bailan el can-can  
con tonelete tan alto,  
que sin querer, van las puntas135  
de las colas asomando.

»Monos sabios las incitan,  
toros las traen a su lado,  
lobos las hacen pecar,  
y cerdos baten las manos.140

»Fárrago de comediantes,  
artistas perros y gatos,  
de los cuales es un zorro  
fiel constante empresario,

»tienen el arte en sus uñas,145  
por no decir en sus manos,  
y se lo arrojan al público  
en lastimosos pedazos.

»Los cisnes mojan las plumas  
de la lujuria en el lago,150  
y cortan rienda al deleite

en voluptuosos partos.

»Talía es ya entretenida;  
en vez de sandalia y mano  
usa bolita francesa155  
y justillo descotado;

»y ensaya en la limpia luna,  
sin que la turbe el recato,  
lo que ha de cubrir por fórmula  
cuando quiera enseñar algo.160

»Hoy las partes de por medio  
son el quid del empresario,  
que si hay partiquinas bellas  
las demás no hacen al caso.

»Y aun cuando el traspunte apunte165  
algún misterio ordinario,  
los artistas hacen mutis  
y va la bola rodando.

»El arte caerá en el cieno,  
se hará con el torpe agio,170  
pero el público lo paga  
y lo cobra el empresario.

»Que aun cuando bramen los críticos  
y se retuerzan los clásicos,  
serán lícitas en Júpiter175  
todas las formas del tráfico.»

Aquí tocó del Delirio  
el verídico relato,  
cuando tres golpes de címbalo  
anunciaron otro acto.180

Alzose el tupido lienzo  
que ocultaba el escenario,  
y en silencio los curiosos  
sus asientos ocuparon.

Y Allan Kardec, pensativo,185  
se preparó a ver el cuadro  
que cien veces en Europa  
estudió ruborizado.

- IV -

El teatro representa  
una selva deliciosa,190  
sobre la margen de un lago  
cubierto de espesa sombra.

Brilla la pálida luna  
sobre las lejanas rocas,  
plateando los picachos195  
que el horizonte recortan;  
y allá en el fondo resuena  
la música melancólica,  
que cual las flautas de Frigia

tiene el deseo en sus notas.200

Volviendo va el maquinista  
las candilejas con sorna,  
para que el espectador  
aguije la vista ansiosa,  
y exhale un ¡ay! sensual205  
al distinguir en la sombra,  
las incitantes imágenes  
que le exhibe a tanta costa.

Por fin, el disco brillante  
sobre el lago se remonta,210  
y riela y esclarece  
las artificiales ondas.

La luz a tal punto surge,  
y entre gasas misteriosas  
que delatan lo que velan215  
con transparencia dudosa,  
convertidas en Nereidas  
se ven diez o doce zorras,  
que tejen casi desnudas  
sus fábulas mitológicas.220

Van las miradas ardientes  
recreándose en las formas,  
y en una salva de aplausos  
hacen que las palmas rompan.

Y aunque no sonó ni un coro225  
ni se declamó una estrofa,  
frenéticos ¡El Autor!  
piden de tan fértil obra.

En vano porque se calme  
la fiebre vertiginosa,230  
van en deliciosos grupos  
cruzando la escena corva.

¡¡Julnius demanda el poeta  
de aquella creación hermosa,  
sin pensar que es la Lujuria235  
de aquel portento la autora!!

- V -

¡Miró con desdeñosa  
sonrisa Allan Kardec al noble genio,  
señalando al proscenio  
donde la escena vergonzosa ardía,240  
y dijo con pausado  
acento y continente reposado:  
«¡No hay duda que aquí el arte  
lleva la mejor parte,  
y la buena moral tiene gran templo!245  
Mas, si no me rehúsas  
un favor sin ejemplo,



quiero dejar a Julnius y sus musas  
y cuanto aquí se encierra,  
puesto que de la tierra<sup>250</sup>  
es sólo mal trasunto,  
según he visto en infernal conjunto.  
Si de esa gran ciudad, cuyos cimientos  
se afirman en las nubes,  
puedo la arena hollar, guía mi paso<sup>255</sup>  
a través de las nieblas,  
antes que el sol disipe las tinieblas  
dejando el rojo ocaso;  
salgamos de este suelo de fantasmas  
donde se aspiran fétidos miasmas.»<sup>260</sup>

Esto diciendo, alzose  
de su cómodo asiento,  
y hacia el pórtico, altivo dirigiose,  
hallándose otra vez en la alameda,  
antes que el genio detenerlo pueda.<sup>265</sup>  
La soledad reinaba  
en aquellos jardines,  
sólo algunas parejas vergonzantes  
ocupaban los blancos cenadores  
ocultos por las ramas y las flores.<sup>270</sup>  
Las lunas al ocaso  
rápidas se acercaban,  
recogiendo sus ráfagas brillantes  
en los opacos globos,  
y ese triste período aparecía,<sup>275</sup>  
que precede al crepúsculo del día.

Siguiolo el genio por las anchas sendas  
de los Elíseos campos,  
que cruzaba Kardec sin rumbo fijo,  
como el padre amoroso sigue al hijo;<sup>280</sup>  
y cuando se encontraron  
al pie de un alto monte  
que a lo lejos cortaba el horizonte,  
detuvo del profeta la carrera,  
y le habló con amor de esta manera:<sup>285</sup>

»Allan, no te maravillen  
las que crees vanas patrañas,  
estas costumbres, extrañas  
no son al mundo<sup>(23)</sup> en verdad;  
»mas si con lógica fría<sup>290</sup>  
y reflexión las comparas,  
hallarás que son más raras  
en aquella sociedad.

»Que estos pobres animales  
se afanen en la política,<sup>295</sup>

y en esta lucha raquíca  
pasen un tiempo mejor;  
»Que se rindan como hombres  
a maquiavélicos fines,  
y se den ¡siervos ruines!300  
un despótico señor;

»que en los brazos de la crápula  
se adormezcan noche y día,  
y el vicio, el oro y la orgía  
se afanen en apurar;305

»que en terciopelos y sedas  
y en suave ablución de rosas,  
sus pasiones asquerosas  
quieran hundir y bañar;

»al cabo son pobres bestias,310  
estúpidas alimañas,  
que en las terrenas montañas  
tuvieron su habitación;

»cuya brújula es su instinto,  
torpe, egoísta y rastrero;315  
brújula que el derrotero  
no marca de la razón.

»¡Mas los hombres de la tierra,  
que son de distinta esencia,  
que orgullosos con su ciencia320  
desprecian a su Hacedor!

»¡Que una chispa de Dios mismo  
creen encerrar en su alma,  
que han de hallar al fin la palma  
en otro mundo mejor!325

»¡Que a pura hipótesis saben  
que no valen lo que ellos,  
ni los órdenes más bellos  
de la escala irracional!

»Pues aun los seres que tocan330  
los límites racionales,  
son al hombre desiguales  
en el ángulo facial.

»Esos altivos señores  
de cuanto abarca la tierra,335  
¿por qué se dan mutua guerra  
y en su necia estupidez

»ávidos buscan placeres  
y corren al precipicio  
de la ambición y del vicio,340

apurando hasta la hez?

»¿Por qué el fuerte sobre el débil  
su garra de hiena lanza,  
y gozan en la matanza  
como el tigre y el chacal?345

»¿Por qué bastardas pasiones  
móviles son de sus daños  
y pierden los breves años  
en las argucias del mal?

»Esta identidad extraña,350  
buen profeta, no te asombre,  
¡no el bruto tiende hacia el hombre,  
el hombre tiende hacia él!

»Vuestros hábitos sociales  
son propios del ser agreste,355  
he aquí por qué el globo este  
es igual al mundo aquél.

»Ahora que he roto la venda  
que te ocultaba el misterio,  
vamos al nuevo hemisferio360  
que deseas, a explorar.

»Hemisferio delicioso,  
donde tienen sus moradas  
las ánimas depuradas  
que a Dios le plugo llamar.365

»Mira mi rápido Hipogrifo  
cómo deja la pradera,  
y se apercibe en la esfera  
la nueva ruta a seguir:

»Dócil a mi voz se acerca,370  
¡te aguardan nuevos azares,  
da el adiós a estos lugares  
que vamos presto a partir!»

Esto dijo el genio al sabio  
que en silencio le escuchaba,375  
en tanto se acomodaba  
en el bruto volador.

Y recogiendo las riendas  
dejaron el bajo suelo,  
remontándose hasta el cielo380  
como ligero vapor.

Visión sétima  
La ciudad aérea

¡He aquí, por fin, la ciudad aérea!

¡El mundo de los espíritus!

- I -

Ya iba el alba robando a los luceros  
la copia de sus trémulos fulgores,  
y del fresco rocío los veneros  
vertiendo sobre el cáliz de las flores;  
cuando los dos intrépidos viajeros,<sup>5</sup>  
envueltos en los húmedos vapores  
de la elevada atmósfera, a lo lejos  
vieron del astro padre los reflejos.

Giraban de las puertas orientales  
los encendidos ejes lentamente,<sup>10</sup>  
mostrando por espacios colosales  
la deslumbrante faz del sol naciente,  
cuando de una ciudad las desiguales  
torres, hacia la parte de Occidente  
vio el sabio alzarse, ante su vista ansiosa<sup>15</sup>  
velada en gasas de brillante rosa.

Como de nubes tenues y ligeras  
parecen a lo lejos sus palacios,  
que bordan las olímpicas praderas  
sobre extensas planicies de topacios;<sup>20</sup>  
sus cármenes, sus bosques, sus riberas,  
suspendidos están en los espacios,  
ofreciendo al profeta el gran portento  
de una ciudad segura sobre el viento.

Kardec la juzga asilo de querubes<sup>25</sup>  
al contemplar sus muros relucientes,  
cuyas bases se asientan en las nubes  
que no pueden hollar seres vivientes;  
«¡He aquí, le dijo el genio, que ahora subes  
al mundo de los cuerpos trasparentes!<sup>30</sup>  
Lo que ningún terrícola ha logrado,  
por fácil vía te apercibe el hado.

»Esa es la Julnius limpia y depurada  
que moran los filósofos y artistas,  
mansión sobre los aires levantada<sup>35</sup>  
con cimientos y plintos de amatistas;  
el término será de esta jornada,

que aun cuando a abandonarla te resistas,  
el libro del misterio aquí se cierra  
y volverás a contemplar la tierra.»40

Callo el Delirio, y el corcel fogoso,  
doblando su potencia voladora,  
avanzó en el sendero nebuloso  
que el sol ardiente de rubí colora;  
ya en el cuadrante eterno y luminoso45  
señalaba su luz la sexta hora,  
cuando el celeste límite tocaron  
y en los valles etéreos penetraron.

- II -

Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban  
adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe,  
el segundo zafiro; el tercero calcedonia; el cuarto esmeralda.

S. JUAN: Apocalipsis

Cercada está de un muro extraordinario  
de jaspe, de color resplandeciente,50  
con fundamento tan precioso y vario  
que en vano aquilatarlo se pretende;  
pulidas por extraño lapidario,  
cada puerta una piedra trasparente  
cubre con sus facetas colosales,55  
hacia los cuatro puntos cardinales.

Allí todo es etéreo, vaporoso,  
diáfano, sin contornos, impalpable,  
como el edén de amor voluptuoso  
al grosero mortal inexpugnable;60  
los sentidos de plácido reposo  
en un éxtasis yacen inefable,  
y como el filtro la corriente pura,  
la materia aquel ámbito depura.

Nada son las visiones de Mahoma65  
con los portentos que el profeta mira,  
ni hay alto metro en el terreno idioma  
para cantarlos en la corva lira;  
Aquel pincel divino que dio a Roma  
esas creaciones que el latino admira,70  
jamás pudo encontrar en su paleta  
el cuadro etéreo que admiró el profeta.

«¡Oh, descifradme el celestial misterio!

Con indecible afán ruega al Delirio,  
mostradme este recóndito hemisferio<sup>75</sup>  
a trueque de la palma del martirio;  
yo cantaré en profético salterio  
y encenderé de la oración el cirio,  
como paciente y religiosa ofrenda,  
cuando a la tierra por mi mal descienda.<sup>80</sup>

»Aun ese muro de cristal brillante  
inflexible se eleva ante mis ojos,  
y sus puertas de sardio y de diamante  
fijas están sobre los ejes rojos;  
¡dejemos el corcel del mago Atlante,<sup>85</sup>  
que el dilatar la entrada me da enojos!  
Abridme esa sardónica luciente  
que mira hacia la parte de Occidente.»

«Pláceme, le responde el noble guía,  
la incesante avidez que te devora,<sup>90</sup>  
y dócil va a ceder a la voz mía  
esa preciosa piedra brilladora;  
mas antes, por tu ciencia y tu hidalguía  
júrame sumisión como hasta ahora;  
a más alto poder obedeciendo,<sup>95</sup>  
mis órdenes sin réplica siguiendo.

»Tu ser va a transformarse de tal suerte  
que abandone el grosero barro humano,  
sin que el crisol helado de la muerte  
funda tu cuerpo en misterioso arcano;<sup>100</sup>  
mi venda de tisú voy a ponerte,  
pronto en la sombra estrecharás mi mano,  
que no pueden tus ojos terrenales  
secretos sorprender tan colosales.»

Dio Allan Kardec jurado asentimiento<sup>105</sup>  
a la amistosa intimación que oía,  
atendiendo solícito y contento  
a cuanto el noble genio le exigía;  
éste, pasando a realizar su intento,  
la venda de tisú y argentería<sup>110</sup>  
desenlaza del cinto, al cielo invoca,  
y en los ojos del sabio la coloca.

Al punto, de tinieblas circüido,  
siente Allan que su sangre se coagula,  
y por grados se ofusca su sentido<sup>115</sup>  
y otra vida en sus venas se inocular;  
se impregnan en magnético flüido  
sus fatigados miembros, y circula

por su ser un sopor tan perezoso,  
que le sume en letargo delicioso.120

Cuando vuelve a la luz, siente admirado  
que se mece en el éter de la esfera,  
y que su cuerpo rígido y pesado  
ahora es de espuma cándida y ligera;  
el Delirio risueño va a su lado125  
sin hollarla cruzando la pradera,  
y el sabio de su cárcel transparente  
la indescriptible maravilla siente.

Parece que algún mago caprichoso  
cristalizó las formas del profeta,130  
sin condenarlo a estúpido reposo  
ni reducirlo a mágica silueta;  
su cuerpo transparente y luminoso  
aun a la carne humana se sujeta;  
aun es el ser que piensa y raciocina135  
bajo aquella envoltura cristalina.

Atónito Kardec, apenas sabe  
si piensa y es, o yace en el abismo,  
y loco busca la ignorada clave  
sin tregua interrogándose a sí mismo;140  
el Delirio, que todo lo precave,  
lo arranca de su inútil parasismo,  
respondiendo a las dudas del profeta  
con esta breve reprensión discreta.

«No te atormentes, hombre afortunado,145  
en penetrar arcanos celestiales,  
baste a tu orgullo el premio reservado  
sólo a ti entre los débiles mortales;  
tu esencia el Hacedor ha depurado  
para poder hollar esos umbrales;150  
fácil la entrada a tu ambición se ofrece...  
Penetra, admira, calla y obedece.»

- III -

Bosques de flores enormes, de que no sabrías  
imaginar las formas ni los colores, y de una ligereza de tisú que  
les hace transparentes...

...Vegetación sin ejemplar entre vosotros, de plantas destinadas,  
por la naturaleza de sus órganos, a respirar, a alimentarse, a vivir  
y a reproducirse en el aire.

OSCAR COMETTANT

Como al contacto del diamante salta  
el delgado cristal, al punto herida<sup>155</sup>  
por la mano del genio, dividida  
la brillante sardónica saltó:

Y el sabio, tras pasando los umbrales  
de aquella puerta etérea y misteriosa,  
tendiendo en torno la mirada ansiosa,<sup>160</sup>  
en un ¡ay! de entusiasmo prorrumpió,

aqueel era el jardín de las delicias,  
el hiram de los sueños seductores;  
no hay ángulo sin hojas ni sin flores  
ni contorno sin líneas de color,<sup>165</sup>  
perpetua luz circunda sus palacios  
y baña sus espléndidas moradas;  
jamás soñaron imitar las hadas  
sus pórticos de espuma y de vapor.

Allí no hay piedra sobre piedra alzada,<sup>170</sup>  
ni material terreno se consiente;  
el alcázar más bello y permanente  
nube ligera vaporosa es:

Y hay edificios de impalpable humo,  
y monumentos de nevada espuma,<sup>175</sup>  
y altivas torres de flotante bruma  
con montañas de nieblas a sus pies.

Los colores del iris, tornasolan  
columnatas y bóvedas y arcadas;  
de átomos luminosos impregnadas<sup>180</sup>  
brillan como el carbunco y el rubí;  
y los ojos del sabio, deslumbrados  
en la contemplación de sus portentos,  
de la Tierra los grandes monumentos  
van poco a poco vislumbrando allí.<sup>185</sup>

Mira a su diestra el templo salomónico  
que los cedros del Líbano adornaron,  
donde los himnos bíblicos sonaron  
del escogido pueblo de Jehová;  
ve a otro lado de Budda las pagodas<sup>190</sup>  
donde aún el indio macerado ruega,  
y el templo hermoso de la Venus griega  
con sus atrios corintios más allá.

De Eleusis la morada misteriosa  
revestida de extraños caracteres,<sup>195</sup>  
en cuyos antros se ocultaba Ceres  
antes de alzarse al firmamento azul;  
de Chipre el santuario licencioso



que las libres hieródulas servían,  
y el pórtico brillante en que solían<sup>200</sup>  
danzar envueltas en ligero tul.

El portentoso Acrópolis de Atenas  
donde se alzaba el blanco Propileo;  
el dórico santuario de Teseo  
y el celebrado y bello Partenón;<sup>205</sup>  
las enormes pirámides egipcias  
con sus puntas sombrías hacia el cielo,  
y el templo babilonio del dios Belo,  
y el líbico de Júpiter Ammón.

De la ciudad eterna de los Césares<sup>210</sup>  
los palacios y termas y obeliscos,  
los calados alcázares moriscos  
y las tristes mezquitas del Islam;  
las catedrales góticas, bordadas  
por ojivas y vidrios de colores,<sup>215</sup>  
donde aún resuenan místicos loores  
y se bendice el agua del Jordán.

Todo aquello se ofrece poco a poco  
a los ojos del sabio deslumbrado,  
no de un modo inarmónico agrupado<sup>220</sup>  
confundiéndose siempre acá y allá;  
sino con limpias líneas, destacadas  
del fondo azul del trasparente cielo,  
sobre el florido y nacarado suelo  
que el sabio ansioso recorriendo va.<sup>225</sup>

Una cintura de árboles y plantas  
cada prodigio artístico rodea,  
y el alma al contemplarlos se recrea  
en una doble y plácida ilusión;  
parece que el jardín de las Hespérides<sup>230</sup>  
sobre el templo de Júpiter irradia,  
y los verdes laureles de la Arcadia  
tejen una diadema al Partenón.

Aquellos anchos círculos de flores  
son de naturaleza tan extraña,<sup>235</sup>  
que el más ligero polvo las empaña  
y las deshoja el viento más sutil;  
jamás Kardec vio especies tan exóticas  
ni las soñó el botánico Linneo;  
seméjanse a las flores del deseo,<sup>240</sup>  
no se conocen en ningún pensil.

Hay jazmines de lágrimas del día

y azucenas de ráfagas de luna,  
camelias de vapor de la laguna  
y dalias de arrebol crepuscular;245  
parras de escarcha, cuyas blancas hojas  
suspendidas están en el vacío,  
con apretadas uvas de rocío  
que hace el soplo del céfiro oscilar.

Granados y laureles cristalinos250  
que de vidrio parecen a lo lejos;  
cipreses que del sol a los reflejos  
piras de fuego y escarlata son;  
acacias y naranjos, que conservan  
los cambiantes del iris en sus frentes,255  
y mirtos y palmeras transparentes  
de los copos de espuma del Cedrón.

Ni los ojos de Argos bastarían  
para abrazar tan vasto panorama;  
la vista del profeta se derrama260  
sobre tantos prodigios a la par;  
que trémulo, convulso, delirante  
bajo su etérea y diáfana corteza,  
inclinó sobre el pecho la cabeza  
por el genio dejándose arrastrar.265

Éste, bañando con algunas gotas  
de pura esencia su abatida frente,  
hizo cesar el rápido accidente  
y fuerzas nuevas al profeta dio;  
y prosiguiendo la celeste ruta270  
por aquel hemisferio portentoso,  
el genio con acento cariñoso  
así al profeta Allan Kardec habló:

«No te asombre, Kardec, que tu materia  
impura aún para el espacio este,275  
sienta al tocar su atmósfera celeste  
sensación fatigosa y terrenal;  
»aunque el Señor tu cuerpo ha depurado  
y sobre nubes de color te meces,  
no eres tan puro, Allan, como pareces280  
bajo ese limpio manto de cristal.

»No ha dejado tu espíritu la carne  
y lo fatiga su pesado yugo,  
mas ya que al que lo puede así le plugo,  
que sufras resignado fuerza es;285  
»aspira con valor y pecho firme  
estas auras divinas, aunque humano;

un genio de la luz guía tu mano  
y la tierra da vueltas a tus pies...

»Contempla en torno el delicioso mundo<sup>290</sup>  
que aun abarcar tus ojos no han podido,  
mira el etéreo ejército lucido  
de espíritus, que puebla esta región;  
»sus nombres a la tierra le son caros  
y aun viven en el libro de la historia;<sup>295</sup>  
aquí tienen la luz, allí la gloria,  
¡qué más han de exigir en su ambición!

»¡He allí a Newton, Copérnico y Euclides,  
Arquímedes, Diofanto y Galileo,  
los filósofos sabios del Liceo<sup>300</sup>  
y el pórtico severo de Zenón!  
»Sócrates y aquel genio delicioso  
que al cruzar los jardines de Academo,  
buscaba la verdad del Ser Supremo  
sumido en celestial contemplación.<sup>305</sup>

»Guttemberg, Volta, Vatt, Colón, Rogerio,  
Miguel Ángel, Calímaco, Cellini,  
Palestrina, Mozart, Auber, Rossini,  
Tácito, Ovidio, Horacio y Juvenal;  
»Cervantes, Calderón, Lope, Quintana,<sup>310</sup>  
Juan de Juanes, Rubens, Van-dik, Murillo,  
y otros grandes varones cuyo brillo  
conserva la morada terrenal.

»Ellos árbitros son de cuanto salta  
a nuestros ojos en el mundo este;<sup>315</sup>  
el tenue rayo de la luz celeste  
les da fosforescente lucidez;  
»y sus cuerpos, fugaces como estrellas,  
que escapan en las noches de verano,  
suben y bajan por el éter vano<sup>320</sup>  
girando con creciente rapidez.

»¿No es cierto que este cuadro tan gigante  
no cabe en la terrena fantasía?  
¡Oh, si pudieras como yo podría  
con estas nobles almas departir!...<sup>325</sup>  
»Mas ya que en sus designios misteriosos  
el Hacedor tal dicha te ha negado,  
acepta los favores que del hado  
puedes como elegido conseguir.

»¡Ven, cruzaremos los etéreos valles<sup>330</sup>  
a esos ligeros huéspedes unidos!

En sus bosques y cármenes floridos  
podremos sus misterios sorprender;  
    »aún restan maravillas que mostrarte,  
aún la ciudad aérea no conoces,335  
¡aquí viven los genios y los goces!  
¡Aquí mora la ciencia y el placer!»

Tal dijo el guía, y el sabio,  
paseando la mirada  
sobre aquella laureada340  
y espiritual legión,  
    vio bajo sus Perispíritus,(24)  
de radiosa transparencia,  
a los padres de la ciencia  
que guiaron su razón.345

Aquel luminoso ejército  
de filósofos y artistas,  
ligeros cual las aristas  
que levanta el vendaval,  
    ora en los limpios alcázares350  
de eterna luz penetraban,  
ora agrupados cruzaban  
el ámbito celestial.

De los pórticos aéreos  
lentamente descendían,355  
o meciéndose subían  
sobre nubes de color;  
    como bandadas de cisnes,  
que antes de nacer la luna  
descienden a la laguna360  
del crepúsculo al amor.

Contemplando tal prodigio  
Allan Kardec se extasía,  
y dócil atiende al guía  
que va de nuevo a partir;365  
    y ambos abordan el dédalo  
de florestas y palacios,  
sobre rampas de topacios  
y planicies de zafir.

- IV -

En aquel mar de espíritus radiantes370  
perdiéronse el Delirio y el profeta,  
como dos limpias gotas de rocío  
se pierden en los mares de la tierra.

Grata fruición, mezclada de amargura,  
el sabio Allan Kardec experimenta,375

en aquella región maravillosa  
donde no se percibe la materia.

Y siente descender al bajo mundo  
después de haber cruzado las etéreas  
llanuras donde moran los espíritus<sup>380</sup>  
envueltos en las luces de la ciencia.

Llévale el guía por aquella parte  
que más portentos a su paso muestra,  
y suben a los pórticos sagrados  
y en los regios alcázares penetran;<sup>385</sup>  
y nuevas maravillas le suspenden,  
y con nuevos prodigios se recrea,  
apurando el venero inagotable  
que tiende a fatigar su inteligencia.

A un lado y otro cien habitaciones<sup>390</sup>  
de formas delicadas y diversas,  
destacan sobre el fúlgido horizonte  
sus torres y sus cúpulas esbeltas;  
todas parecen de cristal y nácar,  
y cada cual en su portada muestra<sup>395</sup>  
a qué espíritu puro pertenece,  
o qué alma viene a descansar en ella.

Aquí se ve la casa de Copérnico  
adornada de signos y de estrellas;  
allí la del egipcio Tolomeo<sup>400</sup>  
guardada por esfinges gigantescas;  
en este lado la mansión extraña  
donde medita el alma de Villena,  
y en aquel, la del mago Nostradamus  
guarnecida de trípodes y emblemas.<sup>405</sup>

Sorprender los secretos que presiente  
en aquella región, Allan quisiera,  
mas obedece al celestial mandato  
y silencioso la ciudad observa,  
siguiendo con los ojos anhelantes<sup>410</sup>  
por las fúlgidas sábanas aéreas,  
a los nobles espíritus, que vagan  
semejándose a grupos de planetas.

«¿Ves, dijo el genio al sabio después de conducirlo  
por las extrañas vías del mundo celestial,<sup>415</sup>  
esas habitaciones seguras en el viento  
con torres de topacio y muros de cristal?

»¿Ves ese mar de espíritus de formas encantadas,  
cuyas flotantes túnicas de misterioso tul,  
ora toman del iris los múltiples colores<sup>420</sup>  
ora las suaves tintas del horizonte azul?

»¿Ves, en fin, las creaciones que guarda en sus museos

la Julnius de la ciencia, el mundo del saber?  
Pues aún no has contemplado el último prodigio,  
el foco de los goces, el Valle del Placer.<sup>425</sup>

»A mi siniestra asoman sus árboles frondosos,  
sus montes de esmeralda, sus riscos de coral;  
allí están los amantes que fueron en la tierra,  
y hoy son en ese valle sin parte material.»

Tal dice, conduciendo al trémulo profeta<sup>430</sup>  
por sendas de jacinto a un valle encantador,  
celeste maravilla velada por las brumas  
donde las almas gozan sus éxtasis de amor.

Visión octava  
Las almas simpáticas

Dulce es vivir eternamente en los brazos de la  
mujer amada.  
MIS RECUERDOS

- I -

Es un pequeño y delicioso valle  
de ópalo, nieve y púrpura bañado,  
por suaves eminencias limitado  
bajo un dosel de nubes de color;  
donde hay límpidos lagos de ambrosía<sup>5</sup>  
y arroyuelos de luz en áureos cauces,  
que van serpenteando entre los sauces  
sin levantar espumas ni rumor.

La flora etérea sus brillantes hijas  
viste de gala para aquel recinto,<sup>10</sup>  
y ellas en revoltoso laberinto  
matizan el espléndido vergel;  
formando verdes bóvedas de yedra  
círculos de boj y de romero,  
que abrazan el pajizo limonero<sup>15</sup>  
y circundan las ramas del laurel.

Ocultos pabellones, decorados  
con doseles de lirios y de rosas,  
brindan en sus hamacas vaporosas  
mecidas por el soplo del amor,<sup>20</sup>  
no el candente placer de los sentidos  
que huye como el relámpago ligero,

sino el goce tranquilo y duradero  
que ofrece a sus querubes el Señor.

Allí están los Espíritus simpáticos,(25)25  
las almas que en la Tierra se fundieron,  
y a conocerse en Júpiter volvieron  
libres de la envoltura material;  
que ahora en eterno lazo encadenadas  
se entregan a sus cándidos amores,30  
como blancas palomas entre flores  
por aquella enramada celestial.

El sabio reconoce los espíritus  
de la hermosa Beatriz y el torvo Dante,  
distinguiendo a la amada del amante.35  
En su cingulo estrecho de rubí;  
que conservan por gracia del Eterno  
las almas sus encantos terrenales,  
aunque dejan las partes materiales  
al depurarse y penetrar allí.(26)40

Ve también, sobre un lecho de jazmines  
y cerca de una fuente cristalina,  
a la voluptuosa Fornarina  
en los brazos del divo Rafael;  
Desnudo el cuello de cristal brillante45  
y flojo el cinturón del talle airoso,  
cual si entreabriera un sueño delicioso  
de sus ardientes labios el clavel.

Apercibe más lejos, a Julieta  
sostenida en su hamaca por Romeo,50  
meciéndose con suave balanceo  
al arrullo del céfiro fugaz;  
y allá, bajo una gruta de corales,  
sobre ligeras rosas reclinados,  
a Laura y el Petrarca, enajenados55  
en deleitoso y cándido solaz.

Ve a Francesca de Rímini y Paolo,  
a Leonardo de Vinci y su adorada,  
Horacio, su Glicera celebrada,  
y otras almas esclavas del amor,60  
que sus yerros purgaron trasmigrando  
hasta tocar la última existencia,  
en la cual, prodigando su clemencia,  
los une para siempre el Hacedor.

Sus placeres perpetuos se deslizan65  
sin hastío, sin lágrimas, sin duelo,

ora cruzan el ámbito del cielo  
ora bajan al mundo material;  
protegen, como el ángel de la Guarda,  
a sus pobres hermanos de la Tierra,<sup>70</sup>  
y hacen a otros espíritus la guerra  
si se ocupan rastros en el mal.

Allan Kardec recuerda suspirando  
por vez primera a su gentil amada,  
y siente que tan mágica morada<sup>75</sup>  
su Fátima no pueda percibir;  
y una lágrima brota de sus ojos,  
misteriosa expresión de su martirio,  
que al deslizarse sugirió al Delirio  
estas frases que el sabio pudo oír:<sup>80</sup>

«¿Lloras como débil hembra  
y por la envidia mordido,  
das insensato al olvido  
tu profética misión?

»¡La imagen bella de Fátima<sup>85</sup>  
ante tus ojos cruzando  
está tu pecho incendiando,  
hiriendo tu corazón!

»Yo, que el pensamiento leo,  
sé lo que pasa en tu alma;<sup>90</sup>  
no puedes mirar con calma  
la ajena felicidad:

»Y envidiando los placeres  
que gozan Beatriz y Dante,  
sueñas unirte a tu amante<sup>95</sup>  
por toda la eternidad.

»Esos dichosos espíritus  
que en estos lagos azules  
de sus túnicas de tules  
hacen ligero bajel;<sup>100</sup>

»que descansan sobre flores  
que nunca han de marchitarse,  
o vuelan a reclinarse  
bajo un etéreo dosel;

»esos genios siempre ansiosos<sup>105</sup>  
de estrecharse en tiernos lazos,  
y siempre hallando los brazos  
que su sed han de templar,

»la avidez de los placeres  
han despertado en tu pecho,<sup>110</sup>  
y hallando el espacio estrecho



a los ojos fue el pesar.

»¡Pobre sabio! ¿Dónde es ida  
aquella lógica helada?  
¿Aquella tan decantada  
rectitud de tu razón?

»¡Ay de ti, si yo dejara  
a tu afán tender el vuelo!  
¡Ay si no rasgara el velo  
de esa efímera ilusión!

»¿Crees que allá sobre la Tierra  
en tu Fátima adorada  
tienes el alma creada  
para ser tuya, por Dios?

»¿Crees que unidos subiréis  
aquí a gozar igual suerte,  
cuando el soplo de la muerte  
os robe el cuerpo a los dos...?

»¡Pobre Allan! ¿sabes acaso  
si tu graciosa querida  
te jura una fe mentida  
o paga ingrata tu amor?

»¿Sabes si un alma gemela  
se apasionó de la suya,  
y hoy en vez de ser la tuya  
goza aquélla su favor?

»Tal vez ¡ay! en tanto cruzas  
las regiones de la Gloria,  
ella olvida tu memoria  
en brazos de algún doncel;

»y se duerme fatigada,  
antes que nazca la aurora,  
del galán que la enamora  
bajo la custodia fiel.

»¡Sufres!... lo sé, mas ¡qué quieres!  
Dios quiso que tu existencia  
fuera sólo de la Ciencia  
que es la única verdad;

»arranca ¡oh sabio! del pecho  
esa pasión peligrosa...  
La Ciencia es madre amorosa  
que da la felicidad.

»Apóstol espiritista  
te debes a tus hermanos,  
que rastreros y livianos

viven y mueren sin fe:  
»¡Sígueme!... el libro sagrado  
donde la verdad se encierra  
para transformar la Tierra  
pronto te confiaré.160

»¡Ven al Parthenon! dejemos  
este valle perfumado  
donde débil te has mostrado  
por vez primera ante mí:  
»En su admirable recinto165  
tu misión más alta empieza;  
del Hacedor la grandeza  
has de conocer allí.»

Calló al fin el Delirio, y el profeta  
inclinando la frente avergonzado,170  
paseó la mirada  
última, sobre el valle perfumado.

Más bello y luminoso,  
de resplandor más vivo circüido  
pareció a Allan Kardec; que es más hermoso,175  
si no se ha de encontrar, el bien perdido.  
Pero venciendo aquella  
tentación vergonzosa,  
que su misión excelsa quebrantaba,  
como el Delirio altivo le ordenaba180  
volvió sin replicar sobre su huella.

#### Visión última La mansión de Pitágoras

Los fenómenos magnéticos de que el espiritismo se deriva,  
constituyen hechos a que podrá atribuirse una significación errónea;  
pero cuya existencia dentro de ciertos límites, y descartando la  
superchería, se encuentra comprobada.

R. MOLINA

- I -

Cruzando aquí un plantel de clavellinas,  
y allí un bosque de verdes limoneros,  
bajaron por las fértiles colinas  
del Valle del Placer, ambos viajeros;  
buscan por las pendientes cristalinas5  
los más cortos y fáciles senderos,

y hallan sin enfadosa dilación  
el llano donde se alza el Parthenon.

Rey de los monumentos, se levanta  
el Templo griego de fulgor bañado;10  
no en vano el arte, la belleza canta  
de aquel gran santuario celebrado.  
Allan Kardec con insegura planta  
sube al excelso pórtico estriado,  
de Fátima olvidando la memoria15  
al tocar los peldaños de la Gloria.

Parece que una nube misteriosa  
la columnata dórica rodea,  
crespón que veda a la mirada ansiosa  
que se goce en lo mismo que hermosea;20  
el sabio, detenido en la espaciosa  
entrada, desfallece, titubea;  
da un paso y retrocede, en su martirio,  
buscando con los ojos al Delirio.

Mas ¡oh sorpresa! el Guía infatigable25  
que le mostró aquel mundo prodigioso,  
despareció cual átomo impalpable  
en el éter brillante y luminoso;  
Kardec ante este arcano impenetrable  
adivina un suceso pavoroso,30  
y al verse abandonado de tal suerte  
siente el hálito frío de la muerte.

Ya su ánimo cansado decaía  
y la frente inclinaba dolorido,  
cuando una suave y dulce melodía35  
vino en la brisa a regalar su oído;  
el alto Parthenon se estremecía,  
en su base de nubes conmovido,  
y al reflejo de antorchas de colores  
el atrio se bañaba, en resplandores.40

Como el soldado perezoso y triste  
si escucha el toque agudo de diana  
despierta alegre y la coraza viste,  
en tanto que despunta la mañana;  
de nuevo brío el sabio se reviste45  
y presuroso el santuario gana,  
perdiéndose en el ígneo laberinto  
de su gigante y fúlgido recinto.

Halla el templo de espíritus poblado  
y henchido de perfumes y armonía,50

por lámparas de iris alumbrado  
y cubierto de ardiente pedrería;  
ve con asombro a uno y otro lado  
almas que por la historia conocía,  
que abriéndole ancha calle ¡oh maravilla!55  
doblaban silenciosas la rodilla.

Absorto por tan súbita ocurrencia,  
trémulo el pobre sabio se adelanta  
hacia un dosel de gran magnificencia  
que en el fondo del templo se levanta;60  
sobre las gradas hace reverencia  
antes de hollarlo con su débil planta;  
mas pronto un genio a levantarlo llega  
envuelto en rica vestidura griega.

El sabio lanza un grito de alegría65  
y vierte de placer copioso llanto,  
reconociendo a su prudente guía,  
cuyo abandono le abrumara tanto;  
recobra su valor y su energía,  
da gracias al Señor tres veces Santo,70  
y alza orgulloso la serena frente  
cubierta de aurëola refulgente.

A esta oración responde un alto coro  
que hace temblar el sacro santuario;  
órganos braman en tropel sonoro,75  
y cantos suenan en conciento vario;  
Homero da a Kardec la lira de oro,  
Moisés le entrega el fúlgido incensario,  
y otros nobles espíritus le aclaman  
y por único apóstol lo proclaman.80

Llévalo el guía al trono de topacio,  
que ocupa Allan Kardec con digno porte;  
parece un César dando en su palacio  
audiencia a dignidades de la corte:  
Nuevos cánticos pueblan el espacio85  
y entusiasman la célica cohorte.  
En honor del dichoso Evangelista  
que ha de formar la secta Espiritista.(27)

Un trípode ante el trono se levanta  
incrustado de rica pedrería,90  
que guarda en fuego, como prenda santa,  
un libro que las llamas desafía;  
hacia su hornillo ardiente se adelanta  
el misterioso y atrevido guía;  
lo hurta al fuego sin que éste le acometa,95

y lo rinde inclinándose al profeta.

«He aquí la Teodicea espiritista  
que ha de regenerar tu torpe mundo,  
dice el genio al absorto evangelista,  
que lo contempla con amor profundo;100  
si la propagas, como seca arista  
caerá el materialismo moribundo,  
y verán asombradas sus naciones  
derrumbarse las falsas religiones.

»Yo Pitágoras soy: mis obras fueron105  
las que en estos misterios te iniciaron;  
aunque otros grandes hombres las midieron,  
jamás en sus secretos penetraron;  
los que sedientos de verdad vivieron  
sus máximas sagradas despreciaron;110  
tú solo el alto enigma has comprendido,  
tú debes ser el único elegido.

»Vuelve a la Tierra: un mundo inteligente  
responderá a tu evocación sumiso,  
y envuelto en los miasmas del ambiente115  
secundará tus planes si es preciso;  
venia te doy para que el buen creyente(28)  
en espíritu ascienda al Paraíso,  
abismándose en éxtasis ascéticos  
por medio de fenómenos magnéticos.(29)120

»Cumple allá tu misión; si no es propicio  
el hado para ti sobre la Tierra,  
sufre por mi doctrina hasta el suplicio,  
que esa doctrina la verdad encierra;  
deja paso a la víbora del vicio,125  
da a tus pasiones incansable guerra,  
y vive descuidado de esa suerte  
hasta que avance para ti la muerte.

»Allan, mi noble Hipogrifo te espera  
del atrio en la famosa columnata,130  
ansioso de cruzar la limpia esfera,  
tascando el freno de brillante plata;  
el término hallarás de tu carrera  
por sendas nebulosas de escarlata...  
¡Mi buen profeta, adiós! yo te bendigo;135  
mi espíritu en la luz irá contigo.»

Esto dijo el gran Pitágoras  
estrechando a su elegido,  
que escuchaba conmovido

el mandato celestial:140

En tanto que los espíritus  
sus rapsodias entonaban,  
y en derredor se agrupaban  
del filósofo inmortal.

Pronto llegaron al pórtico,145  
donde con voz dolorida  
la postrera despedida  
dio a Pitágoras Kardec:

Éste en su siniestra puso  
del noble bruto las riendas,150  
y por las etéreas sendas  
volvió el sabio a descender.

- II -

Apenas el templo augusto  
fue envuelto en brumas de oro,  
y el eco del sacro coro155  
se apagó en la inmensidad,  
cuando Allan Kardec, atónito,  
vio el celaje oscurecerse  
y en el abismo mecerse  
la indomable tempestad.160

Retumbaba el ronco trueno,  
el sol sin lumbre yacía,  
y Júpiter se envolvía  
en fosfórico vapor.

Rasgaba la sombra densa165  
el relámpago pajizo,  
y se formaba el granizo  
a su pálido fulgor.

Sobre las preñadas nubes  
que el Hipogrifo rompía,170  
las esferas recorría  
el desatado huracán:

Y envuelto en las turbias olas  
de aquel horrendo Aqueronte,  
iba como Faetonte175  
rodando al abismo Allan.

Confuso medita el sabio  
en tan extraña aventura:  
¿Como tanta desventura  
tras tanta felicidad...?180

Este enigma misterioso  
más le abate y lo confundo,  
mientras en sombras se hunde

y arrecia la tempestad.

- III -

Brillo un nuevo relámpago; el profeta<sup>185</sup>  
vio una sierpe de fuego reluciente,  
y cayendo del bruto inteligente,  
al abismo sin término rodó.

Sintió el hálito frío de la tumba,  
se ofuscó por completo su sentido,<sup>190</sup>  
y como cisne por el plomo herido,  
otra vez en la Tierra se encontró.

\*\*\*

Es la Aurora: las fúlgidas estrellas  
palideciendo van a sus albores,  
álzanse gayas las pintadas flores<sup>195</sup>  
en la mansión tranquila de Kardec.

Y Fátima despierta con el alba,  
contempla a su señor y dulce amigo,  
que de su seno en el templado abrigo  
abre los ojos por primera vez.<sup>200</sup>

-«¿Fátima, dónde estoy? dice el profeta  
aún por su sueño mágico abrumado.  
¿Me separé esta noche de tu lado  
y con la luz del alba descendí?...

»¿Vinieron en la luna los espíritus<sup>205</sup>  
que habitan los planetas superiores  
a robarme a tu seno y a mis flores  
apenas delirando me dormí?»

-«Señor, dijo la esclava sonriendo  
y besando la frente del profeta,<sup>210</sup>  
es tal la pesadilla que os inquieta,  
que os hace con el día delirar.

«Ni un instante dejasteis mi regazo;  
dad esos locos sueños al olvido;  
sin tregua con la sombra habéis dormido<sup>215</sup>  
y en mis brazos volvéis a despertar.»

Inclinó el pobre sabio la cabeza,  
dudando a su pesar de lo que oía,  
y viendo que su amada sonreía,  
gozándose cruel en su aflicción,<sup>220</sup>  
abandonó la cámara lujosa  
y se alejó de allí con torvo ceño,  
diciendo tristemente: -«¿Ha sido un sueño,  
y sé bien que los sueños sueños son!»

## Conclusión

### El poeta

Crítico, te aconsejo  
que no frunzas el áspero entrecejo,  
si por desgracia mía  
cae en tus manos mi humilde fantasía.

Jamás vi de Mesmer la extraña cuba,<sup>5</sup>  
no me dio por probar el magnetismo,  
ni tuve pretensiones de ser medium,  
ni en ello me fiara de mí mismo.

Oscuro espiritista,  
aunque fui de sus sábados testigo,<sup>10</sup>  
no adquirí el raro don de doble vista  
ni hablaron los espíritus conmigo.

Por esta confianza,  
que precisa a mi ver la competencia  
que tengo en el asunto,<sup>15</sup>  
¡oh incógnito erudito,  
tu indulgencia y tu gracia solicito!

Siendo cosa probada  
que toda religión es revelada,  
y que sus Autos, Máximas y Textos<sup>20</sup>  
sabrosos, o indigestos,  
vinieron a las manos  
por arte inaccesible a los humanos;  
yo quise referir la historia esta,  
que no guarda el Kangur ni el Zendavesta;<sup>25</sup>  
pues aunque el Evangelio espiritista  
el alma de los crédulos conquista,  
y por evocaciones  
diz que se revelaron sus lecciones,  
le falta esa profética aureola<sup>30</sup>  
que hace rodar la religiosa bola:  
Por lo cual, si dijeres ser comento,  
como me lo contaron te lo cuento.

## Epístola

A mi querido amigo D. Pedro Román

Desde los verdes valles andaluces  
que a Écija la Fenicia dan asiento,  
te envió en un romance endecasílabo  
paz y felicidad, amigo Pedro:

Bien quisiera que fuese en noble oda<sup>5</sup>



en robustos y clásicos tercetos,  
pero faltara al arpa la cadencia,  
y el Dante y Tasso fruncirían el ceño.

Antes de entrar de lleno en la materia  
te voy a prevenir en un cuarteto,10  
que la armonía métrica me priva  
de darte en esta carta tratamiento.

Aunque, si bien se mira, importa poco,  
porque si fueran títulos añejos  
pase; mas el usted no nos da lustre,15  
y en pronunciarlo bien se pierde el tiempo.

Pero en fin, dando tregua a la manía  
de malgastar en los exordios versos,  
te voy a bosquejar mis impresiones  
en un tono romántico-poético...20

Cercada de olivares y praderas  
y en el fondo de un valle pintoresco,  
Écija eleva sus esbeltas torres,  
que lanzan sus agujas hacia el cielo.

Guirnaldas de frondosas alamedas25  
adornan el recinto de sus huertos,  
que el Genil va besando uno por uno  
como un padre querido a sus hijuelos.

Las flores y las frutas, en las aguas  
se miran orgullosas sonriendo,30  
como una joven cándida y gallarda  
en el óvalo limpio de un espejo.

Y los juncos que crecen en las márgenes,  
rendidos de las ondas a los besos,  
caen en arco arrastrando ti las adelfas35  
que celosas tal vez se entretejieron.

La golondrina cuelga de estos muros  
el nido en el que cubre a sus hijuelos,  
y pía revolando entre los álamos  
cuando deja su casa en el invierno.40

Y en los campos de espigas y amapolas  
que va besando el sosegado viento,  
canta la alondra al despertar el día  
y el ruiseñor cuando se oculta Febo.

La aurora tiene aquí gotas de aljófara,45  
la mañana celajes placenteros,  
la tarde nubes de oro y escarlata,  
la noche luna, estrellas y misterio.

De las cuatro paredes de mi patria,  
este, Pedro, es el pálido bosquejo;50  
por eso siento tan amarga pena  
cuando el abrigo de sus lares dejo.

¡Qué me valen las ondas de ese Betis,  
ni los góticos arcos de ese templo,  
ni el son de las campanas de esa torre,55

ni el arábigo alcázar de don Pedro!

¡Qué me vale el rumor de esos placeres,  
ni el florido pensil de sus paseos;  
si hallo la soledad en su bullicio  
y vivo como el lirio del desierto!60

Entre una sociedad indiferente  
que no puede apreciar lo que yo siento,  
¿qué dicha ha de buscar el que la suerte  
separa de la virgen de sus sueños?

Sólo le resta hallar los del pasado65  
placeres, en las horas del silencio;  
encendiendo en los rayos de la luna  
la lámpara vivaz de los recuerdos.

Yo no vivo por mí, vivo por ella;  
¡por ella! que es el cándido lucero,70  
que entre nubes de púrpura y de nácar  
asoma en el celaje de mis duelos.

Perdona, amigo, si te olvido un poco  
herido por la luz de los recuerdos;  
¡son tan bellas las tardes andaluzas75  
junto a una virgen de nevado seno!

Cuando el placer en torno se desliza  
y en copas de coral se bebe fuego,  
¡tú(30) sabes lo que es, si le has oído  
decir a una mujer: «¿Me quieres Pedro?»80

¿Es verdad que olvidaste la respuesta  
y olvidaste tal vez al mundo entero,  
si los labios que hicieron la pregunta  
no estaban de tus labios algo lejos?

¿Es verdad que empapado en una atmósfera85  
que templaba el calor de suave aliento,  
creíste respirar en tu locura  
el sándalo(31) y la mirra de los cielos?

¿Y sentiste dos almas confundidas  
elevarse en las alas del misterio,90  
y aun, perdona tal vez si fui prosaico,  
olvidaste el fatal tanto por ciento?

¡Oh, cuán dulce es mirarse en unos ojos  
que copian una pena y un deseo,  
como la nube y el cercano monte95  
la móvil luz del lago placentero!...

Pero advierto la tosca discrepancia  
que salta en el enlace de mis versos,  
al confundir el mundo del espíritu  
con el mundo MATERIA del dinero.100

Aunque, si bien se mira, está conforme  
con todos los filósofos modernos;  
y si quieres probar espiritistas,  
da en la piedra de toque de los pesos.

Que aunque brame la misma Pitonisa105

que evocaba el oráculo de Delfos,  
y el Koran y el Kangur se lo disputen  
al Génesis del viejo Testamento;

y aunque le pese a Buda y Zoroastro  
y a todo el mitológico colegio,110  
Dios hizo al hombre espíritu y materia,  
lo que es casi igual, ALMA y DINERO.

Y así estoy plenamente convencido  
que el espíritu puro va al Infierno,  
si no precisamente al de las llamas,115  
al del Hambre, que vale poco menos.

Ya que San Lucas se desvía un poco  
de este mi alambicado pensamiento,  
yo voy, si puedo, a dar pruebas patentes  
de que han metalizado hasta lo Etéreo.120

Empiezo por el sol y por la luna;  
dime si no es sabido desde Homero,  
que tiene el uno disco de oro puro  
y la otra plateados los cabellos.

Dime si los diamantes y el aljófar125  
no abundan en la aurora y los luceros,  
y la púrpura, el ópalo y la grana  
en la bóveda regia de los cielos.

Si esto encierra un axioma matemático,  
como ha de confesarme el mundo entero,130  
claro está que andarán arriba en coche  
y gastarán magníficos arreos.

Y la prueba que todos apadrinan  
las complicadas fases de este aserto,  
es que se visten todas las imágenes135  
de tisú, de brocado y terciopelo.

Tú me dirás que adónde voy sin tino  
vagando como grito de eco en eco:  
Voy a parar, que ya te iré cansando,  
a cantar la excelencia del dinero.140

Y después a decirte, que aunque admiro  
de Platón el soñado devaneo,  
sé que su escuela enseña el infortunio  
si no hay pan y cebolla cuando menos.

De todo cuanto abarca la natura145  
y cuantos seres guarda el universo,  
pájaros, peces, fieras y cuadrúpedos,  
y otras mil criaturas que no cuento,

sólo envidio las altas condiciones  
de un vicho verde, extravagante y feo,150  
que toma los colores de la atmósfera  
y vive sólo con la luz y el viento.

¡Salve, Camaleón, yo te saludo;  
tú el problema mayúsculo has resuelto,  
de vivir por el aire y con el aire155

sin tener que pensar en el sustento...

No necesitas muelas ni mandíbulas,  
ni te importa un chelín el pan ni el queso,  
y en tanto que los pobres racionales  
se rompen las costillas tras un hueso,160  
tú abres la boca con gentil pereza  
y tragas tus manjares succulentos,  
que son, nubes de insectos microscópicos  
en ráfagas pestíferas envueltos.

¡En verdad que es ley dura que ande el hombre165  
siempre tras la comida y el almuerzo,  
y no pueda nutrirse de ilusiones,  
siendo tan económico alimento!

No hay tirano más duro que el estómago,  
en vano es darle vueltas al pandero;170  
¡o comer o morir!... Parece broma,  
pero es algo pesada, amigo Pedro.

Muy bonito es el sol, cuando se almuerza,  
y muy azul, cuando se come, el cielo;  
pero en ayunas, siempre vemos nubes,175  
y es el azul más limpio, turbio y negro.

Y no será que yo pueda quejarme  
de esta ley del destino rudo y fiero,  
que en cuanto a mí he comido casi siempre,  
y creo que comeré si sigo bueno.180

Pero he multiplicado ya mis años  
por un probable cálculo aritmético,  
y creo que necesito algunas onzas  
para darle al estómago su diezmo.

Esto quiere decir, amigo mío,185  
los distintos conceptos reasumiendo,  
que pronto partiré de estos lugares  
como la arista que arrebatara el viento.

A buscar con la cítara en la espalda  
no la inmortalidad sino el dinero;190  
cambiando por las simas de la Corte  
el ángulo tranquilo de mi pueblo.

Muy triste es alejarse de la tierra  
donde humea el hogar de nuestro techo;  
muy triste es alejarse de la casa195  
donde ya sin nosotros pasa el tiempo.(32)

¡Triste es decirle adiós a nuestra hermosa,  
sólo con nuestro amor y nuestros duelos,  
y oprimir una mano tiernamente  
que tiembla de dolor y sentimiento!200

Triste, muy triste, mas acaso resta  
de la amistad el sincero consuelo,  
que aunque no puede hacer cesar la pena  
aduerme el corazón con su beleño.

¡Bien haya la amistad, lazo precioso205

con que uniera las almas el Eterno,  
bálsamo dulce que en las horas tristes  
calma el continuo afán de nuestro pecho!  
¡Bien haya esa afección, que cauteriza  
las heridas que encona el hado adverso!210  
Por eso te repito al despedirme  
¡bien haya la amistad, amigo Pedro!  
Año 1870

Oda a la inteligencia  
Leída en la solemne apertura del C. M. de Sevilla

Y en tanto el globo sin cesar navega

por el piélagos inmenso del vacío.  
QUINTANA

Ceñida de relámpagos la frente,  
como las aves de la virgen Cuba,  
que al retumbo del trueno  
van a romper el nebuloso seno:  
Del huracán que ruge en la montaña,5  
en alas me levanto,  
y despreciando del error la saña  
la inteligencia ante vosotros canto.  
Sacra deidad, que el rayo  
y la palabra al mundo encadenaste;10  
que el palo de los siglos detuviste  
y en mármoles y bronces le grabaste;  
que las entrañas del volcán hendiste  
y los abismos de la mar sondaste;  
presta a mi voz tu poderoso brío15  
para que en torno ruede el canto mío.  
¿Qué es la ignorancia? Faro ruinoso,  
que con fulgor incierto,  
llama al abismo la barquilla incauta  
que piensa hallar entre sus sombras puerto:20  
Catarata rugiente,  
que se arroja veloz de la montaña  
arrastrando en su rápida corriente  
palacios y cabañas;  
encendido torrente,25  
que troncha, arrastra, sume cuanto baña,  
y en su indómita furia sólo cesa  
cuando en ceniza convirtió su presa.  
Perdonadme, si evoco  
de una historia de luto hojas oscuras;30

el ignorante al sabio llama loco  
porque no ve la luz de sus locuras.  
Perdonadme, si hiero  
el corazón y el alma a un tiempo mismo,  
al mover las cenizas de los mártires<sup>35</sup>  
que destrozó el puñal del fanatismo.  
¿Qué veis en esa plaza,  
que la apiñada muchedumbre llena?  
¿Qué contempláis entre el espeso humo  
que lanzan las hogueras en la arena?<sup>40</sup>  
¡Un padre a su hijo abraza,  
al ver que el fuego sus entrañas lame,  
dando horroroso grito,  
y un sicario, dejándolo que clame,  
viste a su esposa el sucio sambenito!<sup>45</sup>  
Allá entre el humo, se vislumbra apenas  
como grupo de víboras odiosas,  
presenciando el inicuo sacrificio  
entre látigos, llamas y cadenas,  
el negro tribunal del Santo Oficio.<sup>50</sup>  
Talares ropas visten,  
y por sarcasmo inmundo,  
clavan sobre sus pechos criminales  
la santa cruz del Redentor del mundo.  
En vano el mar inocente llora<sup>55</sup>  
y atruena el aire en ronco clamoreo  
la esposa desolada,  
que a su esposo infeliz mira en la hoguera;  
la llama en torno sube,  
y del fuego al tenaz chisporroteo<sup>60</sup>  
cruje la piel y la mirada cesa;  
pronto será una trémula pavesa.  
Mirad ese aposento  
de potros y de máquinas horribles  
poblado aquí y allá; negros capuces<sup>65</sup>  
visten sus moradores; ¡del tormento  
es la sala sombría,  
donde apenas del día  
logran vivir las nacaradas luces!  
Allí un anciano está; triste, ojeroso,<sup>70</sup>  
en una tosca mesa reclinado,  
esculpida en su rostro luminoso  
la luz de la verdad que ha revelado.  
¡Es Galileo!! Con terror sombrío  
a sus verdugos bárbaros se entrega:<sup>75</sup>  
«Y en tanto el globo sin cesar navega  
por el piélagos inmenso del vacío.»  
La rueda del suplicio  
los miembros y los músculos magulla;  
llena el mundo fatídico anatema,<sup>80</sup>

y en nombre del que enciende los luceros  
se escarnece al filósofo y se quema.  
Cerca de los braseros  
que luminosas páginas devoran,  
premio de arduos afanes,85  
empuñando la antorcha, ávida aúlla  
negra trahílla de rabiosos canes:  
Pero basta de crímenes, ya el labio  
al pensamiento niega su tributo;  
y salvando un torrente90  
de lágrimas y duelo,  
tiendo sobre esa atmósfera de luto  
de la ignominia y del olvido el velo...  
Águila es el Saber, cuyo plumaje  
se despliega al fragor de la tormenta95  
y ni el medroso retumbar del trueno  
ni el rayo le amedrenta;  
que a la luz del relámpago, su vuelo  
clava en la nube que encapota el cielo,  
y salva precipicios y volcanes100  
cabalgando en los roncós huracanes.  
¡Subid, subid conmigo  
a la celeste bóveda! Copérnico  
os marcará del simoun el paso,  
y os dirá como el sol nace y desciende105  
desde el Oriente al encendido Ocaso.  
Newton revelará cómo se clavan  
esos soberbios ejes de diamantes,  
que cubren esas sábanas azules  
salpicadas de lámparas brillantes;110  
cómo rueda la luna  
en la noche apacible,  
y nos manda su rayo sosegado  
a deleitar el corazón llagado.  
Herschel os contará cuántas estrellas115  
pasan fugaces en la noche umbría;  
a dónde va la nebulosa vía,  
y a dónde paran su carrera ellas;  
Franklin el rayo alcanzará en su curso  
y os mostrará su esencia destructora,120  
y Montgolfiel os cernerá en los aires  
como rápida garza voladora.  
Si no os placen las nubes,  
descended con Colón al Océano;  
que a sondear el espacio y los abismos125  
a un tiempo alcanza el pensamiento humano.  
Miradlo: de la Rábida  
se dan al mar sus raudas carabelas,  
suenan las anclas al dejar las olas  
y el viento empuja las tendidas velas.130

El Atlántico gime  
bajo su planta preso,  
y del genio indomable que le oprime  
apenas puede soportar el peso:  
Pronto la tierra de su dicha foco<sup>135</sup>  
ha de tocar con ánimo profundo;  
pronto el sueño de un loco  
dará a Isabel la realidad de un mundo.  
¡Oh, qué cuadro más grande!  
¡Oh, cuán sublime el genio se levanta!<sup>140</sup>  
rompiendo las cadenas  
que el ciego fanatismo le imponía,  
cual pirámide santa  
que el soplo de los siglos desafía!  
¡Mártires de la luz, yo os reverencio!<sup>145</sup>  
¡Dormid en paz! El libro de la historia  
abre sus anchas páginas de gloria,  
y os da un lugar sagrado  
en el eterno Elíseo de la Ciencia.  
Hoy que del claro Betis en la orilla<sup>150</sup>  
se va a elevar al bien un templo santo,  
doblo, pues, la rodilla  
y en mi cítara humilde muere el canto.  
Año 1870

### Adiós a Rossina

He visto la luz en las orillas del lago de  
Nápoles...  
ROSSINA

¡Adiós, mujer! en el revuelto lecho  
te dejo descuidada dormir;  
fui para ti el relámpago que pasa  
y no vuelve a brillar.  
En tus labios marchitos por la orgía,<sup>5</sup>  
que el hálito del vicio mancillo,  
dejo de nuestra noche de locura  
la última impresión.  
Pilotos de los mares de la vida,  
nunca nos volveremos a encontrar;<sup>10</sup>  
yo voy cansado hacia la amiga playa,  
tú te lanzas al mar.  
Compré tu posesión, has sido mía  
en cuanto la materia puede ser;  
¡el alma no se compra en una noche!<sup>15</sup>  
de mísero placer!



Al dormirte en mis brazos vagó un nombre  
por tus candentes labios de rubí:  
No era el mío, y al verte sollozando  
tu duelo comprendí.<sup>20</sup>

Aun el inmundo légamo del vicio  
no ha manchado del todo tu candor;  
aun puede ser tu norte y tu esperanza  
la estrella del amor.

Dios acoge la tímida cordera<sup>25</sup>  
que busca arrepentida su redil;  
¡vuelve! ¡vuelve a la orilla de tu lago  
como yo a mi Genil!

Tal vez halles la calma en las caricias  
de tu napolitano pescador;<sup>30</sup>  
¡es tan cara la espléndida diadema  
que cuesta el deshonor!

Terciopelos y sedas te engalanan,  
los perfumes del nardo y el clavel  
saturan esas formas académicas<sup>35</sup>  
que soñó Rafael.

En un lecho de pluma regalado,  
bajo rico y flotante pabellón,  
te aduermes cuando cubren las estrellas  
la olímpica región.<sup>40</sup>

Mas ¿qué vale que en copa de ambrosía  
apures las esencias del placer  
y brilles como gota de rocío  
que el mar ha de sorber?

¡Los mismos que tus ósculos buscaron<sup>45</sup>  
trémulos de deseo y de pasión,  
no tendrán para ti cuando te olviden  
siquiera compasión!

Y cual la rosa que cayó en el polvo  
deshojada por ronco vendaval,<sup>50</sup>  
cruzarás el camino de la vida  
hundida en su arenal.

¡Oh! ¡si vieras cuán bellas a los ojos  
son las delicias del pasado bien  
cuando no han de tornar, cuando perdidas<sup>55</sup>  
para siempre se ven!

¡Cuántas veces ciñendo al breve talle  
la rica seda y el ligero tul  
habrás dado un suspiro recordando  
tu pobre falda azul!<sup>60</sup>

¡Cuántas veces en medio de la orgía,  
cuando rebosa el vino en el cristal,  
habrán bebido perlas de esos ojos  
tus labios de coral!

¡Cuántas veces, en fin, esos placeres<sup>65</sup>  
que no pueden llenar tu corazón,

te habrán hecho anhelar los sufrimientos  
que trae la expiación!...

¡Ay! vuelve, vuelve a tu tranquilo lago  
donde florece el mirto y el laurel,<sup>70</sup>  
donde se mece de tu pobre amante  
el humilde bajel.

Ahora sueñas tal vez con sus caricias,  
no has de hallarme a tu lado al despertar,  
soy para ti el relámpago que pasa<sup>75</sup>  
y no vuelve a brillar.

Sevilla, 1868

### Destrucción de Nabod

#### Profecía de Abiathar

Canto bíblico dedicalo a mi amigo el presbítero D. J. J. B.

Y el santo de Israel abrió su mano,

y los dejó, y cayó en despeñadero  
el carro, y el caballo y caballero.

HERRERA

«Hijos espúreos de Israel y Sara,  
que os revolvéis en el inmundo cieno,  
¡temblad! ¡temblad! de la venganza el ara  
pábulo tiene en el sagrado seno.

»El que a Moisés cubrió de etérea lumbre<sup>5</sup>  
y en la encendida zarza os dio su ley,  
presto la isräelita muchedumbre  
castigará como iracundo rey.

»La viva llama del profeta siento  
que el porvenir descifra ante mis ojos,<sup>10</sup>  
de Dios escucho el irritado acento  
que va rodando en los nublados rojos.

»Las altas torres conmovidas gimen,  
en su ancha base las murallas dudan,  
y unas con otras de terror se oprimen<sup>15</sup>  
las rudas piedras que su centro escudan.

»¡No habrá piedad! El niño, el triste anciano,  
la virgen con su túnica de lino,  
caerán bajo la argolla del tirano  
y el hierro matador del asesino.<sup>20</sup>

»¡Varones de Nabod! ¡Torpes matronas!  
oíd mi voz profética y tonante,  
que hendiendo el mundo por sus anchas zonas  
¡muere a los pies de Jehová triunfante!

\*\*\*

»¡Oíd!... oíd el belicoso estruendo<sup>25</sup>  
que el monte atruena y por los aires sube,  
de hombres y brutos el rumor horrendo  
que avanza y truena cual preñada nube.

»¡Mirad!... ¡Mirad!... Ejércitos lucidos  
llegando van en maniobra presta;<sup>30</sup>  
ved cómo brillan, por el sol heridos,  
escudo, capacete y sobrevesta.

»Negros crestones de ligera pluma  
ondean sobre las láminas de acero,  
cual en el mar cubierto por la bruma<sup>35</sup>  
los gallardetes del bajel velero.

»Y los arneses al chocar resuenan,  
y los corceles sobre espigas trotan,  
y el fértil campo las legiones llenan,  
y el grano esparcen y la<sup>(33)</sup> mies azotan.<sup>40</sup>

»¡Tiembra Nabod! Cuando del sol la lumbre  
deje en ocaso sus purpúreas rayas,  
como la peña desde el alta cumbre  
caerán tus orgullosas atalayas.

»Cual el robusto cedro levantado<sup>45</sup>  
elévase en sombrosas alamedas,  
álzase el rey convulso y agitado  
sobre su carro de crujientes ruedas.

»¡Es Saúl!... ¡Es Saúl!... Su regio manto  
plegado cubre la brillante cota,<sup>50</sup>  
ligero airón teñido de amaranto  
sobre su casco reluciente flota.

»Las riendas lleva con airado ceño,  
brilla en su diestra la fulmínea espada,  
tiemblan los brutos a la voz del dueño<sup>55</sup>  
que ronca sube a la región velada.

»Ya el ejército apresta a la batalla,  
ya las extrañas máquinas ordena  
con que ha de hacer rodar de la muralla  
la altiva torre y la elevada almena.<sup>60</sup>

»Ya lo contemplo rápido avanzando,  
con fiera saña y fastuosa pompa,  
los ricos campos sin piedad talando  
al ronco son de la guerrera trompa.

»¡Escuchad!... El espacio ronco atruena<sup>65</sup>  
el eco de salvaje gritería,  
la máquina conmueve hasta la almena,  
y comienza la atroz carnicería.

»El duro pie de la orgullosa torre  
tiembla al impulso de gigante empuje,<sup>70</sup>  
y aunque Nabod a su defensa corre,  
al desplomarse con estruendo cruje.

»Y por la brecha, cual rabiosos canes  
que cerca miran azorada cierva,

se lanzan los briosos alazanes<sup>75</sup>  
que apenas tocan la menuda yerba.  
\*\*\*

»¡Oh, pavoroso instante! El sol se oculta  
porque su presa el águila no vea,  
y el horror con la sombra el miedo abulta,  
donde no da su luz la roja tea.<sup>80</sup>

»¡Doncellas, niños, débiles ancianos  
llorosos ruegan y llorando mueren!  
Del enemigo las sangrientas manos  
al indefenso y a la hermosa hieren.

»¡Nabod! ¡Nabod! Tus hijos perecieron,<sup>85</sup>  
tus vírgenes llorosas deshonraron,  
en el polvo tus torres escondieron,  
en la tierra tus templos sepultaron.»

Esto dice el profeta al pueblo Nabodita  
leyendo en las tinieblas del hondo porvenir,<sup>90</sup>  
y a dar su hogar al fuego severo les incita,  
antes que ajena mano lo venga a destruir.

La multitud le escucha, y él fija la mirada  
en el ardiente punto por donde escapa el sol,  
así exhorta a la turba sumisa y contristada,<sup>95</sup>  
envuelto en los reflejos del último arbol:

»¡Seguidme, Naboditas! Rogad al Dios clemente  
que guía las palabras y el paso de Abiathar,  
¡rogad al que moviendo su mano omnipotente  
caballo y caballero hundió en el rojo mar!<sup>100</sup>

»Rogad al que templando la arena del desierto  
camino placentero al pueblo suyo dio;  
maná cuando rogaba de sed y hambre yerto,  
consuelo cuando triste consuelo le pidió.

»Rogad al que la peña trocó en sonora fuente<sup>105</sup>  
y en sierpe venenosa la vara de Moisés,  
al Dios que marca el giro de Sirio refulgente,  
al Dios que llena el campo de néctar y de mies.

»¡Llorad y arrepentíos! Tal vez de la venganza  
la espada fulminante mi Dios retirará,<sup>110</sup>  
tal vez entre arboles el iris de bonanza  
en el tendido espacio riente asomará.

»¡Seguidme, Naboditas! Mi súplica ferviente,  
al Dios de los ejércitos no ceso de elevar,  
al Dios que abriendo un día su mano omnipotente<sup>115</sup>  
caballo y caballero hundió en el rojo mar.»

Año 1867

Al dinero

Poesía leída en el Coliseo Ecijano en Diciembre de 1869

Poderoso caballero  
es don Dinero.  
QUEVEDO

Puesto que a Juan y Juana y Pedro y Pablo  
compuse y descompuse a pura estrofa,  
fácil será, vocablo tras vocablo,  
un sáfico enjergar de buena estofa;  
unas octavas dadas al diablo,<sup>5</sup>  
un florido soneto a la alcachofa,  
una silva al relámpago pajizo  
y una süave erótica al erizo.

Mas fáltame saber, fácil gracejo,  
constancia en el poético trabajo,<sup>10</sup>  
clásicos que además de ser mi espejo  
de Helicon señalen el atajo;  
fruncir con aire adusto el entrecejo,  
tomar la pluma; y el papel debajo,  
agarrar a una musa por la trenza,<sup>15</sup>  
y decir: ven acá, poca vergüenza.

Escribo ya: Al Amor, borro y prosigo;  
burlándoseme está la musa aleve.  
¿Quién osa recordar al ciego amigo  
en el lumbroso siglo diez y nueve?<sup>20</sup>  
Corrijo: A la Verdad, tácholo y sigo.  
¿Quién tales aguas en la tierra bebe?  
¡A ver! ¡ya di en el quid! ¡¡Oda al Dinero!!  
Ya estático me escucha el mundo entero.

Ya desde el perillán sepulturero<sup>25</sup>  
que el cadáver despoja sonriente,  
hasta el lánguido prócer altanero  
que se reclina en pluma adormeciente;  
desde el negro y honrado carbonero  
hasta el blanco y vicioso adolescente,<sup>30</sup>  
sin escuchar envidia dicen quiero,  
que es un albur de mágico el dinero.

Bello es cantar las márgenes del río  
con su alfombra de frutos y de flores,

salpicadas con gotas de rocío<sup>35</sup>  
de una aurora de tibios resplandores;  
bello es cantar las tardes del estío  
con sus nubes de trémulos colores;  
bello es cantar las noches estrelladas  
de misteriosas sombras adornadas.<sup>40</sup>

Bello es cantar la suspirante boca  
de una virgen de negra cabellera,  
en cuyo labio, que al amor provoca,  
puso Venus su púrpura hechicera;  
que hace brotar los lirios cuando loca<sup>45</sup>  
con su ligera planta la ribera;  
y retirar al sol sus rayos rojos,  
porque son más oscuros que sus ojos.

Bello es cantar la luz, la flor, el ave,  
el mar con sus espumas y sus olas,<sup>50</sup>  
del Véspero la ráfaga suave  
que va besando espigas y amapolas;  
esto es bello y poético, y se sabe  
qué dio laurel a Lamartine y Arolas;  
pero es más provechoso a lo que infiero,<sup>55</sup>  
que las estrofas suenen a dinero.

Tal vez alguna candorosa oveja  
que no conozca más que su manada,  
fruncirá con desdén la fina ceja  
de mi prosaico acento disgustada;<sup>60</sup>  
pero si esto lo escucha alguna vieja  
que esté ya por el lobo amaestrada,  
os dirá que el mejor de esos poetas  
no vale en buena venta tres pesetas.

¡Oh dinero! Alcahuete deslumbrante,<sup>65</sup>  
que cubres cual la capa del Demonio  
las faltas de la joven intrigante  
que se lanza a buscar un matrimonio;  
que tornas en cuadrúpedo constante  
al bípedo que huele un patrimonio;<sup>70</sup>  
mi arpa canta tus caras y tus cruces  
desde mis hondos valles andaluces.

Oigo la voz del mundo alborozado  
atento a este metálico repique;  
a todos place el círculo dorado,<sup>75</sup>  
sea el busto de Isabel o de Felipe;  
quitad al mundo el Dios que se ha forjado  
y habréis echado su cimiento a pique;  
que aun se estrechan temblando las naciones

porque sonaron tres napoleones.80

¡Dinero! Que se sacie mi codicia,  
a coro clama la insaciable gente;  
¡vendemos vida, amor, honor, justicia!  
Para calmar nuestra ambición ardiente;  
¿llamas vicio a la usura y la avaricia?85  
Loco estás, buen amigo, enteramente;  
¡si la virtud se cambia por dinero!  
¿Serás más cuerdo tú que el mundo entero?

La muerte es desear, la vida el oro,  
puesto que sacia el goce y el deseo,90  
no hay son más incitante ni sonoro  
que el choque del metal del fariseo;  
y aunque después derrame turbio lloro  
ahogándose en las aguas del Leteo,  
el mundo clama en su delirio fiero:95  
¡Al Diablo la virtud, venga dinero!  
Año 1869

Las hojas secas  
A la eminente trágica Carolina Civili, en su álbum

Cuando en la tarde del Otoño triste  
baja el sol entre púrpura a las ondas,  
el céfiro que juega por las selvas  
hace caer las amarillas hojas.

Ya con soplo apacible las esparce,5  
ya entre el césped menudo las coloca,  
ya poco a poco las reúne en grupos  
haciéndolas crujir unas con otras.

Ya vuelan entre el polvo como nubes  
de doradas y sueltas mariposas,10  
o ya suben y bajan por el éter  
como insectos fantásticos de sombra.

Y revueltas en círculo las abre,  
y las hace volar hacia las rocas,  
hasta que al fin las sume en el torrente15  
haciéndolas juguete de las olas.

Así tú, Carolina, nos impeles,  
como el soplo del céfiro las hojas...  
De torbellinos de placer y amores

a precipicios de amargura y sombra.<sup>20</sup>

Cuando lo quieres el afán concluye,  
cuando lo quieres el pesar se colma;  
si a ti te place nuestro llanto surge,  
si a ti te place nuestra risa brota.

Cuando tu mano trémula sostiene<sup>25</sup>  
el puñal o el veneno de los Borgias,  
o tus labios desprecian los placeres  
de las nobles impúdicas de Roma;

ya luches con los césares altivos,  
ya tengas las diademas por alfombras,<sup>30</sup>  
ya sufras los tormentos de Estuarda  
o las tiernas angustias de Sofronia,

siempre dóciles giran al impulso  
de las pasiones que inspirada copias,  
los corazones que tu voz conmueve<sup>35</sup>  
y que ante ti sin voluntad se postran.

Yo, pobre trovador que en este valle  
por tí arranco al laúd candentes notas,  
y veo tu imagen al nacer la luna,  
y al despuntar las luces de la aurora,<sup>40</sup>

no tengo una corona de rubíes,  
y así de Pensamientos la corona  
te ofrezco, que en mis débiles cantares  
dejó<sup>(34)</sup> de tus encantos la memoria.  
Año 1868

En la catedral de Sevilla  
A mi querido amigo D. Aurelio Orduña

¿Quién es Dios? ¿Dónde está?  
ESPRONCEDA

Ya declina la tarde: en torno mío  
se revuelven las sombras,  
escalando los góticos pilares  
del silencioso templo;  
esparcen oscilando<sup>5</sup>  
las lámparas sus trémulos fulgores,  
y los rayos del sol que va espirando  
se quiebran en los vidrios de colores.



Larga fila de fúnebres fantasmas  
que esconden sus cabezas en un cielo<sup>10</sup>  
de tinieblas profundo,  
semejan las arcadas,  
que se elevan titánicas del suelo  
cual si pugnaran por dejar el mundo.

Quéjase el pavimento<sup>15</sup>  
del pie que hiere las heladas losas  
con punzante gemido,  
y las sombrías bóvedas medrosas  
repiten el rüido.

Desparecieron las purpúreas luces<sup>20</sup>  
que bañaron las rosas y los lirios;  
ya se destacan las sombrías cruces  
al fulgor misterioso de los cirios.  
Las imágenes quieren desprenderse  
del lazo que las une a sus altares,<sup>25</sup>  
y veo sombras fantásticas mecerse  
en cúpulas, ojivas y pilares.

No turba un solo eco  
la apacible quietud de esta morada,  
sólo allá entre los altos rosetones<sup>30</sup>  
cecea la lechuza acurrucada;  
y el monstruoso engendro de la sombra  
tiende en ella sus alas puntiagudas  
con revueltas extrañas,  
despareciendo rápido en los antros<sup>35</sup>  
donde sus telas urden las arañas.  
El toque de oración de la campana  
en la torre no zumba,  
ni apagando levítica plegaria  
el órgano retumba<sup>40</sup>  
bajo la inmensa nave solitaria.

El silencio es el huésped misterioso  
que el sacro asilo mora;  
sólo el reloj, que gira sin reposo,  
lucha con él al señalar la hora;<sup>45</sup>  
y repitiendo el golpe compasado  
con sarcasmo profundo,  
va sumiendo en el lago del pasado  
las horas que desprecia el pobre mundo.

¡Tinieblas, soledad, mármoles fríos,<sup>50</sup>  
trémulas luces que brilláis lejanas  
en ángulos sombríos,  
como estrellas livianas,  
que allá desaparecieron,  
polvo de los que fueron,<sup>55</sup>  
ved donde van los pensamientos míos!

\*\*\*

¿Por qué, en este recinto

donde no llegan nunca los rumores  
del mundo revoltoso,  
donde el misterio a la oración convida,<sup>60</sup>  
no halla siempre reposo  
el viajero cansado de la vida?

¿Por qué aun bajo estas bóvedas,  
mudas como la losa del sepulcro,  
forja el mortal candentes ilusiones<sup>65</sup>  
y no logra acallar el alarido  
que alza en su seno el mar de las pasiones?

Aquí estoy, a los pies de un crucifijo,  
envuelto en las tinieblas indecisas;  
al Eterno mis súplicas dirijo<sup>70</sup>  
con el perfume de las sacras brisas,  
y lucho aún, y vienen los recuerdos  
de dichas que pasaron  
a desgarrar mi pecho dolorido,  
y no logro evocar en mis plegarias<sup>75</sup>  
la misteriosa virgen del olvido.

¿Dónde están los placeros  
que forja la ilusión? ¿Dónde la dicha,  
tras la que corre el hombre presuroso?  
¿Dónde la gloria? ¿Dónde<sup>80</sup>  
la eterna fuente de Verdad se esconde?

En vano aquí rendido  
llego a las puertas de la fe, mi alma  
no puede hallar la calma  
aunque suena su cántico en mi oído.<sup>85</sup>  
El árido desierto que he cruzado  
mi planta ensangrentó con sus abrojos,  
y tanto ¡ay! he llorado,  
que ya no tienen lágrimas mis ojos.

¡Quiero creer! ¡Yo ansío<sup>90</sup>  
la luz de la verdad! Cuando en presencia  
de Dios nos encontramos,  
siendo el único juez nuestra conciencia,  
las úlceras más hondas confesamos.

Trémulo he interrogado a las estrellas,<sup>95</sup>  
al sol radioso que en oriente arde,  
a esas creaciones múltiples y bellas  
que cubre con sus besos por la tarde;  
a cuanto vive en torno,  
a cuanto yace en el profundo abismo;<sup>100</sup>  
a esta llama increada  
que siento arder espléndida en mí mismo;  
y al darme una respuesta misteriosa  
cuya razón a descifrar no acierto,  
he inclinado la frente fatigosa<sup>105</sup>  
creyendo siempre que soñé despierto.

¡Cuántas veces al pie de esos altares,  
cuando el rumor del día es más escaso  
y los rayos solares  
caminan entre púrpura al ocaso,110  
luchando con la esfinge de la duda  
que en un ángulo oscuro se mecía  
así ante los sepulcros  
tristemente decía!...  
-¿Qué hay detrás de la muerte?115  
¿Qué hay antes de la vida?  
¿Qué término nos fija allá la suerte?  
¿Cuál es del alma el punto de partida?-  
Y temblando esperaba  
que alzándose las piedras sepulcrales,120  
respondieran las sombras  
a estas preguntas tristes y fatales.  
¡Vana esperanza! Fijos  
los mármoles yacían  
sobre el humano polvo que cubrían;125  
y en tanto que la duda  
bajaba a darme recelosa ayuda,  
la oración escapaba  
y una incrédula frase suspiraba.  
Hoy no vengo a arrancar a esos sepulcros130  
el misterioso arcano de la muerte,  
ni a implorar del Eterno  
la clave ignota de la humana suerte;  
hoy tan sólo cansado, dolorido,  
y ansiando un puerto de segura calma,135  
vengo a buscar aquí la paz del alma  
y la flor sin perfumes del olvido.  
¡Mas inútil afán! De las pasiones  
también aquí penetra el sordo acento,  
también en la quietud del santuario140  
truenan la voz del mundo turbulento.  
En vano mis plegarias  
al Eterno dirijo,  
perdido en estas naves solitarias,  
arrodillado al pie de un crucifijo.145  
Vuelvo a caer bajo la garra aguda  
de la helada razón y la experiencia,  
y no deja el demonio de la duda  
reinar la fe y la paz en mi conciencia.  
Año 1869

Una esperanza perdida  
A mi simpática amiga Lola

Mentira son sus amores  
mentira son sus victorias,  
y son mentira sus glorias  
y mentira su ilusión.  
ESPRONCEDA

- I -

Si una kadsida moruna  
no suena en el arpa mía,  
lánguida como la luna  
al bañarse en la laguna  
cuando va muriendo el día;5

si de sus cuerdas de oro  
no arranco plácido son,  
como el eco del ¡te adoro!  
que lleva el viento sonoro  
al entreabierto balcón,10

es porque en esa sonrisa  
que vaga en tus labios rojos,  
acre llanto se divisa;  
es que desmiente a esa risa  
la tristeza de tus ojos.15

Tal vez, Lola, bien no acierte  
a descifrar ese arcano;  
tal vez por no comprenderte  
amarga cicuta vierte  
sobre este papel mi mano.20

Mas si acaso el triste canto  
te duele del arpa herida,  
si te hace saltar el llanto  
el doloroso quebranto  
de una esperanza perdida,25

te mostraré de este suelo  
mentiras, no realidades,  
que son el triste consuelo  
que templan el hondo duelo  
de sus amargas verdades.30

Que yo sé lo que es amor,  
y sé lo que tú padeces,  
y sé lo que es el dolor,  
y he apurado muchas veces  
la copa del sinsabor....35

¡Amor!... celeste perfume  
que las almas embriaga,  
que dos en una consume,  
que esta vida réasume  
y hasta en lo infinito vaga.40

Astro de trémula aurora  
que hiende la húmeda bruma,  
regia perla de Bassora  
que incita a la pescadora  
escondida entre la espuma.45

Sueño de noche de estío,  
dulce como el murmurar  
de las ondas de ese río,  
que por el bosque sombrío  
va caminando hacia el mar.50

Cuando tu aroma aspiramos,  
cuando tus goces sentimos;  
cuando tu néctar libamos,  
tan dichosos nos hallamos  
como desdichados fuimos.55

Porque el amor es la vida  
como el hastío la muerte,  
porque el alma embebecida  
amando, vuela atrevida  
y en águila se convierte.60

Águila que desde el prado  
tendiendo su regio vuelo  
por el ámbito aromado,  
cruza el éter azulado  
y va a perderse en el cielo.65

Tal es el amor, Dolores,  
en su grata primavera,  
cuando viene a ornar de flores  
y a bañar con sus colores  
el alma por vez primera.70

Cuando el corazón se lanza  
en ese edén prometido,  
cuando no se nos alcanza  
que pedirá la esperanza  
el bálsamo del olvido.75

- II -

Mas permite que mude, Lola hermosa,

las luces de mi mágica linterna,  
y cambie por su lámpara de rosa  
la luz de la verdad que nos gobierna.  
Si su vista te fuera dolorosa<sup>80</sup>  
cambiaré acto continuo de lucerna,  
que es tan fértil su cámara en colores  
como el mundo en mentiras y dolores.

Lola, cuando venimos a la vida  
tranquilo el corazón, de gozo henchido,<sup>85</sup>  
todo a goces y amores nos convida,  
todo de rosa y oro está vestido;  
ni una sola ilusión desvanecida  
arranca al corazón triste quejido;  
que cruzamos el mundo dilatado<sup>90</sup>  
como el ave marina el mar salado.

La hermosura del valle nos encanta,  
la claridad del sol nos extasía,  
el ave amante que en las ramas canta  
y de la flor la plácida ambrosía;<sup>95</sup>  
la luna que entre nubes se levanta  
cuando cayendo va el tranquilo día,  
la blanca estrella que a lo lejos arde  
con las últimas luces de la tarde.

Mas pasa la ilusión con sus placeres<sup>100</sup>  
al pasar esas horas de la infancia,  
y viene a regalarnos padeceres  
de la suerte la frívola inconstancia;  
como la espiga que llenara Ceres  
de granos áureos y sutil fragancia,<sup>105</sup>  
que ve caer sus galas seductoras  
al golpe de las hoces segadoras.

Mentira fue el amor que nos forjamos,  
mentira la amistad que nos tuvieron,  
las dichas que al soñar acariciamos<sup>110</sup>  
como sombras fantásticas huyeron;  
mentira los placeres que gozamos,  
mentira las delicias que trajeron,  
mentira hasta lo mismo que sufrimos,  
mentira hasta el espacio en que vivimos.<sup>115</sup>

La esperanza al dejarnos su abandono  
trueca nuestro placer por sus dolores,  
y al tocar de la suerte el rudo encono  
lloramos de su ausencia los rigores;  
(mas quiero a mi placer mudar de tono,<sup>120</sup>  
y no has de murmurar, bella Dolores,

porque cambie la octava por romance  
antes que me suceda algún percance.

- III -

Lola, digo (y no te enfades  
porque no diga Dolores,125  
pues para empezar romances  
es asaz largo ese nombre)

que ambos vamos por la senda  
de matizados colores...

Esa senda de la villa130  
a que llaman ilusiones.

Yo, por suerte, voy delante  
y he cruzado a Sur y Norte  
ese camino engañoso  
que hasta el fin no se conoce.135

Por eso quiero mostrarte  
sus resbaladizos cortes,  
sus simas de abrojos llenas  
aunque cubiertas de flores;

Fulano quiere a Fulana;140  
Fulana, que lo conoce,  
mira, inspecciona y comenta  
si conviene nuestro hombre.

No importa que zafio sea,  
lo que importa es el importe,145  
y en teniendo peluconas  
hay doradas ilusiones.

Esto es cuestión de garbanzos,  
que con amor no se come,  
y el que no come no vive150  
aunque ame por cien, Dolores.

Amor tuvo en otras épocas  
mil cumplidos campeones,  
hablen Orlandos y Cides  
y otros apuestos varones;155

mas en el siglo del gas,  
del buen tono y los doblones,  
eso está ya tan gastado  
como el corazón del hombre.

No hay cosa que no se venda,160  
no hay cosa que no se compre,  
que el oro ablanda el diamante  
y doma el mármol y el bronce.

De aquí nace claramente  
sin clásicas sinrazones,165  
que el hombre compra mujeres  
y la mujer compra hombres.

En esta compra va implícito  
el amor que él atesore,

como ella a más del cariño170  
remolca el ansiado dote.

Murmurarán los románticos,  
harán asco los que lloren  
sus perdidas esperanzas  
y perdidas ilusiones;175

mas el mundo, que no cura  
de llanto y lamentaciones,  
seguirá siempre en sus trece  
aunque lo manden catorce.

Virtud, es palabra vana,180  
pasión, es cosa de zotes,  
amistad, menos que nada,  
menos que cero ilusiones.

Así pues: por esta senda  
que ambos cruzamos, Dolores,185  
todo lo que hermoso miras  
tiene su perfil deforme.

Me dijiste cierto día  
(mejor dicho, cierta noche)  
que a tu esperanza perdida190  
dedicara unos renglones.

Yo te complazco y te digo  
que esos sueños no deploras,  
porque llorarás mentiras  
que no merecen las llores.195  
Año 1867

La batelera

Balada

Para el álbum de mi joven amigo Juan Pérez

-La luna besa tu blanca frente,  
¿por qué no dejas que yo la bese  
después de darte mi corazón?  
¿Crees que los rayos de ese astro hermoso,  
que impunemente tocan tu rostro5  
serán más puros que mi pasión?  
¡Ay, batelera napolitana,  
por Dios no bajas a tu cabaña  
sin que me dejes tocar tu sien!  
¡La luna besa tu blanca frente!10  
¿Por qué no dejas que yo la bese,  
si eres mi vida, mi único bien?...  
-Porque la luna besa mi frente,  
¡ay! yo no quiero que tú la beses



aunque perdiera tu corazón;15  
porque los rayos de ese astro hermoso,  
que impunemente tocan mi rostro,  
caricias sólo del cielo son.  
Tu mano arde, tu aliento quema,  
¡ay, tus caricias son de la tierra,20  
como ella pueden desaparecer!  
Y por los goces perecederos,  
que con sus galas viste el deseo,  
jamás mis lágrimas han de correr.  
Año 1870

A Cástulo

A mi amigo D. Juan Llorente

Cástulo; si el espíritu maligno  
que la cuadriga estúpida dirige  
de este siglo de máscaras indigno  
sopla mi trompa, y el sarcasmo elige,  
no me motejes de impostor artero,5  
pues ya sabes quién dijo lo que dije.  
La pluma en el diabólico tintero  
a mi pesar empapo, pues la diestra  
me oprime con sus músculos de acero;  
y no se ha de extrañar, si en su siniestra10  
mala intención y redomadas mañas,  
saca lo más secreto a la palestra.  
No diré a la verdad cosas extrañas,  
pues que serán secretos mundanales  
que son más realidades que patrañas.15  
¡Secretos! Pues los callan los mortales  
aunque sepan demás uno por uno  
su número con pelos y señales.  
Mas un temor involuntario aduno:  
¿Hosco el semblante escuchará la gente20  
mi canto, en realidades importuno?  
¿Cómo decir al general valiente  
que en mil batallas ocultó su miedo,  
que es farsa ese valor enteramente?  
¿Cómo decir al que destroza el credo25  
de oscura iglesia en ángulo apartado,  
la bóveda atronando con denuedo,  
que ese golpe de pecho compasado,  
que esas cuentas que bañan turbio lloro,  
es de hipócrita fe traje robado?30  
¿Cómo decir al que apilando el oro  
forma de pobres chozas real morada

y del sudor ajeno su tesoro,  
que esa regia techumbre artesonada,  
que esa cúpula y pórtico labrado<sup>35</sup>  
es del robo la fruta sazónada?

Y en fin, ¿cómo decir al potentado  
que altivo con su título se mofa,  
del que no recibió favor del hado,  
que un gitano cualquiera es de su estofa,<sup>40</sup>  
coma el uno faisán en áurea fuente  
y el otro cebollinos y alcachofa?

Dirás que es la verdad pura y patente:  
Mas ¿qué importa en el siglo de las luces  
la verdad sin ropajes a la gente?<sup>45</sup>

La rapiña se cubre con las cruces,  
la vida libertina con buen tono,  
el gallego con trajes andaluces;  
de bardo se disfrazaba cualquier mono,  
cualquier asno de clásico y de crítico,<sup>50</sup>  
de doctor el gazzápiro colono;

el tahúr cortesano de político,  
el bolsista de honrado patriota,  
de liberal filántropo el raquíptico.

¿No juzgas, caro Cástulo, chacota,<sup>55</sup>  
entre piélagos tales de mentira,  
hallar de la verdad la fuente ignota?

Si de lo mucho que a tu lado gira  
algo sin dolo por ventura viste,  
dímelo y presto pulsaré la lira.<sup>60</sup>

Amor no busques, que si acaso existe,  
es a esa cosa que dinero llaman  
y que de rica posición reviste.

Sólo al orgullo las mujeres aman,  
y aunque doliente el corazón se queja,<sup>65</sup>  
por oro viven y por oro claman.

De hermosa joven o coqueta vieja,  
amante bruto con cuantioso dote  
jamás en vano molestó la oreja.

Pues aunque en vez de enamorarlas bote,<sup>70</sup>  
suplen las onzas que apiló su abuelo  
lo que él adune de maligno zote.

Si quieres gloria sin marcharle al cielo,  
habla y adula al que poder alcance  
para que pique tu servil anzuelo.<sup>75</sup>

Nunca envidié tan peligroso trance,  
que es una gloria por infierno dada  
y en él la trocará el menor percance.

Amistad es también fruta vedada,  
amigos mil te estrecharán la mano<sup>80</sup>  
para darte en la sombra una estocada;  
que son tal vez como el rapaz milano,

que oprime al ave con su corva garra  
antes que pose en el florido llano.

¡Honor! ¡Ni en el escudo de Navarra<sup>85</sup>  
encontrarás un átomo siquiera  
aunque cuentes los motes de su barra!

Que ya puede un mulato cualesquiera,  
alquilar por su dádiva el derecho  
de pintar en su coche una pantera.<sup>90</sup>

¡Justicia! Húyete el bulto a tal acecho,  
que es ese foro que igualdad pregona,  
embudo siempre para el pobre estrecho.

Nunca en el prócer su furor encona,  
que es buen calmante al judicial pleonasma<sup>95</sup>  
la antigua y reluciente pelucona...

Mas vislumbro en tu rostro impreso el pasmo  
que te causa el que meta las narices  
donde no las metiera el sabio Erasmo.

Y jurara en mi fe, que entre ti dices<sup>100</sup>  
que esas trampas del mundo son castigo  
único de los necios e infelices;

yo, por mí, ni condeno ni maldigo,  
que es, Cástulo, el espíritu mundano  
el que me sopla y dice lo que digo.<sup>105</sup>

Y pues libre me deja ya la mano  
y retira el diabólico tintero,  
dejo aquí el canto cáustico y sincero  
antes que lo moteje algún villano.

Año 1868

La orgía en el Tíber.

Romance

A mi buen amigo D. Vicente Aceña

- I -

Cruzando va por el Tíber,  
a la luz de las estrellas,  
con el pabellón cerrado  
la góndola de Lucrecia.

El escudo de los Borgias<sup>5</sup>  
con sus flámulas no ondea,  
aunque en su cámara oculta  
a la noble aventurera,  
que cuando a vedados goces  
en el misterio se entrega,<sup>10</sup>

con una máscara infame  
su faz y su nombre vela.  
Silenciosos gondoleros

con antifaces de seda,  
envueltos en sus tabardos<sup>15</sup>  
desde los asientos reman,  
y aunque a expiar el misterio  
sale la luna indiscreta,  
en capas y cortinajes  
sus tibios rayos se estrellan.<sup>20</sup>  
Bajo el cielo de la Italia,  
era una noche serena,  
limpia como la mirada  
de una tímida doncella,  
duerme la lúbrica Roma<sup>25</sup>  
cansada de sus flaquezas,  
en el regazo de Venus  
doblando la frente regia,  
y sólo algún condottiero  
o alguna donna hechicera,<sup>30</sup>  
un puñal o una caricia  
aguzan en las tinieblas.  
Es la hora en que a la orgía,  
sobre las aguas serenas  
del Tíber, en leves góndolas<sup>35</sup>  
las cortesanas se aprestan.  
De los arcos de Sant Angelo  
como fantasmas se alejan,  
a favor de la corriente  
buscando orillas desiertas,<sup>40</sup>  
esquivando siempre unas  
pasar de las otras cerca,  
rápidas como delfines  
que en las ondas juguetean.  
En el fondo de las cámaras<sup>45</sup>  
voces y músicas suenan,  
y aunque los ojos no ven  
a través de las espesas  
cortinas, lo que se oculta  
en sus recónditas celdas,<sup>50</sup>  
si al pasar alguna góndola  
algún curioso la observa,  
y señala sonriendo  
desde la suya la ajena,  
al atisbar dos amantes<sup>55</sup>  
es probable que sorprenda  
en los rumores un beso  
y una lágrima en la estela.

- II -

Al avanzar por el Tíber  
la góndola de Lucrecia,<sup>60</sup>  
un batel de pescadores

se deslizó junto a ella.  
En él una barcarola  
entona la batelera,  
que en los brazos de su esposo<sup>65</sup>  
torna alegre de la pesca.  
Es la blanda barcarola  
la canción de las sirenas,  
y la hermosa pescadora  
puede competir con ellas;<sup>70</sup>  
perdiéndose van las notas  
en la atmósfera serena,  
entre el arrullo tranquilo  
de las aguas lisonjeras,  
y robándolas la brisa<sup>75</sup>  
entre sus alas las<sup>(35)</sup> lleva  
a la cámara flotante  
donde descansa Lucrecia.

- III -

Desnudo el mórbido pecho  
y el cabello destrenzado,<sup>80</sup>  
flojo el cinturón estrecho  
de su justillo azulado.  
Copiando el cuadro asqueroso  
de las bacantes de Grecia,  
va entre un grupo licencioso<sup>85</sup>  
la cortesana Lucrecia.  
Corre el ardiente licor  
en las copas de cristal,  
y no hay púdico cendal  
que ponga valla al amor.<sup>90</sup>  
La góndola es torpe foco  
de misterios sensuales,  
por eso allí los cendales  
son tenidos en tan poco...  
En uno de esos momentos<sup>95</sup>  
de extraña melancolía,  
que traen los remordimientos  
a los brazos de la orgía,  
cuando Lucrecia retira  
del vaso la torpe mano,<sup>100</sup>  
y entre sus labios espira  
un beso de amor liviano:  
Oyó el ardiente cantar  
de la joven batelera,  
que la vino a acariciar<sup>105</sup>  
con la brisa pasajera.  
-¡Oh qué voz tan deliciosa!-  
Dijo, alzándose anhelante  
y levantando afanosa

el cortinaje ondulante...110  
-¡Remeros, venid a mí;  
largad la lancha ligera  
y esa joven batelera  
traed sin excusa aquí!...

- IV -

Una lanchilla ligera115  
tripulada por dos sombras,  
se deslizó sobre el río  
del costado de la góndola;  
y dando caza al batel  
donde va la pescadora,120  
cumplió en silencio las órdenes  
que diera Lucrecia Borgia.

- V -

En su mejilla nublado  
el cielo de la alegría,  
y en brazos de un embozado125  
que profana desalmado  
su boca pálida y fría,

la inocente pescadora  
va convulsa y agitada;  
¡ay! ya no canta ni llora,130  
su voz alegre y sonora  
se apagó con su mirada.

Allá queda el pescador  
amarrado a su batel;  
inútil es su furor,135  
demanda al cielo favor  
y el cielo se burla de él.

Ya la barca silenciosa  
llena su misión tirana,  
vuelve con la niña hermosa140  
por cuya voz deliciosa  
Lucrecia tanto se afana.

Ya la góndola ha tocado,  
ya sube sobre cubierta  
el raptor enmascarado,145  
por el cebo aguijonado  
de una recompensa cierta.

Lucrecia, que ansiosa espera  
entre sus gentes erguida,  
ve a la joven batelera,150

que cual náyade hechicera  
está al parecer dormida.

Y su oído delicado  
aplicando inquieta al pecho  
por el lino mal velado,155  
oyó un latido apagado  
bajo su justillo estrecho.

Haciéndola respirar  
de un pomo de pura esencia  
la emanación de azahar,160  
hizo a la niña tornar  
al caos de la existencia.

Volvió de nuevo la vida  
a encender sus negros ojos,  
y su faz descolorida165  
fue poco a poco teñida  
por leves matices rojos.

Un ¡ay! de triunfo lanzó  
la caprichosa romana,  
en sus brazos la estrecho,170  
y así riendo exclamó  
con frase torpe y liviana:

«Pobre pescadorcilla de la ribera,  
no llores por tus redes ni por tus velas;  
que los placeres175  
a la choza que habitas nunca descenden.

»Tú eres flor de los valles, que no perfumas  
más que los pobres riscos que te circundan;  
ave marina,  
que nunca ha respirado más que esta brisa.180

»¡Ven, yo tengo un palacio con suntuosas  
cámaras, saturadas de nardo y rosa;  
nido de amores  
donde se va la vida libando goces.

»Ven, cubriré tus hombros de tul ligero,185  
y con sartas de perlas tu airoso cuello;  
tu breve talle  
encerraré en costosa prisión de encaje.

»Mi hermana en los placeres, será tu vida  
una larga cadena de amor y orgías.190  
¡Para tus duelos

en cristalinas copas bulle Falerno!

»Los apuestos donceles de nuestra Roma  
arrullarán tu sueño con dulces trovas;  
y el que prefieras<sup>195</sup>  
lo llevarás al lecho desde la reja.

»Sólo el placer su solio tiene en mi alcázar.  
¿Qué es la vida sin goces? ¡Fuente sin agua!  
¡Concha sin perlas!  
¡Limonero sin fruto, flor sin esencia!»<sup>200</sup>

Dijo Lucrecia, acercando  
una copa embriagadora  
a la joven pescadora,  
que airada la rehusó:  
Y grande, heroica, magnífica<sup>205</sup>  
como una mártir cristiana,  
así a la noble romana  
indignada respondió:

«Guardad vuestros encajes y terciopelos  
y no ciñáis con perlas mi pobre cuello,<sup>210</sup>  
que a mí me sobra  
con las humildes galas que hay en mi choza.

»Guardad vuestro palacio, mansión del vicio,  
que yo prefiero el valle donde he nacido  
a esa morada<sup>215</sup>  
de bajos palaciegos y cortesanas.

»Si es la vida sin goces fuente sin agua,  
la vida sin la honra es turbia charca,  
¡la gran señora  
tal vez envidie al cabo la pobre choza!»<sup>220</sup>

»¡Vos, que en perpetua orgía perdéis los años,  
decidme si la dicha habéis hallado;  
o si hay Falerno  
que ahogue los tenebrosos remordimientos!

»Esposa soy honrada, el pobre lecho<sup>225</sup>  
de mi adorado esposo guardaré ileso...  
¡Mirad señora  
lo que para la honrada vale la honra!»

Calló la niña, separó convulsa  
el tapiz que la cámara cubría,<sup>230</sup>  
en tanto que Lucrecia enmudecía  
presa de extraña y súbita emoción:



Y antes que detenerla los remeros  
pudieran, arrojose en el abismo,  
en un raptó de místico heroísmo<sup>235</sup>  
buscando peligrosa salvación.

Flotó un instante su movible falda  
sobre el profundo Tíber silencioso,  
y un rayo de la luna misterioso  
se quebró con las olas de zafir.<sup>240</sup>

Y siguiendo la góndola su rumbo  
sobre las aguas mudas y livianas,  
el rumor de las cítaras romanas  
volvió el eco lejano a repetir.

Año 1869

A un crítico  
Soneto único

Dícenme que denuestras a mi musa  
sin el menor asomo de respeto,  
por esquivar el clásico soneto  
que todo vate por difícil usa:

Razón de tal valer no admite excusa,<sup>5</sup>  
yo ratifico el concienzudo veto,  
y resarcir la falta te prometo  
si el rebelde laúd no lo rehúsa.

Diversos cobijaba en mi carpeta,  
que tal vez los prohija con descoco<sup>10</sup>  
algún alto erudito a la violeta;

mas yo no peco y tu indulgencia invoco,  
pues ha tiempo que dijo un buen poeta  
que para muestra y de lo malo poco.

Año 1870

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

